LIBRO dot.com

VENUS PLUS X

THEODORE STURGEON



LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

Con absoluta independencia del tema tratado

PARA GERTRUDE

Y su Isaac

-Charlie Johns-gritó urgentemente Charlie Johns-. ¡Charlie Johns, Charlie Johns!-porque esa era la absoluta necesidad... saber quién era Charlie Johns, no perder ni un solo segundo, por nada, nunca.

-Yo *soy* Charlie Johns-dijo argumentativamente, y luego lo dijo de nuevo, esta vez quejumbrosamente. Nadie lo discutió, nadie lo negó. Estaba tendido allí en la cálida oscuridad con las rodillas dobladas y los brazos cruzados sobre ellas y la frente apoyada con fuerza contra sus rótulas. Veía ante sí como una palpitación roja, pero eso era dentro de sus párpados, y él era Charlie Johns.

C. Johns grabado en la tapa de un baúl, escrito a mano con un rotulador negro en un diploma universitario, a máquina en una hoja de nómina. *Johns, Chas.,* en la guía telefónica.

El nombre, de acuerdo. Correcto, magnífico, excelente, pero un hombre es algo más que un nombre. Un hombre es alguien con veintisiete años de edad, que se peina del mismo modo cada mañana ante el espejo y le gusta echar unas gotas de Tabasco en los huevos fritos (bien cocidos: la clara firme, la yema goteante). Había nacido con una malformación en un dedo del pie y con estrabismo. Sabía freír un bistec conducir un coche amar a una chica manejar una multicopista ir al baño lavarse los dientes incluido el puente fijo segundo incisivo superior izquierdo y premolar. Salió de casa con tiempo de sobra y llegará tarde al trabajo.

Abrió los ojos y no era en realidad una palpitación roja, sino gris-un frío gris plateado venido de ninguna parte, como el rastro de un caracol sobre hojas de lilas-, algo primaveral, sí. Era primavera, oh ese tiempo primaveral; y había habido amor la noche pasada, Laura, ella...

Cuando se acaba de adelantar la hora en el verano, el atardecer parece durar siempre, y uno puede hacer muchas cosas. Cómo había suplicado a Laura que subiera arriba su biombo; ¡si Ma hubiera visto aquello! Y abajo en el maloliente sótano de Laura, moviéndose en la semioscuridad con el biombo bajo el brazo, se había metido entre las colgantes bisagras de una contraventana desechada y se había hecho un agujero en sus pantalones marrones de tweed y una buena magulladura (con hilos de tela y herrumbre pegados a ella) en el muslo, pero había valido la pena, había valido la pena, toda aquella tarde eterna con una chica, una auténtica chica (ella podía demostrarlo) durante todo aquel

Librodot

largo atardecer; ¡y todo el camino a casa desde su amor!, y el aquí y ahora, y la primavera por supuesto, ¡y oh por supuesto el amor!, decían las ranas de San Antonio, las lilas, el aire, y la forma en que el sudor se secaba en él. (Es bueno... esto es bueno. Es bueno ser parte del aquí y ahora, y la primavera por supuesto, y oh por supuesto el amor; pero lo mejor de todo es recordarlo, saberlo todo, Charlie). Mejor que el amor, simplemente recordar la casa, el camino entre los altos setos, las dos farolas blancas con el gran 61 pintado en negro en cada una de ellas (Ma los había pintado por cuenta del propietario; era hábil con sus manos), sólo que ahora estaba todo ya muy gastado por el tiempo, sí, incluso las manos. La entrada con la pared de cobre grabado lleno de buzones y los discretos timbres de los inquilinos, y la rejilla del interfono que nunca había funcionado desde que se habían mudado allí, y aquella masiva placa metálica cubriendo sólidamente la cerradura eléctrica, que durante años él había abierto con un golpe de su hombro, sin siquiera disminuir el paso... y acércate, acércate, porque es tan importante que recuerdes; nada de lo recordado es importante; es recordar lo que cuenta; ¡tú puedes!, ¡tú puedes!

Los escalones a partir de la planta baja tenían cantoneras de níquel pasadas de moda sujetando una moqueta roja gastada hasta la cuerda y deshilachada en los bordes. (La señorita Mundorf enseñaba en primer grado, la señorita Willard enseñaba en segundo grado, la señorita Hooper enseñaba en quinto. Recuérdalo *todo).* Miró alrededor de sí, tendido, recordando, a la plateada luz: las suaves paredes no parecían ni de metal ni de tela sino de ambas cosas a la vez, y hacía mucho calor... siguió recordando, con los ojos abiertos; los escalones del segundo al tercer piso tenían también las cantoneras de níquel pero no la moqueta, y todos los escalones estaban desgastados, oh, muy ligeramente; al subirlos, uno podía estar pensando en cualquier cosa, pues aquel brusco clac-clac, tras el flap-flap de los dos primeros pisos, te devolvía a la realidad y sabías donde estabas...

Charlie Johns gritó:

-¡Oh, Dios ¿dónde estoy?¡

Se desdobló, rodó sobre su estómago, se puso de rodillas, y entonces, por un momento, no pudo moverse más. El interior de su boca estaba seco y caliente como las fundas de almohada bajo la plancha de su madre; sus músculos, piernas y espalda estaban blandos y tan enmarañados como el costurero que Ma iba a poner en orden algún día...

...el amor con Laura, la primavera, las farolas con el 61, el hombro contra la cerradura, escaleras arriba, flap-flap, clac-clac y... seguro que podía recordar el resto del camino, porque había entrado en casa se había ido a la cama se había levantado para ir al trabajo... ¿lo había hecho? ¿Lo había hecho?

Se alzó temblorosamente, se arrodilló, se acuclilló débilmente. Su cabeza se inclinó hacia adelante y se quedó así, jadeando. Observó la tela marrón de sus ropas, como si fueran una cortina a punto de abrirse sobre algún desconocido pero inevitable horror.

Y así fue.

-El traje marrón-susurró. Porque allí en su muslo estaba el pequeño desgarrón (y bajo él la hinchazón de la magulladura con la marca del tejido) para probar que no se había vestido para ir al trabajo aquella mañana, que ni siquiera había llegado a subir

al segundo piso. En cambio, estaba... aquí.

Puesto que aún no podía ponerse completamente en pie, fue encorvado de un lado para otro, avanzando sobre puños y rodillas. Parpadeando y bamboleando su inestable cabeza. En un momento determinado se detuvo y se tocó la barbilla. No tenía más barba de la que pudiera tener un hombre al regresar a casa desde una cita para la cual se hubiera afeitado.

Se giró de nuevo, y divisó una delgada y larga línea que describía un prolongado óvalo en la curvada pared. Era el primer rasgo distintivo que era capaz de descubrir en aquel lugar acolchado. Se lo quedó mirando con la boca abierta, y aquello no le proporcionó nada.

Se preguntó qué hora sería. Alzó su brazo y giró su cabeza y acercó su oído al reloj. Gracias a Dios, aún funcionaba. Lo miró. Lo miró durante largo tiempo, sin moverse. Parecía no ser capaz de leer la hora. Al menos era capaz de comprender que los números estaban puestos del revés, como reflejados en un espejo; el dos estaba donde debería estar el diez, el ocho donde debería estar el cuatro. Las manecillas señalaban lo que debería ser las once menos Once minutos, pero tenían que ser, si aquel reloj estaba funcionando realmente al revés, la una y once minutos. Y estaba funcionando al revés. El segundero así lo indicaba.

¿Y sabes, Charlie, le dijo algo por debajo del terror y el desconcierto, sabes que todo lo que tienes que hacer ahora es recordar? Estaba aquella vieja y terrible gruñona que tuviste hasta el tercero de álgebra en la universidad, y la tuviste en álgebra uno y suspendiste y tuviste que repetir, y luego volviste a tenerla en álgebra dos y en geometría dos y tuviste que repetir... ¿recuerdas?, y luego en álgebra tres tuviste a aquella señorita Moran, y era como una IBM con dientes. Y luego un día le preguntaste algo que no acababas de comprender, y por la forma en que te respondió tuviste que seguir preguntándole... y ella abrió para ti una puerta que nunca habías sabido que estuviera allí, y ella misma se convirtió en algo... bueno, después de aquello, la observaste y supiste la razón de su actitud glacial, la férrea disciplina, la inflexible inhumanidad de la mujer. Simplemente estaba esperando a que alguien viniera y le hiciera preguntas sobre matemáticas un poco más allá, un poco más al margen del libro. Y parecía como si hiciera ya mucho tiempo que había desesperado de encontrar a alguien que acudiera a preguntar. Lo cual significaba para ella que su amor por las matemáticas era tal que hacía lamentable el que la palabra "amor" pudiera ser utilizada para alguna otra cosa distinta. Y también que, minuto a minuto, nunca podía llegar a saber si el muchacho que le hacía preguntas iba a ser el último que lo hiciera, o para quien abriera aquella puerta, porque estaba muriéndose de cáncer, sin que nadie llegara a sospecharlo nunca hasta el día en que simplemente no acudió a la clase.

Charlie Johns miró el fino óvalo en la suave pared plateada, y deseó que la señorita Moran hubiera podido estar allí. Deseó también que Laura pudiera estar allí. Podía recordarlas a las dos tan claramente, pese a que estaban separadas tantos años la una de la otra (¿y cuántos años, pensó, mirando a su reloj de pulsera, cuántos años de mí?). Deseó que Ma pudiera estar allí, y también la pelirroja de Texas. (Había sido la primera para él, la pelirroja; ¿y cómo se hubiera entendido con Ma? Y a propósito, ¿cómo se hubiera entendido Laura con la señorita Moran?).

No podía dejar de recordar; no se atrevía, y no deseaba parar de hacerlo. Porque mientras siguiera recordando, sabía que era Charlie Johns; y aunque podía hallarse en

Librodot

un lugar desconocido sin saber qué hora era, no estaba perdido, nadie está definitivamente perdido mientras sepa quién es.

Gimiendo por el esfuerzo, se puso en pie. Estaba tan débil y tan atontado que sólo podía mantenerse erguido separando mucho los pies; sólo podía andar agitando mucho los brazos para mantener el equilibrio. Se dirigió hacia la casi inapreciable línea ovalada en la pared debido a que era la única cosa allí hacia la cual podía dirigirse, pero cuando intentó avanzar directamente hacia ella se encontró andando en diagonal hacia un lado; era como aquella vez (recordó), en la casa de la risa en Coney Island, donde te meten en una habitación y la cierran y luego sin que tú lo sepas la inclinan un poco hacia un lado, dejándote sin ninguna referencia exterior, con sólo espejos verdosos para mirarte a tí mismo. Tenían que limpiarla con una manguera de cinco a seis veces al día. Ahora se sentía igual, pero tenía una ventaja; sabía quién era, y además sabía que estaba descompuesto. Tropezó en la suave curva allá donde el suelo se convertía en pared, y cayó sobre una rodilla que se hundió en la elástica plata, y gruñó:

-Ya no soy yo mismo, eso es todo.-Entonces oyó claramente sus propias palabras y saltó en pie:-¡Sí soy yo!-gritó-. ¡Soy yo!

Vaciló hacia adelante, y puesto que no había nada a lo que agarrarse en el óvalo-era tan sólo una línea delgada, más alta que él-, se apoyó.

El óvalo se abrió.

Había alguien aguardando fuera, sonriendo, vestido de tal modo que Charlie jadeó y dijo:

-Oh, le pido perdón...-y luego cayó de bruces.

*

Herb Raile vive en la zona residencial de Homewood, donde es propietario de cincuenta metros sobre Begonia Drive, y ochenta metros hasta donde empiezan los ochenta y cinco metros de Smitty Smith, y una fachada de cincuenta metros que da a Calla Drive. La casa de Herb Raile es de una sola planta construida a distintos niveles, la de Smith es tipo rancho. Los vecinos de Herb a derecha e izquierda tienen también casas de un solo piso a varios niveles.

Herb conduce su vehículo por el sendero de la entrada, toca el claxon, y asoma la cabeza por la ventanilla.

-¡Sorpresa!

Jeanette está cortando su césped con una segadora eléctrica y, con todo el ruido, el sonido del claxon la sobresalta más de lo habitual. Apoya su pie sobre la plataforma de la máquina y lo mantiene allí hasta que la cortacésped se para, y luego echa a correr riendo hacia el coche.

¡Papá, papá!

¡Papá, papá, papito ¡ -Davy tiene cinco años, Karen tres.

-¡Oh ,querido, ¿cómo has regresado tan pronto?.

-Ultimado el asunto del Arcadia, el gran hombre va y se dice: Herb, ve a casa y disfruta de tus hijos; te ves cansado.-Jeanette lleva unos shorts y una camiseta de manga corta.

-He sido un buen chico, he sido un buen chico-chilla Davy, rebuscando en el bolsillo de Herb.

-Yo también he sido buena-dice con voz muy aguda Karen.

Herb se echa a reír y la toma en brazos.

-¡Oh, pobre el hombre que te coja por su cuenta!
-Calla, Herb, ella aún no entiende de esas cosas.

¿Has pensado en el pastel?

Herb deposita en el suelo a la niñita de tres años y se gira hacia el coche.

-*Preparación* para pastel. Mucho mejor cuando lo haces tú mismo.-Acallando los lamentos de ella, añade:-Yo lo haré, yo lo haré. Puedo hacer tin pastel mejor que cualquiera que hayas hecho tú nunca. Mantequilla, papel higiénico.

—¿Queso?

-Maldita sea. Me entretuve hablando con Louis.

-Toma la bolsa y entra en la casa para cambiarse. Mientras está dentro, Davy pone el pie allá donde Jeanette puso el suyo cuando paró el cortacésped. La plataforma aún está caliente. Davy va descalzo. Cuando Herb vuelve a salir, Jeanette está diciendo:

-Chisst. Silencio. Sé un hombre.

Herb lleva unos shorts y una camiseta de manga corta.

No fue un modesto pudor virginal lo que hizo que Charlie Johns cayera de aquel modo. Cualquier cosa hubiera podido producir el mismo efecto: un rayo de luz en su rostro, la repentina aparición de unas escaleras descendentes. Y, de todos modos, hubiera pensado que se trataba de una mujer, vestido de aquel modo. No había sido capaz de pensar en otra cosa que en mujeres desde que se descubrió en aquel compartimento... Laura, Ma, la señorita Moran, la pelirroja de Texas. Podía ver que un rápido examen a aquel personaje hubiera hecho pensar lo mismo a cualquiera. Aunque en realidad, en este momento precisamente, no podía ver nada; estaba tendido de espaldas sobre algo blando pero no tan esponjoso como el compartimento... algo más bien parecido a las camillas que tienen en los hospitales. Y alguien estaba curando delicadamente un corte en la parte alta de su frente, mientras una suave tela húmeda y fresca con un lejano aroma de hamamelis cubría el resto de su frente y sus ojos, como una bendición. Pero, quienquiera que fuese, estaba hablándole, y aunque no podía comprender ni una palabra era impensable que fuera una voz de mujer. No era un *basso profundo,* perono era una voz de mujer. Oh hermano, vaya atavío. Imaginen una especie de bata de baño corta, color escarlata profundo, con cinturón, pero muy abierta por encima y por debajo. Por la parte superior se estrechaba detrás de los brazos, y se remataba en

la nuca con una especie de cuello rígido que se elevaba más arriba del cráneo; tenía la forma del respaldo de una silla tapizada, y casi era tan grande como él. Bajo el cinturón el atuendo se abría hacia atrás, formando allí como una cola de frac que le daba un cierto aire de traje de ceremonia. Por la parte delantera, bajo el cinturón, había una especie de adorno sedoso que recordaba la bolsa que los escoceses llevan delante en su falda y que ellos llaman morral. Unas zapatillas de tela elástica de apariencia muy suave, del mismo color que el resto de la ropa, y cuyas afiladas puntas se curvaban blandamente por delante y por detrás, cubrían sus pies hasta la mitad de los tobillos.

Fuera cual fuese el tratamiento, eliminó las palpitaciones de su frente con una brusquedad casi alarmante. Permaneció tendido por un momento, temiendo que el dolor volviera tan repentinamente como se había ido, pero no lo hizo. Levantó tentativamente una mano, y la tela fue retirada de sus ojos de inmediato y se halló mirando directamente a un rostro sonriente que desgranó algunas fluidas sílabas rematadas con un gorjeo interrogativo.

-¿Dónde estoy?-dijo Charlie.

El rostro alzó las cejas y rió de una forma agradable. Unos firmes y fríos dedos tocaron sus labios, y la cabeza se agitó en un signo de negación.

Charlie comprendió y dijo:

-Yo tampoco le entiendo a usted.-Se alzó sobre un codo y miró alrededor de sí. Se sentía mucho más fuerte.

Estaba en una amplia habitación que tenía groseramente forma de T. La mayor parte del palo de la T estaba ocupado por la... llamémosle celda acolchada de la que acababa de salir; su puerta seguía aún abierta. Irradiaba, tanto fuera como dentro, aquella suave y fría luz plateada cuya fuente era desconocida. Parecía una enorme calabaza con alas.

Toda la barra transversal de la T, del techo al suelo y de lado a lado, era un enorme y único panel transparente. Charlie pensó que quizá hubiera visto alguno tan enorme en el escaparate de unos grandes almacenes, pero lo dudaba. A cada extremo de la T había cortinajes; supuso que ocultaban puertas.

El exterior era algo que quitaba el aliento. Un campo de golf puede presentar a veces prados verdes parecidos a aquél... pero no kilómetro cuadrado tras kilómetro cuadrado. Había grupos de árboles aquí y allá, de naturaleza tropical; su incuestionable y lujuriante esplendor era tan vivido que más que visto podía ser sentido; y había palmeras de todas clases... datileras, cocoteros, palmitos; y helechos arborescentes y cactus llenos de flores. En un grupo de ruinas de piedra, tan pintorescas que casi parecía que habían sido construidas tal cual a fin de darles precisamente el aspecto de pintorescas ruinas, se erguía una magnífica higuera trepadora de casi treinta metros de alto, con sus largas raíces aferrantes y sus múltiples troncos siguiendo las profusas ondulaciones de su reluciente follaje.

El único edificio visible-y ellos estaban a bastante altura... doce o catorce plantas, calculó Charlie, y sobre una elevación del terreno-era algo simplemente imposible.

Imaginen un cono... un gorro de asno. Prolonguen tres o cuatro veces su altura en relación a su anchura. Luego dóblenlo en una curva graciosa, casi un cuarto de círculo. Después inviértanlo, claven su delicada punta en el suelo y aléjense, dejando su gruesa

Librodot

base curvada hacia arriba y hacia un lado y sin apoyo de ninguna clase. Ahora hagan que todo el conjunto adquiera unas dimensiones de casi ciento cincuenta metros de altura, con grupos de ventanas agradablemente asimétricas y caprichosamente distribuidas resplandeciendo aquí y allá como joyas, curvados balcones que parecían surgir de, y no haber sido añadidos a, la superficie, y tendrán una idea de aquel edificio, de aquel imposible edificio.

Charlie Johns lo miró, luego miró a su compañero, y luego, con la boca abierta, de nuevo al edificio y otra vez a su acompañante. El hombre parecía y no parecía humano. Los ojos estaban demasiado separados y eran demasiado largos... un poco más de ambas cosas, y los hubiera tenido a los lados en vez de al frente de su cabeza. La mandíbula era fuerte y lisa, los dientes prominentes y perfectos, la nariz larga y con unas aletas tan arqueadas que tan sólo una fracción de arco les impedía parecerse a las de un caballo. Charlie sabía ya que aquellos dedos eran fuertes y delicados; así parecía también aquel rostro y todo el resto de su persona. El torso era de algún modo un poco demasiado largo con respecto a lo que debiera ser y las piernas un poco demasiado cortas, si Charlie hubiera sido un artista que hubiera deseado pintarle. Y, por supuesto, aquellas ropas...

-Estoy en Marte-se estremeció Charlie Johns, pretendiendo ser gracioso y sonando lamentablemente asustado. Hizo un gesto inútil hacia el edificio.

Para su sorpresa, el hombre asintió enérgicamente y sonrió. Su sonrisa era cálida y confiada. Indicó a Charlie, luego a sí mismo y al edificio, dio un paso hacia la enorme ventana, e hizo una seña.

Bien, ¿por qué no?... pero Charlie dirigió una larga mirada hacia atrás, hacia la puerta de la celda plateada de la que había emergido. Por poco que le gustara, era la única cosa allí que le resultaba remotamente familiar.

El hombre captó sus sentimientos, e hizo una especie de gesto tranquilizador en forma de U, primero hacia el lejano edificio y luego hacia la celda, como queriendo indicar que volverían.

Con una pálida sonrisa, Charlie aceptó acompañarle.

El hombre lo sujetó decididamente por el brazo y avanzó, no hacia las cortinas de los extremos de la habitación, sino directamente hacia la ventana, directamente *a través* de la ventana. Pero esto último lo hizo solo. Charlie giró sobre sus talones y regresó corriendo a la mesa sobre ruedas.

El hombre se detuvo fuera, inmóvil en el aire, y le hizo señas de nuevo, sonriendo. También le llamó por su nombre, pero Charlie sólo lo vio; no le llegó ningún sonido. Cuando uno se halla en un lugar cerrado, se da cuenta de ello, lo siente-de hecho, lo oye-, en cualquier caso lo sabe, y Charlie lo *sabía.* Sin embargo, aquella criatura de brillantes ropajes habría cruzado lo que fuera que lo cerraba, sin que por ello dejara de seguir cerrado, y ahora estaba llamando impaciente pero alegremente a Charlie para que se reuniera con él.

Hay un tiempo para el orgullo, pensó Charlie, y ahora está aquí, y no puedo desdeñarlo. Avanzó reluctante hacia la ventana, se puso a gatas, y lentamente tendió la mano hacia el panel. *Estaba* allí, lo oía, lo sentía, pero su mano lo atravesaba. La

sacó unos centímetros.

El hombre, riendo (pero riendo *con,* no riéndose *de,* Charlie estaba seguro de ello) caminó de nuevo por la nada y regresó junto a él. Cuando hizo ademán de tomar la mano de Charlie, éste la echó precipitadamente hacia atrás. El hombre rió de nuevo, se inclinó, y dio una fuerte palmada contra el suelo invisible que incomprensiblemente sostenía sus pies. Luego volvió a erguirse y lo golpeó con el pie.

Bueno, obviamente estaba de pie sobre *algo.* Recordando (de nuevo), Charlie recordó haber visto a una vieja antillana en el aeropuerto de San Juan, acudiendo nadie sabía por qué razón a su primer vuelo y enfrentándose a su primera escalera automática. Retrocedió y volvió a avanzar y la tocó y adelantó un pie, hasta que finalmente el fornido joven que iba con ella la tomó rudamente y la hizo montarse en ella. La mujer se aferró al pasamano de goma y chilló durante todo el trayecto, y al llegar arriba siguió chillando; durante todo el tiempo habían sido chillidos de risa.

Bien, él quizá se arrastrara, pero no chillaría. Pálido y con los ojos desorbitados, pasó una mano a través del inexistente panel y palmeó allá donde el hombre había palmeado.

Había algo.

Arrastrándose sobre una mano y dos rodillas, con la otra mano palmeando frente a él, los ojos entrecerrados y la cabeza echada hacia atrás de modo que pudiera ver fuera pero no debajo, pasó a través de la nada que tan efectivamente cerraba la habitación hacia la nada que aguardaba fuera.

El hombre, cuya voz podía oír bruscamente de nuevo, le hizo señas riendo para que saliera más afuera, pero Charlie había ido ya hasta tan lejos como estaba determinado a ir. De modo que, ante su gran horror, el hombre saltó repentinamente sobre él, le hizo levantarse, y le obligó a apoyar su mano derecha sobre el aire al nivel de su cintura... ¡un pasamano!

Charlie miró hacia su mano derecha, aparentemente vacía pero agarrando una bendita cosa; pudo ver la ligeramente aplastada carne allá donde se sujetaba, los blancos nudillos. Colocó su otra mano junto a la primera y miró a través de la brisa-había una buena brisa-al otro hombre, que estaba diciendo algo en su cantarína lengua mientras señalaba hacia abajo. Por puro reflejo Charlie Johns miró hacia abajo, y jadeó. Probablemente no habría más de setenta metros, pero le parecieron kilómetros. Tragó saliva y asintió, porque obviamente el otro hombre había dicho algo chistoso como "Menuda caída, ¿eh?". Demasiado tarde, se dio cuenta de que el hombre había dicho el equivalente a "¿Vamos para allá, viejo?", y él había asentido estúpidamente con la cabeza.

Cayeron. Charlie chilló. Y no eran chillidos de risa.

El *Bon Ton* es un complejo que consiste, naturalmente, en unas pistas de bolos y, por supuesto, un bar adyacente; pero es algo más que una bolera. Por ejemplo, a los distribuidores de toallitas de papel se le han añadido otros distribuidores de toallitas más pequeñas y perfumadas para el lápiz de labios de las señoras. En el bar, las cortinas son vaporosamente rústicas, y el puesto de los pretzels y huevos duros

Librodot

está rodeado con unos coquetos faldones que llegan hasta el suelo. La camarera se ha convertido en algo parecido a una anfitriona. Nadie ha trazado la evolución de las cervezas en lata a los pink ladies y, disculpen la expresión, a los vermuts con sifón. Las mesas de billar han desaparecido, y han sido reemplazadas por una tienda de regalos.

Allí están sentadas Jeanette Raile y su vecina, Tillie Smith, sobre una bien ganada (especialmente Tillie, que es una jugadora de bolos de primera línea) crema de menta *frappé,* entrando de lleno en los auténticos negocios de la velada, que son... los negocios.

-Contabilidad es contabilidad-dice Jeanette-, y copistería es copistería. ¿Por qué ese viejo Saco de Cerveza tiene que arrastrar su enorme peso por el departamento de copistería?

Tillie da un sorbo a su bebida y se pasa delicadamente la lengua por los labios.

-Antigüedad-dice, una palabra que explica tantas cosas. Su marido trabaja en el departamento de relaciones públicas de las Industrias Cavalier.

Jeanette frunce el ceño. Su marido trabaja para la agencia de publicidad que tiene la cuenta de la Cavalier.

-No puede ir *empujándonos* todo el tiempo.

-Oh-bosteza Tillie, cuyo marido es un poco más viejo e indudablemente, en algunos aspectos, mucho más osado que Herb-, esa gente de las máquinas de calcular son muy fáciles de manejar, es difícil que vean más allá de sus propias narices.

-¿Crees que ven siquiera sus propias narices?

-Como ese viejo Trizer que estaba en Cavalier-dice Tillie-. Uno de los tipos, no me preguntes quién, deseaba un poco más de espacio en su oficina, así que fue a charlar un poco con el Gran Hombre, ya sabes, así entre broma y broma, y apostó a que podía hinchar sus notas de gastos hasta el techo y el viejo Trizer ni siquiera se daría cuenta de ello.-Da un sorbo, ríe alegremente.

-¿Qué ocurrió?-pregunta Jeanette, curiosa.

-Bien, el viejo Trizer sabía que mi... esto, que el tipo iba tras él, así que cuando las notas hinchadas empezaron a llegar, fue coleccionándolas discretamente hasta que tuvo un montón lo suficientemente grueso como para echárselo a la cabeza del tipo. Pero el tipo sabía hacer bien las cosas, y las notas venían tan espaciadamente que la cosa le tomó bastante tiempo. Mientras tanto, por supuesto, el Gran Hombre estaba recibiendo copia de cada una de esas notas, solo para mantener la broma en marcha. Así que cuando llegó el momento en que Trizer tenía su bomba preparada para lanzar, habían pasado ya cinco semanas, y era demasiado tiempo para que el Gran Hombre siguiera pensando que la cosa era divertida. Así que pateó al viejo Trizer escaleras abajo hasta los peldaños inferiores del Escalafón, donde su antigüedad no puede hacerle daño a nadie excepto a sí mismo.

-Exactamente lo que se merece-dice Jeanette.

Tillie se ríe de nuevo.

-Suena como una buena frase para una marca de productos de élite.

-Exactamente lo que se merece... oh, sí-dice Jeanette, que ni siquiera ha pensado en ello hasta ese momento-. Herb está utilizando este estilo para la nueva campaña de los productos Élite de perfumería. Sé gentil y no lo comentes con nadie.-Se lo dirá a Herb, pero más enfáticamente... muévete, muchacho, muévete.

Aterrizaron sobre un elástico césped, Charlie con las rodillas hechas gelatina, rodeado por el brazo de su compañero que lo sostenía. Se sacudió y se puso en pie y, cuando se sintió capaz, miró hacia arriba. Entonces se echó a temblar tan fuertemente que el brazo que aún lo sujetaba lo apretó más. Hizo un inmenso esfuerzo y sonrió y se soltó del brazo. Su compañero hizo un pequeño discurso, con gestos que indicaban arriba, abajo, rápido, una palmada en la cabeza de Charlie, una serie de disculpas que probablemente incluían un "lo siento". Charlie sonrió de nuevo y le palmeó débilmente la espalda. Luego echó otro preocupado vistazo hacia arriba y se apartó del edificio. No sólo era demasiado grande, y muy demasiado alto; su masa parecía estar suspendida sobre él como un puño a punto de descargarse. Era una construcción arquitectónica tan locamente imposible como la otra, aunque más ahusada que cónica, y mucho más inclinada.

Avanzaron por el césped-no parecía haber ni carreteras ni senderos-, y si Charlie había pensado que el extraño atuendo de su compañero iba a llamar la atención se vio decepcionado. Era más bien él quien constituía una curiosidad. No era que la gente le mirara o se arracimara alrededor de él, de ninguna manera. Pero uno podía captar por sus alegres saludos y la forma como apartaban rápidamente los ojos que se sentían curiosos, y más aún, que esa curiosidad estaba fuera de lugar.

Rodeando el edificio, se encontraron con quizás una cincuentena de ellos bañándose en una piscina. Como traje de baño llevaban únicamente la suave y sedosa bolsa parecida a un morral, que se sujetaba a sus cuerpos sin ningún apoyo visible; pero por ese entonces aquello era algo que estaba preparado a aceptar. Fueron, sin ninguna excepción, gravemente educados en darle la bienvenida con un gesto, una sonrisa, una palabra, y se mostraron aparentemente contentos de ver a su compañero.

Fuera de la piscina, llevaban ropas de las más variadas clases y estilos... a menudo iguales por parejas, cosa cuyo significado no llegó a captar, si es que había alguno. Podía ser algo tan pequeño como una intensa banda fluorescente de color naranja alrededor del bíceps... además de, por supuesto, el morral, o podía ser algo tan ostentoso como holgados pantalones, tremendos cuellos en forma de alas, altos sombreros cónicos, sandalias con gruesas plataformas... no había límite y, excepto para aquellos que andaban en parejas, no había semejanzas entre ninguno excepto en la belleza de los colores y la riqueza y variedad de las telas. El vestido era obviamente un adorno para ellos, nada más; a diferencia de cualquier pueblo que hubiera encontrado antes o sobre el que hubiera leído, parecían no sentir ninguna preocupación hacia ninguna parte de sus cuerpos en particular.

No vio mujeres.

Un extraño lugar. El aire era vigorizante, y el cielo, aunque brillante-con, ahora que lo miraba, un toque de aquella radiación plateada que había visto en la "celda acolchada"-,

Librodot

estaba cubierto. Las flores crecían profusamente, algunas con fuertes y penetrantes aromas, muchas completamente nuevas para él, con colores que parecían haber sido salpicados por una mano pródiga y liberal. El césped era tan imposible como los edificios, igual y mullido en todos lados, completamente uniforme, sin claros ni hierbajos, y en tan perfectas condiciones allí, cerca de los edificios, donde era pisado constantemente, que en la lejanía.

Se dejó conducir en torno al edificio y bajo una arcada que se inclinaba inexplicablemente pero con gracia hacia la izquierda, y su compañero lo sujetó solícitamente del brazo. Antes de que pudiera preguntarse el por qué, cayeron bruscamente en vertical unos veinte metros, y se hallaron en una zona vagamente parecida a una estación de metro, excepto que en vez de aguardar la llegada de un tren dieron un paso adelante hacia la... nada; Charlie se vio arrastrado más allá del borde de la plataforma de su lado, y tuvo que pasar por la desagradable experiencia de flexionar sus piernas para dar un salto que simplemente no fue un salto, pues el hueco estaba cubierto de lado a lado por la misma sustancia invisible sobre la que habían levitado edificio abajo.

A medio camino entre las dos plataformas se detuvieron, y el hombre dirigió a Charlie una mirada interrogativa; Charlie se preparó para cualquier cosa y asintió; y, sin que supiera cómo-pareció intervenir alguna especie de gesto-, se hallaron deslizándose por un túnel. Permanecían de pie, y había muy poca sensación de ponerse en marcha o detenerse; y, sin embargo, algo los estaba impulsando a una velocidad casi increíble hasta que, al cabo de muy pocos minutos, se detuvieron junto a otra plataforma. Penetraron en una especie de cavidad cuadrada que estaba a su lado y se vieron empujados hacia arriba hasta el nivel del suelo, debajo del edificio cónico. Se apartaron del transporte subterráneo mientras Charlie se concentraba en dominar sus vísceras y decidía que era mejor dejar que su estómago siguiera sus propios impulsos y no seguir pensando en él. Cruzaron lo que parecía ser como un patio central, mientras por todas las paredes que les rodeaban los nativos subían y bajaban rápidamente en sus invisibles ascensores; constituían un espectáculo fascinante, con sus brillantes ropas flotando. Y el aire estaba lleno de música; al principio pensó que era alguna especie de sistema público de comunicaciones, pero luego descubrió que todos ellos estaban *cantando;* suavemente, yendo de un lado para otro, entrando en aquella enorme plaza pública y saliendo de ella en maravillosa armonía, tarareaban y gorjeaban.

Luego, mientras se acercaban a una de las paredes laterales, vio algo que lo aturdió de tal modo que apenas se dio cuenta de ser impulsado setenta metros hacia arriba como un hueso de fruta lanzado por una mano infantil; el asombro lo dejó atontado, y se dejó llevar de aquí para allá mientras toda su escala de valores se trastocaba.

Dos de los hombres que se cruzaron con él en el patio central estaban embarazados. No había ningún error posible.

Miró de soslayo a su sonriente compañero: el enérgico rostro, los brazos bien musculados y las piernas macizas... cierto, la barbilla era demasiado lisa y-hum-tenía unos músculos pectorales muy prominentes. La areola era considerablemente más amplia que lo normal en un hombre... aunque por otra parte, ¿por qué no? Los ojos eran también ligeramente distintos. Así que... vamos a ver. Si "él" era una mujer, entonces todos ellos eran mujeres. Entonces, ¿dónde estaban los hombres?

Recordó la forma en que ella... él... la forma en que lo había sujetado con aquellos brazos en el primer ascensor, como si fuera un paquete de galletitas saladas. Bien, si eso

era lo que podían hacer las mujeres... ¿qué podían hacer los hombres?

Primero imaginó gigantes... verdaderos monstruos de cuatro, cinco metros de alto.

Luego imaginó algunos insignificantes zánganos diminutos condenados a... a una estación de servicio en algún lugar en los sótanos de aquel edificio...

Y entonces empezó a preocuparse por sí mismo.

-¿Adónde me está llevando?-preguntó.

Su guía asintió y sonrió y lo sujetó por el antebrazo, y no le quedó más remedio que seguir andando o caer de bruces al suelo.

Llegaron a una habitación.

La puerta se abrió... mejor dicho, se dilató; era una puerta ovalada, y se hendió por el centro y se abrió con un chasquido cuando se acercaron, chasqueando de nuevo entusiástica mente al cerrarse tras ellos una vez la hubieron cruzado.

Se detuvo y se apoyó de espaldas contra la puerta. Se le permitió hacerlo. La puerta parecía lo suficientemente sólida como para resistir el empuje de diez como él, y ni siquiera tenía tirador.

Alzó la vista.

Todos le devolvieron su mirada.

Herb Raile acude a visitar a Smitty. Los chicos están durmiendo. Lleva consigo una niñera electrónica del tamaño de una radio portátil. Llama, y Smitty le franquea la entrada.

-Hola.

-Hola.

Cruza el comedor en dirección al aparador de la sala de estar de Smitty, deja allí la niñera y la conecta.

-¿Qué estás haciendo?

Smitty toma el bebé que ha dejado sobre el diván cuando ha acudido a abrir la puerta. Lo apoya contra su hombro, y el bebé se agarra a él como una lapa.

-Oh-dice-, sólo estoy vigilando la tienda hasta que vuelva el patrón.

-El patrón, un infierno-dice Herb.

-¿Tú eres el patrón en tu casa?

-Vamos, estás bromeando-dice Herb-. Pero te daré una respuesta concreta en caso de que esto haya sido una pregunta.

-Dame una respuesta concreta de todos modos.

-Entre nuestra clase ya no existe ningún patrón en la casa.

-Ajá, ya decía yo que las cosas se estaban saliendo de madre.

¡No es eso lo que quiero decir, estúpido!

¿Qué es pues lo que quieres decir, cabezón?-pregunta Smitty.

-Que se trata de un equipo, eso es lo que quiero decir. Se ha hablado mucho de las mujeres haciéndose cargo de las cosas. No se están haciendo cargo de las cosas. Se están preparando para compartirlas.

-Un pensamiento interesante. Eres un buen, buen muchacho-dice Smitty, fatuamente y con una especie de canturreo.

-¿Que soy qué?

-El chico, tonto. Le estaba hablando al chico. Acaba de eructar.

-Déjame ver. Hace años desde que tomé en brazos a algo tan pequeño como esto-dice el padre de Karen, tres años. Toma al bebé de Smith y lo sujeta casi a la distancia del largo de su brazo-. Cuchi-cuchi-cuchi.-Hace chasquear su lengua en cada *ch.*-Cuchi-cuchi.

Los ojos del bebé se abren más de lo normal y, sujeto de aquel modo por los sobacos, sus hombros se alzan hasta que su húmeda barbilla desparece en su pechera.

-Cuchi-cuchi.

De pronto, los ojos del bebé adoptan una forma almendrada y esboza una amplia y vacía sonrisa, con un hoyuelo en su mejilla izquierda y un feliz zumbido aspirado que surge del fondo de su garganta.

-Cuchi-cuchi, hoy, me está sonriendo-dice Herb.

Smith se coloca detrás de Herb Railes, desde donde pueda ver. Parece impresionado.

-Hey-dice-, es verdad.-Acerca su rostro al de Herb.-Cuchi-cuchi.

-Has de hacer chasquear tu lengua lo suficiente para que pueda verla moverse en tu boca-dice Herb.-Cuchi-cuchi.

-Cuchi-cuchi-cuchi.

-Cuchi-cuchi.-El bebé deja de sonreír y mira rápidamente de uno al otro.-Estás confundiéndolo.

-Oh, cállate-dice el padre del bebé-. Cuchi-cuchi-cuchi.-Aquello parece gustar tanto al bebé que deja escapar un gritito y le viene hipo.

-Oh, mierda-dice Smith-. Ven a la cocina mientras le doy un poco de agua.

Se dirigen a la cocina, Herb llevando al bebé, y Smith saca un biberón de cuarenta centilitros de la nevera y lo coloca en el calienta biberones eléctrico. Toma al bebé de brazos de Herb y vuelve a apoyarlo sobre su hombro. El bebé deja escapar

hipidos cada vez más violentos. Le palmea la espalda.

-Maldita sea. Le dije a Tillie que arreglaría un poco la casa.

-Haré un poco el boy-scout. Tú tienes las manos ocupadas.-Herb toma los platos de la encimera, echa su contenido en el cubo de la basura, y los va apilando en la fregadera. Conecta el agua caliente. Todo aquello le resulta muy familiar, puesto que su fregadera y aquella fregadera y las fregaderas de las casas a su derecha e izquierda y más allá y delante y detrás son todas del mismo tipo. Toma la botella de detergente líquido y la mira, frunciendo los labios.

-Nosotros ya no usamos éste.

-¿Por qué?

-Deja tus manos hechas un trapo. Ahora utilizamos Lano-Love. Es un poco más caro, pero...-dice, terminando su frase con el "pero".

-"Dos encantadoras manos extra por dos miserables centavos extra"-dice Smith, recitando el anuncio de la televisión.

-Así dice la publicidad, pero así es.-Herb abre el grifo del agua caliente, la atempera con un poco de agua fría, toma la extensión spray, y uno por uno va fregando y enjuagando los platos.

Eran cuatro, además del que lo había llevado hasta allí. Dos iban vestidos de la misma forma, una especie de barriguera de un color verde brillante, y en las caderas lo que podía ser calificado como un cesto con asas en forma de falda, pero sin falda. El más alto de todos, directamente enfrente de Charlie, llevaba algo parecido a la bata de baño del compañero de Charlie, pero teñida de un naranja encendido. El cuarto llevaba algo cortado al estilo de la parte inferior de un traje de baño para hombre de 1890, de un color azul eléctrico.

Mientras Charlie dirigía una asombrada mirada a cada uno de ellos, le sonrieron. Todos estaban repantigados, arrellanados, semitendidos en banquetas bajas y cosas blandas y enrevesadas que parecían crecer directamente del suelo. El más alto estaba sentado tras una especie de escritorio que daba la impresión de haber sido construido delante y alrededor de él (ella) después de haberse sentado. Sus cálidas y amigables sonrisas, y sus posturas relajadas, eran alentadoras, y, sin embargo, tenía la pasajera sensación de que aquella afabilidad era análoga a los despiadados rituales de los negocios modernos, en los que antes de hundir definitivamente y para siempre a una persona se le invita: "Siéntese. Quítese los zapatos si lo desea... todos aquí somos amigos. Tome un puro, y no me llame señor".

Uno de los vestidos de verde habló al vestido de naranja en los tonos pajariles de aquella gente (siempre que el pájaro sea una paloma), gesticulando hacia Charlie, y se echó a reír. Como la risa de su acompañante, no parecía haber en ella nada burlón. Pero entonces habló su acompañante, y el regocijo fue general. Al momento siguiente Charlie vio que su antiguo guía se echaba a gatas, con ropas rojas y todo, los ojos casi cerrados, palpando frenéticamente el suelo. Luego empezó a arrastrarse sobre las rodillas y una mano, tendiendo la otra temerosamente hacia adelante, y exhibiendo en

Librodot

su rostro una dislocada máscara de cómico terror.

Los demás aullaron.

Charlie sintió que se le encendían las orejas, un fenómeno que en él era síntoma o de ira o de alcohol, y estaba seguro de que no era nada de lo segundo.

-Me gustaría participar en el chiste-gruñó. Aún riendo, lo miraron perplejos, mientras Roparoja seguía con su imitación de un hombre del siglo XX entrando en contacto con su primer ascensor invisible.

Algo chasqueó en el interior de Charlie Johns, que había sido empujado, tirado, pinchado, dejado caer, lanzado, asombrado, desconcertado y perdido tanto como podía resistir, más la gota de agua que hace desbordarse el vaso. Apuntó hacia el trasero recubierto de rojo con toda la educación de un pie entrenado en el equipo de fútbol universitario, y envió a la criatura deslizándose sobre su moviente rostro al otro lado de la habitación, casi a los pies del gran escritorio del hombre vestido de naranja.

Se produjo un pesado silencio.

Lentamente, el vestido de rojo se puso en pie y se giró para enfrentarse a él, mientras se masajeaba tiernamente el dolorido posterior.

Charlie apretó su espalda un poco más fuertemente contra la firme puerta y aguardó. Uno tras otro se enfrento a los cinco pares de ojos. En ellos no había ira, y muy poca sorpresa; tan sólo pesar; y consideró aquello más ominoso que la furia.

-Bien, maldita sea-dijo al del atuendo rojo-, ¡usted se lo buscó!

Uno de ellos lanzó un arrullo, y otro le coreó en respuesta. Entonces el vestido de rojo se acercó a él y se lanzó a una versión mucho más elaborada de la serie de gemidos y gestos que Charlie había visto ya antes: los "Oh, soy un cerdo, no pretendía dañar sus sentimientos". Charlie lo comprendió, pero aquello lo irritó aun más; deseó poder decir: Bien, si te sientes así y sabes que has actuado mal, ¿por qué has sido tan estúpido como para hacerlo?

El de amarillo se levantó, lenta e imponentemente, y de algún modo se desligó del abrazo del escritorio. Con una expresión cálida y compasiva, emitió una palabra de tres sílabas e hizo un gesto hacia la pared de atrás, donde se abrió una puerta, o mejor dicho una parte de la pared se dilató. Hubo un suave ulular de conformidad, y todos asintieron y sonrieron e hicieron gestos y señalaron hacia allá.

Charlie Johns avanzó lo suficiente como para poder echar un vistazo a través de la puerta. Como había esperado, todo lo que vio era tremendamente poco familiar para él, pero ninguno de los artilugios esbeltos, extrañamente desequilibrados, interconectados entre sí, que pudo divisar, podían ocultar la función general de la mesa acolchada en medio de un pozo de luz, la cosa en forma de casco en uno de sus extremos, las abrazaderas situadas estratégicamente para poder sujetar brazos y piernas; aquello era una especie de sala de operaciones, y no tenía la menor intención de entrar allí.

Retrocedió rápidamente, pero había ya tres personas detrás de él. Levantó un puño, y sintió que alguien lo agarraba y lo inmovilizaba, fuerte y sin posibilidad de soltarse, echándolo hacia atrás. Intentó dar una patada, y una pierna desnuda se movió rápidamente y bloqueó su rodilla, y la pierna era fuerte sin lugar a dudas. El del vestido

naranja vino sonriendo como si se disculpara, y apretó una esfera blanca del tamaño de una pelota de ping-pong contra su bíceps derecho. La bola cliqueteó y se disolvió; Charlie llenó sus pulmones para gritar, pero nunca pudo recordar más tarde si llegó a conseguirlo.

-¿Has visto eso?-dice Herb. Están en la sala de estar de Smith. Herb está pasando ociosamente las páginas de un periódico. Smitty está dándole agua al bebé, que mantiene diestramente apoyado en su antebrazo, y dice:

—¿Qué?

-El mini-mini... pero para hombres.

-¿Quieres decir ropa interior?

-Como un bikini, pero menos. De punto. Dios mío, debe pesar menos de diez gramos.

-Seguro que sí. Es lo mejor que han sacado desde el cóctel de cebolla.

-¿Te interesa?

-Ya lo creo que me interesa. ¿Cuánto cuesta?

Herb consulta el anuncio en el periódico.

-Un dólar y medio.

-Puedes ir al Todo con Descuento, en la Quinta Avenida. Serán dos por dos dólares setenta y tres.

Herb miró la ilustración.

-Viene en blanco, negro, amarillo pálido, azul pálido y rosa.

-Huau-dice Smitty. Retira cuidadosamente la tetina; el bebé, pasado el hipo, se ha dormido.

-¡Vamos, Charlie... despierta!

-Oh Ma sólo cuatro minutos más no voy a llegar tarde te lo juro cuando vine anoche eran cerca de las dos y espero que nunca sepas en que estado entré fuera cual fuese la hora. ¿Ma?

-Charlie... Quisiera decirle cuanto siento que...-¿Siento, Laura? *Pero yo deseaba que fuera perfecto.* ¿Pero quién lo consigue realmente la primera vez en la vida real? Vamos, vamos., es fácil arreglarlo; simplemente intentémoslo de nuevo... *Oh-h-h... Charlie...*

Librodot

-"Charlie" ¿Tu nombre es Charlie? *A mí llámame Pelirroja.*

... una vez, cuando tenía catorce años (recordó, recordó), había aquella chica llamada Ruth, y estaban un grupo jugando, y ya no eran juegos de niños, jugaban a la estafeta. La estafeta era aquella especie de cámara de aire entre las dobles puertas exteriores y las dobles puertas interiores, protegidas con gruesas cortinas, de la antigua casa en Sansom Street, y durante toda la reunión Charlie no había dejado de mirar a Ruth. Ella tenía aquel tipo especial de piel olivácea y aquella cabellera corta y reluciente color ala de cuervo. Tenía una voz musical y susurrante y una boca recatada y unos ojos tímidos. Tenía miedo de mirar a nadie durante más de un segundo, y bajo aquella piel olivácea uno apenas podía ver el rubor pero sin verlo uno sabía que estaba allí, suave y cálido. Y cuando las risitas y los dedos señalando burlones los comentarios ahogados corrieron de un lado a otro cuando salió el nombre de Charlie, y luego el de Ruth, para que los dos fueran al interior de la estafeta y cerraran la puerta, algo en él dijo simplemente: "¡Bien, por supuesto!". Mantuvo la puerta abierta para ella y ella entró, con los ojos bajos, de tal modo que parecía que los tuviera cerrados; con sus largas pestañas dominando sus encendidas mejillas; con sus hombros redondeados por la tensión y sus dos manos sujetando fuertemente sus muñecas; con sus piececitos dando pequeños pasos; y Charlie se había girado hacia la gritona galería que silbaba y hacía ruidos de besos y les guiñó un ojo y cerró la puerta... dentro ella aguardaba silenciosa, y él era un atrevido y un gallito de pelea y todo el mundo lo sabía y él necesitaba que se supiera, y la tomó firmemente por los hombros. Entonces ella desveló por primera vez sus tímidos ojos sabios y le permitió hundirse en su profunda oscuridad, y él se anegó inmóvil en ellos durante segundos largos como años; así que dijo: eso es todo lo que deseo hacer contigo, Ruth; y la besó muy suavemente y muy ligeramente en mitad de su frente húmeda y cálida y se echó de nuevo hacia atrás para sumergirse de nuevo en aquellos ojos; porque Ruth, dijo, eso es todo lo que tengo derecho a hacer contigo. *Tú me comprendes, Charlie,* susurró ella, *tú, tú me comprendes.*

-Usted me comprende, Charlie. Usted, usted me comprende.

Abrió los ojos y las brumas se disiparon. Alguien estaba inclinado sobre él no Ma no Laura no la Pelirroja no Ruth no nadie sino aquella *cosa* en su recortada bata de baño roja, que dijo de nuevo:

-Usted me comprende ahora, Charlie.

Las palabras no eran en inglés, pero eran tan claras para él como el mismo inglés. Incluso podía captar la diferencia. La estructura era distinta; transliterado, daría algo como: "Usted (segunda persona del singular, pero una forma alternativa que no expresaba ni intimidad ni formalidad, sino amistad y respeto, como hacia un querido tío) me (un "me" de benevolente ayuda y amistad, como provinente de un consejero o un guía, y no de un superior jerárquico) comprende (en su simple sentido verbal, más que un conocimiento emocional o físico), Charlie". Era completamente conciente de todas las palabras alternativas y de su contenido semántico, aunque no de ningún sistema cultural que las hubiera producido, y era conciente también de que si hubiera deseado responder en inglés, hubiera podido hacerlo. Le habían añadido algo, pero no le habían quitado nada.

Se sentía... bien. Se sentía como si le faltara un poco de sueño, y se sentía también un poco avergonzado, debido a su nuevo conocimiento interior de que su precedente indignación había sido tan injustificada como lo fuera su miedo; esa gente no había

Librodot

pretendido ridiculizarlo y nada indicaba que desearan hacerle ningún daño.

-Yo soy Seace-dijo el del vestido rojo-. ¿Puede comprenderme?

-¡Claro que puedo!
-Por favor... hable ledom.

Charlie reconoció el nombre... era el término para el lenguaje, el país y sus gentes. Utilizando la nueva lengua, dijo maravillado:

-¡Puedo hablarlo!

Era consciente de haberlo hecho con un extraño acento, debido probablemente a su escasa familiaridad física con él; como todos los lenguajes, contenía sonidos más especiales que otros, como podían serlo la pausa glotal gaélica, las nasales francesas y las guturales teutónicas. Sin embargo, era un lenguaje bien diseñado para el oído-tuvo una rápida visión de su deleite, cuando era tan sólo un niño, la primera vez que vio un escrito hecho en una máquina equipada con caracteres script, y como la curvada cola de cada letra se unía con la siguiente-, y cada sílaba ledom, oralmente hablando, se unía a la siguiente con la misma precisión. Llenaba también la boca, más que el inglés actual, exactamente como el inglés isabelino, que era un instrumento más sonoro. Difícilmente sería posible hablar ledom con los labios abiertos y la mandíbula apretada, como muchos de sus contemporáneos hacían con el inglés, que, en su evolución, parece querer confundir a aquellos que leen en los labios.

-¡Puedo hablarlo!-gritó Charlie Johns, y todos arrullaron sus felicitaciones; no se había sentido tan feliz con nada desde el día en que tenía siete años y fue aclamado por todos sus compañeros en la colonia de verano tras dar sus primeras brazadas por sí mismo en la piscina.

Seace lo sujetó por el brazo y le ayudó a sentarse. Lo habían vestido en la forma más equivalente a como lo harían en cualquier hospital, en cualquier lugar. Miró a Seace (recordó entonces que la frase "Yo soy Seace" había sido pronunciada un buen número de veces desde que "llegara", pero que anteriormente su oído no había sido capaz de separar un fonema de otro; y sonrió, realmente sonrió, por primera vez en aquel extraño mundo. Aquello despertó otro alegre murmullo).

Seace señaló al nativo con el atuendo dorado.-Mielwis-presentó.

Mielwis dio un paso adelante y dijo:

-Todos nos sentimos muy felices de que esté con nosotros.

-Y éste es Philos.-El hombre con los ridículos pantaloncillos azules inclinó la cabeza y sonrió. Tenía unos rasgos angulosos y bien humorados, y un destello breve e irónico en sus ojos negros que probablemente ocultaban muchas cosas.

-Y ésos son Nasive y Grocid-dijo Seace, completando las presentaciones.

Los vestidos de verde sonrieron dándole la bienvenida, y Grocid dijo:

-Está entre amigos. Deseamos asegurarnos de que entiende esto, por encima de todo lo demás.

Mielwis, el alto, que los demás parecían rodear con alguna intangible aura de

Librodot

respeto, dijo:

-Sí, por favor créalo. Confíe en nosotros. Y... si hay algo que desee, simplemente pídalo.

Armoniosamente, todos corearon su ratificación.

Charlie, que empezaba a encontrarlos agradables, se humedeció los labios y sonrió incierto.

-Creo que, lo que más deseo... es información.

-Toda la que quiera-dijo Seace-. Absolutamente todo lo que desee conocer.

-Bien, entonces, en primer lugar... ¿dónde *estoy?*

Mielwis, tras aguardar a que los demás delegaran la respuesta en él, dijo:

-Está en El Médico.

-Este edificio es llamado El Médico-explicó Sea-ce-. El otro, del que hemos venido, es El Científico.

-Mielwis-dijo Grocid reverentemente-es el cabeza (la palabra significaba también "organizador", y "'jefe", y cosas más sutiles y profundas, como "inspirador") de El Médico.

-Seace es el cabeza de El Científico-dijo Mielwis, sonriendo como si devolviera el cumplido.

-Grocid y Nasive son los cabezas de El Infantil-dijo Seace, quitándole importancia a lo que aparentemente era también un cumplido-. Estoy seguro de que le gustará verlo.

-Espero que venga pronto-arrulló Grocid, mientras ambos hombres aceptaban con modestia la lisonja.

Charlie los miró uno tras otro, desconcertado.

-Así que puede ver-drjo Seace (y el "ver" era una expresión de "abarcar"; era como un "ahora ya lo sabe todo")-que estamos todos aquí con usted.

El significado exacto de aquello escapó a Charlie, aunque tuvo la impresión de que era un tanto amplio... era como si alguien te presentara a la vez, a la Reina, al Presidente y al Papa. Dijo pues lo único que se le ocurrió, que fue:

-Bien, gracias...-lo cual pareció complacer a todos, y luego miró a la única persona que había quedado sin identificar: Philos, el de los pantalones de baño. Sorprendentemente, Philos le guiñó un ojo. Mielwis dijo, espontáneamente:

-Philos está aquí para sus estudios.

Lo cual no refleja exactamente lo que dijo. La frase estaba formada con un peculiar giro gramatical, un poco como la forma en que un hombre dice: "No gusto a las cebollas" cuando quiere decir: "Las cebollas no me gustan". En cualquier caso, Philos no parecía merecer honores y felicitaciones especiales por ser lo que era, como los habían merecido los cabezas de El Médico, El Científico y El Infantil. Quizá simplemente trabajaba allí.

Charlie dejó a un lado aquella consideración, para futura referencia, y miró alternativamente a los cinco rostros. Le devolvieron atentamente la mirada.

-Sí, pero ¿dónde *estoy?*-preguntó de nuevo.

Se miraron entre sí, y luego desviaron la vista hacia él.

-¿Qué quiere decir con dónde está?-preguntó Seace.

Hubo una pausa. Luego:

-Oh-dijo Seace a los demás-, desea saber *dónde* está.

-En Ledom-dijo Nasive.

-Sí, pero ¿dónde es Ledom?

De nuevo intercambiaron miradas. Luego Seace, con una expresión en su rostro que indicaba que se había hecho la luz en su interior, dijo:

-¡Desea saber dónde está Ledom!

-Veamos-dijo Charlie, con lo que pensó era una razonable reserva de paciencia-, empecemos de nuevo desde el principio. ¿Qué planeta es éste?

-¡La Tierra!

-Bien. Ahora... *¿La Tierra?*-Sí, la Tierra. Charlie agitó la cabeza.

-No ninguna Tierra de la que yo haya oído hablar. Todos miraron a Philos, que se alzó de hombros y dijo:

-Es probable que así sea.

-Esto es alguna confusión de este lenguaje-dijo

Charlie-. Si esto es la Tierra, yo soy...-No le era posible pensar, en aquel lugar, con aquella gente, en un símil lo suficientemente fantástico.-¡Ya sé!-dijo de pronto-. ¡Tiene que haber una palabra significando la Tierra, es decir, el planeta donde vive uno, en cualquier lenguaje! Quiero decir que la palabra marciana para Marte tiene que ser Tierra. La palabra venusiana para Venus debe ser Tierra.

-¡Notable!-dijo Philos.

-Sea como sea-dijo Mielwis-, esto es la Tierra.

-¿El tercer planeta a partir del sol?
Todos asintieron.

-¿Estamos hablando del mismo sol?

-De uno a otro momento-murmuró Philos-, nada es nunca lo mismo...

-No lo confundamos-dijo Mielwis, en un tono rígido como una viga en doble T-. Sí, es el mismo sol.

-¿Por qué no me dicen la verdad?-gritó Charlie. Su emoción pareció azorarles.

Librodot

-Lo hemos hecho. Lo estamos haciendo. Pensamos hacerlo-dijo Seace cálidamente-. ¿Qué otras cosa podemos responder? Ésta es la Tierra. Su planeta, el nuestro. Todos hemos nacido en él. Aunque en tiempos distintos-añadió.

-¿Tiempos distintos? ¿Quiere decir... viaje por el tiempo? ¿Es eso lo que están intentando decirme?

-¿Viaje por el tiempo?-hizo eco Mielwis.

-Todos viajamos por el tiempo-murmuró Philos.

-Cuando era chico-explicaba Charlie-acostumbraba a leer cantidades de lo que llamábamos cienciaficción. ¿Tienen ustedes algo así?

Agitaron sus cabezas.

-Historias sobre... bueno, la mayor parte de las veces sobre el futuro, aunque no siempre. De todos modos, muchas de ellas se referían a máquinas del tiempo... artilugios que podían llevarle a uno al pasado o al futuro.

Todos lo estaban mirando fijamente. Nadie dijo nada. Tuvo la sensación de que ninguno lo *haría.*

-Una cosa es segura-dijo Charlie finalmente, con voz trémula-. Esto no es el pasado.-Bruscamente, se sintió aterrado.-Es eso, ¿no? ¿Estoy... estoy en el futuro?

-¡Notable!-murmuró Philos.

-No esperábamos que llegara tan pronto a esa conclusión-dijo Mielwis suavemente.

-Ya... ya se lo ge-murmuró Charlie-. Acostumbraba a leer... y, horrorizado, se dio cuenta de que estaba sollozando.

El bebé está durmiendo, y del intercomunicador electrónico, cuyo otro elemento se halla sujeto a la pared entre las habitaciones de Karen y Davy en la otra casa, no surge nada excepto un suave zumbido de sesenta ciclos. Sus esposas aún no han regresado de la bolera. Se está tranquilo aquí. Se han puesto bebidas. Smitty está medio recostado en el diván. Herb está mirando la televisión, que está apagada, pero el sillón en el que se ha hundido está situado de tal modo que es físicamente imposible mirar hacia otro lado sin poner en peligro su comodidad. Así que se dedica a mirar sus propios pensamientos en la pantalla vacía. Ocasionalmente lanza un lánguido:

-¿Smitty?

-¿Eh?

-Dile unas determinadas palabras a una mujer, y saltarán los fusibles.

-¿De qué estás hablando?

-"Diferencial"-dice Herb.

Smitty gira sobre una nalga lo suficiente como para apoyar ambos pies en el suelo, y

casi lo suficiente como para sentarse.

-"Transmisión"-murmura Herb-. "Potencial".

-¿Transmisión *qué,* Herb?

-"Frecuencia" es otra. Lo que quiero decir es: toma a una mujer perfecta, con buen sentido y todo lo demás. Juega al bridge sin parpadear. Mide exactamente la fórmula de los biberones, y los esteriliza al segundo. Quizás incluso tiene un auténtico reloj automático en su cabeza, puede sacar un huevo pasado por agua de cuatro minutos exactamente a los cuatro minutos, sin ningún reloj. Lo que quiero decir es: intuición, inteligencia, profusión.

-Sí, de acuerdo.

-De acuerdo. Ahora empieza a explicarle algo que tenga alguna de esas palabras oscuras. Como eso de que finalmente puedes comprar un coche con un dispositivo que engrana ambas ruedas de atrás de tal modo que giran juntas, así que puedes salirte de una placa de hielo aunque ésta solamente afecte a una rueda. Suponte que lo ha leído en algún lugar y te pide que se lo expliques. Tú dices, bien, simplemente es algo que anula el efecto diferencial. Tan pronto como dices la palabra puedes ver que se queda a oscuras. Así que le dices que el efecto diferencial no es nada complicado, que es el dispositivo acoplado a la transmisión que hace posible que la rueda exterior en un viraje pueda rodar más aprisa que la rueda interior. Pero por mucho que sigas hablando puedes ver que sigue a oscuras, y permanecerá con los plomos fundidos hasta que tú cambies de tema. Frecuencia, también.

—¿Frecuencia?

-Aja. Lo mencioné el otro día, y Jeanette se quedó a oscuras, de modo que por una vez me detuve y le dije: hey, ¿sabes lo que es frecuencia? ¿Imaginas lo que me contestó?

-No; ¿qué dijo?

-Dijo que era parte de un aparato de radio.

-Oh, diablo con las mujeres.

-No ves hacia donde pretendo ir, Smitty. Diablo con las mujeres, no. No puedes dejar el asunto a un lado de este modo.

-Sí puedo. Es mucho más fácil.

-Pero a mí me preocupa. Palabras como "frecuencia", ahora, son buen inglés. Dicen lo que quieren decir. "Frecuente" significa a menudo, "frecuencia" significa cuan a menudo ocurre algo. "Ciclos", he aquí otra palabra oscurecedora, significa también lo que quiere decir: de arriba a abajo y luego de nuevo arriba. O quizá de adelante a atrás y luego de nuevo adelante, lo cual viene a ser lo mismo. Pero de todos modos, le hablas a una mujer de una frecuencia de ocho mil ciclos por segundo y haces saltar sus fusibles dos veces simultáneamente.

-Bien, eso es simplemente porque no poseen mentes técnicas.

-¿No? ¿Las has oído alguna vez hablar de vestidos, de sesgos y dobleces y pespuntes y cortes al bies? ¿Has Visto alguna vez a una de ellas trabajando en una de esas máquinas de coser de doble aguja y dispositivo de zigzag y bobina oscilante y programa autofornicador?

Librodot

¿O en la oficina, por ejemplo, manejando una máquina de contabilidad de doble entrada?

-Bien, sigo sin ver qué hay de malo en que no se preocupen en averiguar lo que es un diferencial.

-¡Acabas de poner el dedo en la llaga, o al menos cerca de ella! “No se preocupan en averiguar". No desean averiguarlo. Podrían hacerlo, pueden arreglárselas con cosas mucho más complicadas... pero no lo *desean.* Y me pregunto, *¿por qué?*

-Imagino que piensan que no es muy femenino o algo así.

-¿Por qué infiernos debería ser poco femenino? Han conseguido el derecho al voto, conducen coches, hacen millones de cosas que hasta ahora estaban reservadas a los hombres.

-Esas cosas no se razonan-gruñó Smitty, y levantándose del diván tomó su vaso vacío y fue en busca del de Herb-. Todo lo que sé es que si las cosas les gustan así, dejémoslas. ¿Sabes qué se compró ayer Tillie? Un par de botas para el desierto. Sí, exactamente iguales que las mías. Lo que digo es: dejémosles conservar sus malditas palabras-cortocircuito. Quizá cuando mi hijo haya crecido, esa sea la única forma en que pueda decir quién de los dos es su padre, así que *vive la différence.*

Lo condujeron desde la sala de operaciones hasta un lugar que le aseguraron era para él, y le dijeron adiós en una forma tan ancestral que hacía meditar sobre la frase en sí; era el "Dios sea con vos" de la que el mismo adiós había evolucionado. Era el primer encuentro de Charlie con el equivalente ledom de la palabra Dios, y su forma de emplearla le impresionó.

Permaneció tendido en una habitación más bien pequeña, agradablemente decorada en una gama de azules. Toda una pared era ventana, que se abría sobre el paisaje parecido a un parque y al imposiblemente inclinado edificio de El Científico. El suelo era ligeramente irregular, como la mayoría de los que había visto allí, ligeramente elástico y obviamente impermeable, diseñado a todas luces para ser limpiado con mucha agua. En una esquina, y en otros tres lugares de la habitación, el suelo se elevaba en forma de seta, formando como grandes pedruscos que hacían las veces de asientos, y el del rincón podía ser alterado mediante una presión en un pequeño panel para hacerlo más ancho, estrecho, alto, o hacerle nacer cualquier número de desigualdades, huecos o protuberancias, en caso de que uno deseara una sustentación adecuada bajo sus hombros o rodillas. Tres barras doradas verticales junto a esta "cama" controlaban las luces; una mano situada entre las dos primeras, y levantada o bajada, controlaba la intensidad, y una mano movida del mismo modo entre las dos segundas permitía pasar por todo el espectro de colores. Una disposición idéntica estaba situada cerca de la puerta... o, más propiamente, la lisa pared que contenía un segmento que podía abrirse dilatándose cuando uno hacía un gesto a un adorno en espiral que destacaba entre los remolinantes ornamentos impresos en la superficie. La pared junto a la cama era ligeramente cóncava, la opuesta ligeramente convexa, y no había ningún ángulo recto en ninguna parte.

Agradeció la afectuosa comprensión que demostraron concediéndole aquel tiempo de necesaria intimidad para centrarse un poco; se sentía agradecido, irritado, cómodo, solitario, asustado, curioso e indignado, y una mezcla como esa debía

dejarse enfriar antes de tomar ninguna resolución.

Era fácil en una primera aproximación tomarse todo aquello a la ligera; había perdido un mundo, y en buena hora; entre una cosa y otra, empezaba a estar ya cansado de él, y si alguna vez hubiera pensado que había una forma de salirse de él vivo, probablemente se hubiera lanzado sobre ella.

Se preguntó qué había quedado de él. ¿Se habría desencadenado por fin aquella guerra? ¿Qué era lo que vivía ahora en el TAJ May... termitas o partículas alfa? ¿Habría ganado finalmente aquel payaso las elecciones. Dios no lo permita?

-Mamá, ¿estás muerta?

El padre de Charlie se había sentido tan orgulloso cuando él nació, que plantó una semilla de sequoia. ¡Una sequoia en Westfield, New Jersey!, en medio de aquellos gallineros de la más variada especie construidos con materiales de desecho de acuerdo con un plan de desarrollo alegremente diseñado para quedar en desuso diez años antes de que los créditos de acceso a la propiedad fueran pagados; lo había visualizado dominando con sus cien metros de altura las ruinas. Pero luego se había muerto de repente, con sus asuntos hechos un lío y sus primas del seguro de vida por pagar, de modo que la madre de Charlie vendió las pocas muestras de dignidad que él había edificado allí y se mudaron. Y cuando Charlie tenía diecisiete años, volvió allí, movido por un oscuro sentimiento, como en una especie de peregrinación; y aunque nunca había llegado a conocer a su padre, encontrando la casa aún en pie, hecha una ruina como su padre había predicho, y hallando el árbol vivo y creciendo, hizo algo extraño; tocó el árbol y dijo: "Todo está bien, papá". Porque Ma nunca había conocido la necesidad ni la menor preocupación mientras él vivió, y si hubiera seguido viviendo probablemente nunca las hubiera conocido; pero de algún modo ella parecía convencida de que él sabía, dificultad tras dificultad, apremio tras apremio, humillación tras penuria, que ella saldría adelante, y en su interior parecía sentirse como podía sentirse una mujer cuyo hombre estuviera extrayendo a golpes de ella el amor y toda la tolerancia. Así, de una forma vaga, Charlie sentía que debía acudir allí y decirle a aquel árbol lo que le había dicho, como si su padre viviera en él como una maldita hamadría o algo parecido; halló muy embarazoso recordar todo aquello, pero lo recordó, lo recordó.

Porque aquel árbol debía ser muy grande ahora. O, si había pasado el tiempo suficiente, podía estar incluso muerto... Si la pelirroja de Texas era ahora una vieja dama con la nariz llena de verrugas en algún puerto petrolero, el árbol sería condenadamente grande, y si Ruth (¿qué infiernos le habría ocurrido a Ruth) estaba muerta, el árbol podía ser la cosa más grande que hubiera en todo el complejo de North Jersey.

De acuerdo; ahora sabía una de las cosas que tenía que determinar. *¿Cuán lejos? ¿Cuánto tiempo?* (No era que aquello representara mucha diferencia. ¿Podían ser veinte años, y el mundo haber cambiado tanto y haberse vuelto tan hostil como el de Rip Van Winkle? O si eran cien años, o mil, ¿qué diferencia podía representar para él?). De todos modos: lo primero que tenía que determinar era, *¿Cuánto tiempo?*

Y lo siguiente tenía que ver con él mismo, con Charlie Johns. Tan lejos como había podido darse cuenta hasta entonces, no había nada como él allí, sólo aquellos ledom, fueran lo que demonios fuesen. Y por cierto... ¿qué eran?

Recordó algo que había leído en algún lugar: ¿era Ruth Benedict? Algo acerca de que ningún aspecto del lenguaje humano, o religión, organización social, estaba impreso en sus

Librodot

células germinales. En otras palabras, tomas a un bebé, de cualquier color, de cualquier país, y lo sitúas en cualquier otro, y crecerá completamente igual a las gentes del nuevo país. Y luego estaba aquel artículo que leyó y que contenía la misma idea, pero extendida a todo lo largo de la historia humana; toma a un bebé egipcio de los tiempos de Cheops, y sitúalo en el moderno Oslo, y crecerá convertido en un noruego de la cabeza a los pies, capaz de comprender el código Morse y quizás incluso sentir prejuicios hacia los suecos. Todo aquello demostraba que el más cuidadoso estudio, por parte de los observadores más imparciales, de todo el transcurso de la historia humana, había sido incapaz de sacar a la luz un ejemplo único de evolución humana. El hecho de que la humanidad había salido de las cavernas y finalmente había edificado una elaborada serie de civilizaciones era algo puramente marginal; digamos que se necesitaron treinta mil años para conseguirlo; se podía apostar con ventaja de que un grupo de bebés contemporáneos, criados lo suficiente como para ser capaces de buscar su propio sustento y luego abandonados en una región salvaje, necesitarían exactamente el mismo tiempo para reconstruir las cosas al nivel actual.

A menos que se hubiera producido de nuevo algún salto en la evolución, tan grande como el que había dado nacimiento al homo sapiens. Bien, no sabía nada todavía acerca de los ledom, nada significativo al menos; pero resultaba claro, a) que de algún modo eran humanos, y b) que eran drásticamente distintos de todos los humanos de su tiempo. La diferencia era más que social o cultural... mucho mayor que la diferencia, digamos, entre un aborigen australiano y un ejecutivo gubernamental. Los ledom eran físicamente distintos de varias maneras, algunas sutiles, otras no. Así que aceptemos que han evolucionado de la humanidad; eso puede ser la clave para la Pregunta Número Uno: *¿cuánto tiempo?* Bien, ¿cuánto tiempo toma una mutación?

No lo sabía, pero podía mirar por aquella ventana (manteniéndose a unos prudentes tres pasos de distancia) y ver como grupos de brillantes puntos se movían allá abajo en aquella especie de inmenso parque; todos eran, o parecían ser, adultos, y si sus generaciones se sucedían cada treinta años o así como es de suponer, y si no ponían huevos como los salmones para incubarlos luego, bien, entonces parecía que estaban allí desde hacía bastante tiempo. Sin decir nada de su tecnología: ¿cuánto tiempo se necesita para erigir un diseño tan poco común como El Científico de allá delante?... Era una pregunta mucho más difícil de contestar. Recordó haber leído en una revista un artículo que listaba diez productos de uso común que podían encontrarse en cualquier tienda, el papel de aluminio, una pomada antibiótica, leche en envase desechable, y cosas así, y señalaba que ninguno de esos productos podía ser hallado en el mercado hacía veinte años. Si uno había vivido en una tecnología como aquélla en mitad del siglo XX, había podido ver como la lámpara de vacío era reemplazada por el transistor y luego éste por el diodo túnel, mientras que en un período de diez años los satélites artificiales se trasladaban de una zona de risible fantasía hasta la prosaica realidad de enviar señales de radio desde el otro lado del sol. Quizás él fuera alguien tan divertido como la dama antillana en la escalera mecánica, pero no debía olvidar el hecho de que su primera escalera mecánica, por extraña que a ella le pareciera, ni siquiera era un producto de su futuro.

Así que aférrate a eso, se dijo a sí mismo con urgencia. No te dejes impresionar demasiado. Había mucha gente en su tiempo que jamás había conseguido captar la idea de que la curva del progreso tecnológico no era una línea recta ligeramente ascendente, sino una curva geométrica parecida a una pista de salto de esquí. Esas personas nostálgicas y confundidas se veían siempre asaltadas por ataques de tardío conservadurismo, aferrándose a sus cosas agonizantes e intentando conservarlas por todos los medios. No era

Librodot

en absoluto un auténtico conservadurismo, por supuesto, sino una simple añoranza inconsciente de los queridos viejos días en los que uno podía predecir lo que iba a ocurrir mañana, si no la semana que viene. Incapaces de conseguir una visión global, daban la bienvenida a las comodidades, la miniaturización de eso y la velocidad de aquello, y luego se sentían irritadamente confusos cuando su apoyo a esas cosas cambiaba todo su mundo. Pero él, Charlie Johns, aunque no pretendía ser un gran cerebro, siempre había sido consciente de que el progreso es algo dinámico, y que uno tiene que cabalgarlo un poco inclinado hacia adelante, como sobre una plancha de surf, porque si te mantienes sobre ella con los pies bien plantados lo más probable es que vayas a parar al agua.

Miró de nuevo a El Científico, y su increíble posición era como una ilustración de lo que había estado pensando. Uno necesitaría aprender extrañas formas de cabalgar sobre aquello, se dijo a sí mismo... lo cual lo trajo de vuelta a la formulación de su Pregunta Número Dos.

No debía perder su tiempo preguntándose cómo había ocurrido todo... cómo había sido arrancado de los desiguales escalones de madera entre el segundo y el tercer piso del número 61 de la calle 34 Norte, en el vigésimo séptimo año de su vida. El *cómo* era ciertamente cuestión de su tecnología, y no podía esperar elaborarlo por sí mismo. Podía esperar aprender el cómo, pero no deducirlo. Lo que tenía que saber era... *¿por qué?*

Aquella pregunta se subdividió en un par de compartimentos. Tenía el derecho a ser parcial, y asumir que el trasladarle hasta allí había sido un asunto de envergadura e importancia... pero eso era una suposición lógica. Maquinar con el espacio y el tiempo no era cosa fácil o que pudiera tomarse a la ligera. Así que lo que había que tener en cuenta era: ¿por qué se había llevado a cabo algo tan amplio e importante?, lo cual era lo mismo que decir: ¿qué esperaban los ledom sacar de ello?... Bueno, podía tratarse simplemente de un test de su equipo: cuando uno compra un nuevo cebo para peces, lo primero que hace es probarlo para ver qué puede pescar con él. O: necesitaban un espécimen, cualquier espécimen adulto, de exactamente o aproximadamente aquella porción de tiempo y espacio, así que lanzaron su draga, y resultó que ese espécimen era Charlie Johns. *O*-deseaban a Charlie Johns y no a otro, así que se las arreglaron para conseguirlo. Y esta última, aunque lógicamente era la menos probable, fue la que encontró más fácil de creer. Así que la Pregunta Número Dos se convertía finalmente en: *¿Por qué yo?*

Y la Pregunta Número Tres surgía como un corolario: *¿Conmigo, qué?* Charlie Johns tenía sus defectos, pero tenía también una equilibrada estimación de sí mismo. No había sido arrebatado por su belleza ni por su fuerza ni por su inteligencia, de eso estaba seguro, porque los ledom podrían haber encontrado algo mucho mejor en cualquiera de los apartamentos vecinos al suyo. Como tampoco era por ninguna capacidad especial; Charlie acostumbraba a decir de sí mismo que la única razón de que no fuera un pobre diablo era que trabajaba constantemente, y quizá pese a todo sí era un pobre diablo. Había dejado la escuela superior en el décimo grado, cuando su madre se puso enferma, y por un motivo u otro jamás había vuelto a ella. Había vendido ropa interior femenina, neveras, aspiradoras y enciclopedias de puerta en puerta; había sido cocinero en un restaurante de platos rápidos, operador de un ascensor, fundidor en una acería, marino, voceador en un parque de atracciones, conductor de un buldózer, aprendiz de tipógrafo y redactor de noticias en una emisora de radio. En sus ratos perdidos había desecado pantanos a los mandos de un tractor oruga, vendido periódicos, pegado carteles, pintado automóviles y, en una ocasión, en una feria internacional, se había ganado la vida durante un tiempo manchando con yema de huevos fritos muy poco hechos una serie de platos para la demostración

de una máquina lavavajillas que podía eliminarla en pocos segundos. Siempre había leído todo lo que caía en sus manos, a veces al azar y a veces bajo recomendación, justificada o no, de cualquiera que le hablara de ello; ya que, fuera donde fuese, siempre suscitaba conversaciones y asimilaba todo lo que le decían los demás. Su erudición era amplia y también llena de lagunas, y a veces su conversación lo evidenciaba; podía utilizar palabras que había leído y no oído, y siempre se trabucaba con ellas o las pronunciaba mal. Por ejemplo, durante años había pronunciado la palabra helicóptero por helicóptero, y sospesar por sopesar, y mistificado por mixtificado. También a veces equivocaba el sentido, como decir onceavo por undécimo, o rapto por secuestro. Sin embargo, la gente comprendía siempre lo que quería decir cuando empleaba esas palabras, y nunca nadie le corregía...

Bien, era tal como era, y por ello, o por parte de ello, había sido transferido de su mundo a este otro. Y aquello también tenía dos subdivisiones:

O su propósito había sido traerle hasta allí, o... ¡apartarle de su propio mundo!

Meditó sobre aquello. ¿Qué había hecho, o estaba haciendo, o estaba a punto de hacer, que el futuro deseaba o que terminara o, evitar?

—¡Laura!-gritó en voz alta. Aquello apenas acababa de empezar, era real, era para siempre. ¿Podía ser eso? Porque si lo era, iba a descubrirlo, y entonces iba a hacer pedazos aquel mundo, iba a hacerlo estallar como un globo y esparcir los trozos por todas partes.

Porque veamos: si estaba en el futuro, había sido trasladado allí para prevenir algo que estaba a punto de hacer en el pasado, y si aquello tenía alguna relación con Laura, entonces lo que deseaban prevenir era probablemente que siguiera con Laura; y en este caso lo único que podía importarles conseguir era que Laura y él no tuvieran ningún hijo o ges. Lo cual significaba (había leído la suficiente ciencia-ficción como para ser fácilmente capaz de seguir una tal conjetura) que en *alguna* existencia, en algún flujo temporal determinado, se había casado realmente con Laura y había tenido hijos de ella; y eso era lo que habían decidido interferir.-¡Oh, Dios, Laura!-gritó... No era completamente pelirroja, tampoco completamente rubia, de modo que el nombre más adecuado para el brillante color de su pelo era el de albaricoque; sus ojos eran marrones, pero tan claros que era el marrón que uno utilizaría para pintar el oro si no dispusiera de pintura dorada. Se defendió claramente y con honestidad, sin afectación ni subterfugios, y cuando se rindió lo hizo con todo su corazón. Había deseado a un montón de chicas desde que había descubierto que podían ofrecer algo más que risitas tontas, parloteos y gritos. Había amado a unas pocas. Había conseguido a bastantes más que unas pocas-más de las que le corresponderían, pensaba a veces-de las que había deseado. Pero nunca (hasta Laura) había conseguido a una chica a la que amara. Era como aquello con Ruth, cuando tenía tan sólo catorce años. Siempre había ocurrido algo. En esas ocasiones-había habido un buen número de ellas-había deseado a la chica a la que amaba más que a cualquier otra cosa en su vida, excepto una cosa: no estropearlo... Había soñado fantasías, de tanto en tanto, al respecto, acerca de reunir a las cuatro o cinco chicas con las que le había ocurrido aquello, para unir sus experiencias y descubrir por qué, puesto que las amaba-y sabía que realmente las había amado, a cada una de ellas-, por qué se había echado atrás. Y pensaba que nunca, nunca, serían capaces de hallar la respuesta. Bien, chicas, esa era la respuesta, tómala o déjala, la simple respuesta: no deseaba estropearlo todo.

Librodot

Hasta ahora.

-¡Ahora!-gritó en voz alta, sobresaltándose a sí mismo. ¿Qué infiernos significaba "ahora"?

...hasta Laura, hasta aquella especie de entrega con todo su corazón. Y él también se había entregado; ambos lo habían hecho, a la vez, juntos. Sólo esa vez; y luego, de regreso a casa, subiendo las escaleras...

La Pregunta Número Dos era: *¿por qué yo?*

-Será mejor que tengan una maldita buena razón-murmuró al distante e inclinado El Científico. Y aquello lo condujo a la Pregunta Número Tres: *¿Conmigo, qué?,* y su corolario: debería permanecer, de alguna manera, allí en aquel lugar-y tenía la sensación de que probablemente así sería-, o sería capaz de regresar. Tenía que aclarar aquello.

Y tenía que empezar inmediatamente. Colocó su mano cubriendo a la vez las tres barras que controlaban las luces, y la puerta se dilató.

-¿Se encuentra mejor?-dijo Philos.

Fuera de pantalla un coro de voces agudas grita al unísono "Shabam Shabam", y luego algo que suena como tapas de cubos de basura golpeadas entre sí: Bum Bum. En la pantalla hay un rostro: liso, labios gruesos y relucientes, gruesas y arqueadas cejas, y arqueadas es la palabra precisa, pero (y "pero" aquí es inevitable) patillas que descienden hasta *ahí,* y un grueso y musculoso cuello surgiendo de una chaqueta abierta de cuero negro.

Shabam Shabam

(Bum Bum)

Shabam Shabam

(Bum Bum)

Shabam Shabam *(Bum),* pero en vez del segundo *bum* que todo el mundo espera tensamente (la televisión de Smitty tiene un sistema de sonido de gran potencia, y ese *bum* posee elementos subsónicos que ponen los pelos de punta), la densa línea de pestañas qué rodea los pálidos ojos se hiende, y brota la voz, una lenta y asexuada voz, cantando una letanía. Las palabras son algo así como Teee Teeengooo, Teee Beeesooo, Teee Aaamooo, ooo. La cámara retrocede y el cantante puede ser observado en pleno movimiento, que uno puede explicar tan sólo suponiendo que el cantante, con una infinita perseverancia, está intentando sujetar entre sus nalgas un pequeño pomo de puerta sujeto a un metrónomo. Una explosión de piídos histéricos hace que la cámara gire para enfocar la primera fila del público, donde una manada de quinceañeras jadean y se retuercen como presas de infinitos orgasmos. De vuelta al cantante, que está (aparentemente al menos) dirigiéndose hacia la salida del escenario conduciendo una modelo invisible de esa bicicleta para ejercicios que debe tener el manillar muy echado hacia adelante y el sillín demasiado alto y los pedales muy

Librodot

separados, y cuyo sillín parece incluso que sube y baja a cada pedaleo.

Smith adelanta un largo brazo, alcanza el control, y apaga el aparato.

-Jesús.

Herb Raile se echa hacia atrás en su sillón, cierra los ojos, levanta la barbilla y dice:

-Sensacional.

—¿Qué?

-Ha dé haber algo para todo el mundo.

-¡A ti te *gusta* eso!-la voz de Smith se quiebra en la cuarta palabra.

-Nunca lo he dicho-hace notar Herb. Abre los ojos y mira con burlona ferocidad a Smith-. Y nunca digas que lo he dicho, ¿entiendes?

—Bueno, pero tú has dicho *algo.*

-He dicho que es sensacional, en lo cual supongo que estarás de acuerdo.

-Estoy de acuerdo.

-Y he dicho que ha de haber algo para todo el mundo. Cada cual habla por sí mismo...

-Bocazas.

Herb se echa a reír.

-Hey, aquí el experto soy yo... el bocazas lo serás tú. Sé lo que me digo... todos aquellos que experimentan sentimientos homosexuales abiertos o latentes hallan un objetivo. Y a los jóvenes machos les gusta su forma dé actuar y de expresarse y copian su corte de pelo de ex combatiente y su chaqueta. Y las mujeres, especialmente las maduras, son las que se sienten más atraídas por él; es su rostro de bebé y sus ojos floreados lo que hace el milagro.-Se alza de hombros.-Algo para todo el mundo.

-Olvidaste mencionar a tu viejo vecino el camarada Smith-dice Smith.

-Bien, todo el mundo necesita también algo que odiar.

-Realmente no estás bromeando, Herb.

-No, realmente no.

-Me aburres, muchacho-dice Smith-. Cuando te pones de esta manera, me aburres.

-¿Cuando me pongo cómo?

-Así, tan serio.

—¿Es malo?

-Un hombre debe tomarse en serio su trabajo. No debe tomarse en serio a sí mismo, sus sentimientos y todo lo demás.

-¿Qué ocurre si alguien lo hace?

-Se siente insatisfecho.-Smith mira a Herb seriamente.-Un publicista, digamos, se toma en serio los productos que debe anunciar, digamos, y empieza a investigar esos productos en sus tiempos libres. Se suscribe, digamos, a la Revista del Consumidor. Se permite tener sentimientos y los toma en serio. Recibe una nueva cuenta, y no es capaz de tomarse su trabajo en serio.

-Baja las pistolas, Smitty-dice Herb, pero está un poco pálido-. Si el hombre recibe una nueva cuenta, eso es la cosa más seria del mundo.

-Todo lo demás, mierda.

-Todo lo demás, mierda.

Smith hace un gesto hacia el aparato de televisión.

-No me gusta eso, y no creo que vaya a gustarle a nadie.

Entonces Herb Raile recuerda quien ha patrocinado ese programa de rock. Un competidor. El competidor Número Uno de Smith. Oh Dios, yo y mi gran bocaza. Desea que Jeanette estuviera aquí. A ella no se le hubiera escapado.

-*He dicho* que era un programa asqueroso-murmura-, y que no me gustaba.

-Entonces otra vez dilo *primero,* Hervid, y así no habrá malentendidos.-Toma el vaso de Herb para llenarlo de nuevo. Herb permanece sentado y piensa como debe hacerlo un auténtico publicista. Uno: el cliente siempre tiene razón. Dos: pero proporcióname un solo producto que desprenda los olores de todos los pecados de todos los sexos, y con él moveré la Tierra. Y eso-mira a la gran catarata del ojo vacío de la televisión-eso es algo de lo que ese hombre no está muy lejos.

-Me siento mal, realmente mal-dijo Charlie Johns. Era consciente de que aunque estaba hablando en ledom, lo hacía de la forma en que uno hablaría una lengua extranjera, es decir, pensando primero en su propia lengua y luego traduciendo para hablar, con lo que el resultado era inteligible pero no correcto.

-Entiendo-dijo Philos. Entró en la habitación y se detuvo cerca de una de las construcciones o excrecencias en forma de seta que eran los sillones. Había cambiado a un atuendo a rayas naranjas y blancas en forma de alas que estaba sujeto de alguna forma a sus hombros y colgaba libremente a su espalda. Su bien formado cuerpo iba desnudo a excepción de un calzado a juego y el inevitable morral sedoso-. ¿Puedo?

-Oh, claro, siéntese, siéntese... No, usted *no* comprende.

Philos elevó una ceja inquisitiva. Sus cejas eran gruesas y parecían bien niveladas, pero cuando las movía, lo cual era a menudo, uno podía ver que eran delicadamente puntiagudas, cada una por separado, como dos velludos tejados a dos aguas casi planos.

-Usted está en *casa*-dijo Charlie.

Durante un incómodo lapso de tiempo pensó que Philos iba a cogerle de la mano en demostración de simpatía, y se envaró. Philos no lo hizo, aunque cargó mucha simpatía en su voz.

-Usted también lo estará. No se preocupe.

Charlie levantó la cabeza y le miró atentamente. Parecía ser sincero en lo que decía, y sin embargo...

-¿Quiere decir que podré volver?

-No puedo responderle a eso. Seace...

-No estoy preguntándoselo a Seace. Se lo estoy preguntando a usted. ¿Podré volver?

-Cuando Seace...

-¡Me entenderé con Seace cuando llegue el momento! Ahora sea franco conmigo: ¿podré volver, o no?

-Podrá. Pero...

-Pero infiernos.

-Pero puede que usted no lo desee.

-¿Y porqué no?

-Por favor-dijo Philos, y sus alas se agitaron con la intensidad de sus palabras-, no se irrite. ¡Por favor! Usted tiene preguntas, preguntas urgentes, que hacer; lo sé. Y lo que les hace urgentes es que tiene usted ya en su mente las respuestas que desea oír. Se pondrá cada vez más y más furioso si no obtiene esas respuestas, pero algunas no podrán serle ofrecidas como usted desearía oírlas, porque entonces no serían ciertas. Y otras... no deberían ser formuladas.

-¿Quién dice *eso?*

-¡Usted! ¡Usted! Admitirá que algunas no deberían ser formuladas, cuando nos conozca mejor.

-Un infierno haré. Pero intentemos aunque sea tan sólo algunas, y rompamos así el hielo. ¿Está dispuesto a contestarlas?

-Si puedo, por supuesto.-(Aquí también había una trampa gramatical. Su "Si puedo" significaba casi lo mismo que "Si soy capaz", pero había un asomo de "Si se me permite" en él. Por otra parte... ¿estaba meramente diciendo que respondería si poseía la información, lo cual es después de todo lo que "permite" una respuesta?) Charlie dejó el pensamiento a un lado, y formuló su urgente Pregunta Número Uno.

-¿De cuan lejos viene usted?... ¿Qué quiere decir?

-Exactamente lo que he dicho. Ustedes me trajeron del pasado. ¿Cuánto tiempo significa eso?

Philos pareció sinceramente desconcertado.

-No lo sé.

-¿No lo sabe usted? O... ¿nadie lo sabe?

-Según Seace...

-En un punto-dijo Charlie exasperado-tiene usted razón; algunas de esas preguntas deberán esperar, al menos hasta que vea de nuevo a ese Seace.

-Vuelve a mostrarse irritado.

-No, no vuelvo a mostrarme irritado. Sigo irritado.

-Escuche-dijo Philos, inclinándose hacia adelante-. Nosotros somos... bueno, un nuevo pueblo, nosotros los ledom. Aprenderá todo eso. Pero no puede esperar que contemos el tiempo como usted lo hace, o sigamos con algún método de meses y años numerados que no tienen nada que ver con nosotros... ¿Qué importancia puede tener realmente eso... ahora? ¿Cómo puede preocuparse por saber cuánto tiempo ha transcurrido, cuando su mundo ya no existe, y sólo queda el nuestro?

Charlie palideció.

-¿Ha dicho usted... ya no existe?

Philos abrió tristemente las manos.

-Seguro que se ha dado usted cuenta...

-¿De qué podía darme cuenta?-ladró Charlie; y luego, quejumbrosamente-: Pero-pero-pero... Pensé que quizás alguien... aunque fuera muy viejo...-El impacto no llegó inmediatamente, sino que le llegó en flashes de rostros: Ma, Laura, Ruth... sumergiéndose sucesivamente en la oscuridad.

-Pero le he dicho que podría volver atrás y ser aquello para lo que nació-dijo Philos suavemente.

Charlie permaneció sentado aturdido durante un tiempo, luego se giró lentamente hacia el ledom.

-¿Es cierto?-dijo, casi implorando, como un niño a quien se le prometiera lo imposible... pero se le prometiera.

-Sí, pero entonces sabrá...-Philos hizo un gesto amplio-todo lo que sabrá.

-Oh, infiernos-dijo Charlie-. Estaré en casa... eso es lo que cuenta.-Pero algo en su interior estaba mirando a una nueva ascua de terror, la estaba alentando, haciéndola pulsar más roja y brillante. Conocer el final... cómo vendría, cuándo vendría; saber, como ningún hombre había sabido antes, que lo que estaba por venir era realmente *el* final, *lo* era... Estar tendido junto al cálido cuerpo de Laura, sabiéndolo. Ir a comprar los periódicos sensacionalistas que Ma cree a pies j un tiíllas, sabiéndolo. Ir a la Iglesia (quizá más a menudo, sabiéndolo) y contemplar salir una boda y ver el traje de seda blanco sentarse junto al austero traje de ceremonia con los botones a punto de saltar y todo ello en medio de un rugiente mar de alegres bocinazos, sabiéndolo. Y ahora en aquel loco y desequilibrado lugar estaban dispuestos a decirle precisamente cuándo, precisamente cómo.

-No-dijo con voz ronca-, simplemente envíenme de vuelta, sin decirme cuándo ni cómo. ¿De acuerdo?

-¿Está negociando? Entonces, ¿hará algo para nosotros?

Librodot

-Yo...-Charlie se llevó una mano al lado de su bata de hospital, pero no había allí ningún bolsillo al que dar la vuelta para mostrar que estaba vacío-... no tengo nada con qué negociar.

-Tiene una promesa con la que negociar. ¿Hará una promesa, y la mantendrá, para obtener eso?

-Si se trata de un tipo de promesa que pueda mantener.

-Oh, lo es, lo es. Simplemente esto-conózcanos. Sea nuestro huésped. Aprenda todo lo de Ledom desde arriba hasta abajo: su historia (¡no hay mucha!), sus costumbres, su religión y su razón de ser.

-Eso puede tomar una eternidad.

Philos agitó su oscura cabeza, y en sus negros ojos resplandecieron lucecitas.

-No tanto tiempo. Y cuando veamos que realmente nos conoce, se lo diremos, y será usted libre de volver, *si lo desea.*

Charlie se echó a reír.

-¿Cree que habrá un sí?

-Estoy convencido-respondió Philos enfáticamente.

-Amigo, ahora echemos un vistazo a la letra pequeña-dijo Charlie Johns, también enfáticamente-. La cláusula "no tanto tiempo" me preocupa. Siempre pueden afirmar que no conozco todo sobre Ledom hasta que no haya contado la última molécula de la última brizna de hierba del lugar.

Por primera vez, Charlie vio afluir la irritación a un rostro ledom.

-Nunca haríamos algo así-dijo Philos llanamente-. No lo haremos, ni creo que pudiéramos hacerlo.

Charlie sintió que su propia irritación crecía.

-Está pidiéndome que confíe infernalmente en ustedes.

-Cuando nos conozca mejor...

-Usted desea que haga promesas *antes* de conocerles mejor.

Sorprendente, cautivadoramente, Philos suspiró y sonrió.

-Tiene usted razón... desde su punto de vista. De acuerdo entonces... no haremos ninguna negociación por ahora. Pero preste atención: le ofrezco esto, y Le-dom lo ratificará: si, durante su examen de nosotros y de nuestra cultura, cree usted que se lo estamos mostrando todo, y que avanzamos a un ritmo satisfactorio para usted, entonces hará la promesa de llegar hasta el final. Y al final, cuando nos sintamos satisfechos y creamos que ya ha visto lo suficiente como para conocernos tal como deseamos que nos conozca... entonces haremos todo lo que sea necesario para enviarle de vuelta.

-Es difícil discutir un trato como ése... Y sólo como información: ¿y si no hago

nunca esa promesa?

Philos se alzó de hombros.

-Probablemente será devuelto igualmente al lugar de donde ha venido. Para nosotros, lo único importante es que nos conozca.

Charlie miró largamente aquellos ojos negros. Parecían sinceros.

-¿Podré ir a cualquier lado, hacer cualquier tipo de pregunta?-quiso saber.

Philos asintió.

-¿Y obtener respuestas?

-Todas las respuestas que nos sea (permitido) hacerlo.

-¿Y cuántas más preguntas haga, más sitios visite, más cosas vea, más pronto podré regresar?

-Exactamente.

-Que me condene-dijo Charlie Johns a Charlie Johns. Se levantó, dio una vuelta por la habitación, mientras Philos lo observaba, y luego volvió a sentarse.

-Escuche-dijo-, antes de llamarle estuve pensando un rato. Y me planteé tres grandes preguntas que hacerle. Observe que, mientras pensaba en ellas, no sabía lo que sé ahora... es decir, que ustedes estaban dispuestos a cooperar.

-Inténtelo, y compruébelo.

-Todo esto puede estar muy bien, pero yo no soy ningún experto en observar razas o especies o culturas o lo que sean ustedes.

-Lo *es,* sin embargo. Porque es usted diferente. Sólo eso ya le hace un experto.

-¿Y suponga que no me gusta lo que observo?

-¿No entiende-dijo Philos rápidamente-que eso no tiene la menor importancia? El que le gustemos o no le gustemos será tan sólo otro hecho entre muchos hechos. Lo que deseamos conocer son sus reacciones ante lo que vea una vez procesado por lo que piense.

-Y cuando lo sepan...

-Nos conoceremos mejor a nosotros mismos.

-Todo lo que conocerán será lo que *yo* piense-dijo Charlie irónicamente.

-Siempre podemos aceptarlo o no...-dijo Philos, con el mismo grado de ironía.

Terminaron riendo juntos.

-Está bien-dijo Charlie Johns finalmente-. Me han pillado.-Bostezó ligeramente y pidió disculpas.-¿Cuándo empezamos? ¿A primera hora de mañana?

-Pensé que...

-Mire-suplicó Charlie-, ha sido un día agotador, y estoy hecho polvo.

-¿Está cansado? Oh, bueno, entonces no me importará esperar mientras usted descansa un poco más.-Philos se acomodó más confortablemente en su asiento.

Tras un instante de perplejo silencio, Charlie dijo:

-Lo que quiero decir es que me gustaría dormir un poco.

-Eso es lo que pretendo. La Pregunta Número Uno ya ha sido formulada. Era a cuánto tiempo en el futuro, mi futuro, me hallaba ahora.-Levantó rápidamente una mano.-No la responda. Aparte lo que usted ha dicho, que no es mucho pero parece indicar que es Seace quien responde a ese tipo de preguntas, no deseo saberlo.

-Eso...

-Espere un minuto hasta que le diga por qué. Primero de todo, eso puede darme la clave de cuando va a llegar el fin, y honestamente no deseo saberlo. En segundo lugar, ahora que pienso en ello, no veo que represente ninguna diferencia. Si regreso... hey, ¿está seguro de que volveré al mismo lugar y tiempo del que partí?

-Muy cerca.

-De acuerdo. Siendo así, no tiene ninguna importancia para mí el que hayan pasado un año o diez mil. Y tampoco deseo pensar en mis amigos ya viejos o muertos, ni nada de eso: cuando regrese los encontraré de nuevo.

-Los encontrará de nuevo.

-Perfecto: ya basta con la Pregunta Número Uno. La Pregunta Número Tres también ha sido respondida; era: ¿qué va a ocurrirme aquí?

-Me alegro de que haya sido respondida.

-Perfecto; eso deja tan sólo la pregunta central. Philos: *¿por qué yo?*

-Perdón...

-¿Por qué yo? ¿Por qué *yo?* ¿Por qué no escogieron a otro para traerlo hasta aquí? O si tenía que ser yo, ¿por qué? ¿Acaso estaban probando su equipo y cogieron lo primero que hallaron? ¿O poseo alguna cualidad o algún talento especial o algo así que ustedes necesiten? O... *maldita sea,* ¿lo hicieron para impedirme hacer algo allí?

Philos retrocedió ante su vehemencia... no a causa del miedo, sino de la sorpresa y el desagrado, como retrocedería alguien ante la repentina vaharada de un albañal.

-Intentaré responder a todas esas preguntas-dijo fríamente, tras concederle a Charlie treinta segundos de silencio para que pudiera oír los desagradables ecos de su propia voz y asegurarse de que había terminado-. En primer lugar, fue a usted y tan sólo a usted a quien escogimos, o a quien podíamos escoger. En segundo lugar, sí, íbamos particularmente tras de usted, debido a una especial cualidad que posee. En cuanto a la última parte de su suposición, seguramente convendrá conmigo en que es ridícula, ilógica, y difícilmente merecedora de su irritación. Porque mire (y aquel "mire" era: "Preste atención: razone sobre ello: Observe, reflexione"), teniendo en cuenta el hecho de que tiene usted todas las posibilidades de ser devuelto casi exactamente al lugar de donde vino, ¿cómo podría nuestra elección afectar sus subsiguientes actos? Cuando regrese habrá pasado muy poco tiempo.

Ceñudo, Charlie pensó en todo aquello.

-Bien-dijo finalmente-, quizá tenga razón. Pero seré distinto, ¿no?

-¿Por conocernos?-Philos rió afablemente.-¿Y cree usted realmente que el conocernos a nosotros puede afectarle tan seriamente como para cambiarle de cómo era antes?

Pese a sus deseos, una sonrisa se insinuó en la comisura de los labios de Charlie. Philos rió abiertamente.

-Me temo que no. De acuerdo.-Mucho más amistosamente, preguntó:-Entonces, ¿le importaría decirme qué es eso tan especial que poseo y que ustedes necesitan?

-No me importaría en absoluto.-(Era una de las veces en que Charlie había traducido de su propio idioma, y evidentemente Philos estaba imitándole, aunque amistosamente).-La objetividad.

-Estoy dolorido y estoy perplejo y estoy perdido. ¿De qué tipo de maldita objetividad está hablando?

Philos sonrió.

-Oh, no se preocupe, está usted cualificado. Mire: ¿ha pasado usted por la experiencia de tener a un extraño, y no necesariamente un especialista de ningún tipo, que le dice algo sobre usted que le ayuda a aprender algo más sobre sí mismo... algo que usted ni siquiera hubiera llegado a saber sin esa observación?

-Creo que todo el mundo ha pasado por eso.-Recordó aquella vez en que oyó a una de sus amigas eventuales decir a alguien a través de la delgada separación de una caseta de baño en South Beach: "... y lo primero que te dice es que nunca ha ido a la universidad, y que durante tanto tiempo ha tenido que competir tanto con graduados universitarios que ya no le importa que se sepa o no". No era nada grave ni dolorosamente embarazoso, pero nunca más mencionó la universidad a nadie; sin aquella chica nunca hubiera sabido que *siempre* lo decía, y no se hubiera dado cuenta de lo ridículo que sonaba.

-Bien-dijo Philos-, como ya le he dicho, somos una raza joven, y nos interesa enormemente saber todo lo posible sobre nosotros mismos. Disponemos para ello de instrumentos que nunca podría llegar a describirle. Pero hay una cosa que no podemos llegar a conseguir como especie, y es la objetividad.

-Lo que quiero decir es que me gustaría dormir un poco.

Philos saltó como impulsado por un muelle.

-¡Dormir!-Se llevó una mano a la cabeza y se la rascó.-Pido disculpas; lo había olvidado por completo.

¡Por supuesto!... ¿cómo lo hace?-¿Eh?

-Nosotros no dormimos.-¿No?

-¿Cómo lo hacen ustedes? Los pájaros meten la cabeza bajo el ala.

-Yo me tiendo. Cierro los ojos. Y me quedo tendido así, eso es todo.

-Oh. De acuerdo. Esperaré, ¿cuánto tiempo?

Charlie lo miró de reojo; parecía como si se estuviera burlando de él.

-Normalmente unas ocho horas.

-¡Ocho *horas!*-e inmediatamente, con la mayor cortesía, como si se sintiera avergonzado por haber mostrado su ignorancia o su curiosidad, Philos se dirigió hacia la puerta-. Entonces será mejor que lo deje hacerlo solo. ¿Le parece bien?

-Me parece estupendo.

-Si desea alguna cosa para comer...

-Gracias, ya me lo indicaron cuando me enseñaron como controlar las luces, ¿recuerda?

-Muy bien. Y encontrará ropas en ese armario de aquí.-Tocó, o casi tocó, una espiral en el dibujo de la pared. Una puerta se dilató y se cerró casi inmediatamente. Charlie tuvo una breve visión de telas abigarradamente coloreadas.-Escoja lo que le guste más. Ah...-vaciló-, las encontrará todas, esto... muy envolventes, pero hemos intentado diseñarlas tan confortablemente como fuera posible pese a ello. Pero entienda... ninguno de nosotros había visto jamás a un macho, antes.

¡Ustedes son, mujeres!

¡Oh... no!-dijo Philos; hizo un gesto con la mano, y se fue.

Smith se aplica Viejo Bucanero, mientras Herb Railes observa, de pie en el cuarto de baño de abajo de Smith, y echa un vistazo al armario de las medicinas. El armario de las medicinas está en la pared encima del inodoro, y hay otro armario sobre el estante de los cosméticos, que está al lado del lavabo. Todas las casas tienen los dos armarios. En la propaganda vienen etiquetados como *Él* y *Ella.* Jeanette los ha bautizado como *Él* y *Nosotros,* y aparentemente Tillie Smith está (según una frase de hace poco rato de Herb) ocupando posiciones, ya que uno y medio de los cuatro estantes del armario de él están llenos con artículos femeninos. En cuanto a lo demás, está la Crema Eréctil Viejo Bucanero, que hace que la barba se enderece antes del afeitado, y la loción A Las Órdenes Del Capitán Viejo Bucanero que hace que el pelo se aplane antes del peinado. Y también el Cosquilleo del Viejo Bucanero, un aceite de baño con vitamina C añadida. (En una ocasión Herb buscó en un diccionario la definición de bucanero: un ladrón de los mares, y dijo que no era extraño que todos aquellos productos llevaran su nombre, pero no era el tipo de chiste que hiciera reír a Smitty.) Personalmente Herb siente un poco de lástima por el hecho de que Smitty se aferré tanto a ese Viejo Bucanero, puesto que hay muchas otras cosas mejores en el mercado. Mejillas Satinadas por ejemplo. Herb debe mucho de su status en la agencia al hecho de haber creado el slogan de Mejillas Satinadas: una foto de un Latín Lover (en un cuidadoso toque internacional, pues hay que tener en cuenta todos los mercados), restregándose mejilla contra mejilla con una hembra exaltadamente mamífera, sobre la

Librodot

frase: *¿Quién desea una mejilla satinada?*

¡Bien!, dice Herb, casi en voz alta. Un tubo de pomada contra las hemorroides.

Tranquilizantes por supuesto, aspirinas efervescentes, y un frasco de monstruosas cápsulas medio azules, medio amarillas. *Una tres veces al día.* Acromicina, apostaría Herb. Sin tocar absolutamente nada, se inclina hacia adelante para leer la etiqueta. La fecha dice que la receta fue preparada hace tres meses. Herb retrocede en su memoria. Fue cuando Smitty estaba bebiendo demasiado.

Próstata, ¿eh?

Lápiz de labios incoloro... para labios cortados. Esmalte de uñas incoloro. Barra para retoques. ¿Qué infiernos es una barra para retoques? Se acerca un poco más. Número 203 Marrón. La letra pequeña dice: *Para retoques temporales entre las aplicaciones del tinte Tono Justo.* El tiempo pasa, Smitty. Será mejor que todos nos hagamos a la idea; el tiempo pasa...

Charlie recordó (recordó, recordó) una canción que había oído en el jardín de infancia. La había oído de los chicos mayores, los chicos de segundo grado, las chicas saltando a la cuerda:

Ni de rosa ni de azul,

¿Cómo lo vestirá mamá?

No será un niño,

ni una niña;

¡sólo un pequeño bebé será!

Se durmió cantando silenciosamente. Y soñó con Laura... se habían conocido hacía tan poco tiempo, y, sin embargo, era para siempre; incluso tenían su propio lenguaje de enamorados, pequeñas palabras y frases que tenían un significado para ellos y para nadie más: *Eso es cosa de hombres, Charlie.* Él podía decir: "Eso es cosa de mujeres, Laura", incluso cuando ella lanzó un gritito aquel día en que un bicho fue a posarse sobre su pelo albaricoque, y luego rió, y rió, y rió.

Se despertó, se halló en una zona extraña, avanzando hacia un lugar de sensibilidad en el cual podía darse cuenta clara y fríamente de que Laura estaba separada de él por impenetrables barreras de espacio y tiempo, pero en el cual, simultáneamente, su madre estaba sentada a los pies de la cama. Y cuando hubo cruzado aquella zona, se le hizo más y más claro que se hallaba en Le-dom, de modo que no se trataba de la clásica desorientación del viajero al despertarse; sin embargo, la sensación de la presencia de su madre se hizo más y más fuerte, de tal modo que cuando abrió los ojos y ella no estaba allí, fue como si hubiera estado-en carne y huesos, no su imagen-y hubiera desaparecido con un audible *pop.* De modo que, furioso y dolido, se despertó llorando y llamando a su madre...

Cuando tuvo sus pies abajo y su cabeza finalmente erguida, caminó hacia (pero no

Librodot

demasiado cerca) la ventana y miró al exterior. El tiempo no había cambiado, y parecía como si hubiera dormido durante veinticuatro horas, puesto que el cielo, aún cubierto, era tan brillante como lo había sido durante su viaje desde El Científico. Estaba hambriento; y, recordando las instrucciones, se dirigió hacia la especie de cama donde había dormido y tiró hacia afuera del extremo de la primera de las tres barras doradas. Una sección irregular de la pared (no había nada que fuera recto, plano, vertical o exactamente liso a su alrededor) desapareció hacia arriba y hacia atrás, un poco como la tapa de uno de aquellos antiguos escritorios a persiana, y como si el orificio fuera una cómica boca sacando una enorme lengua, una especie de bandeja se deslizó hacia afuera. Sobre ella había un bol y un plato grande. En el bol había una especie de gachas. En el plato había un montón de frutas, exóticamente coloreadas y exquisitamente dispuestas para que ofrecieran en su improbable serie de formas y tamaños la más artística presentación. Había uno o dos honestos plátanos y naranjas, y algo parecido a uvas, pero las demás eran frutas hinchadas y azules, moteadas, iridiscentes, de color bermellón y verdes, y al menos siete variedades de rojo. Lo que más deseaba en el mundo, éste o cualquier otro, era algo frío para beber, pero no había nada de aquello. Suspiró y tomó un globo purpúreo, lo olió-olía por encima de todo lo demás a tostadas con mantequilla-y le dio un mordisco de prueba. Entonces emitió un gruñido de sorpresa, y empezó a buscar algo con lo que limpiar su cara y cuello. Porque aunque la piel de la fruta estaba al contacto con sus labios a temperatura ambiente, su zumo, que brotó a considerable presión, estaba frío, casi helado.

Tuvo que utilizar la bata blanca que llevaba para secarse con ella, tras lo cual tomó un segundo ejemplar de la fruta purpúrea y probó de nuevo, esta vez con mejores resultados. El fluido y frío zumo carecía de pulpa, y sabía a manzanas con un cierto toque a canela.

Luego miró las gachas. Nunca le habían gustado los cereales cocidos, pero el aroma que se desprendía de ellas era apetitoso, aunque no podía situarlo. Había un objeto depositado al lado del bol, un utensilio de algún tipo. Por su forma recordaba una cuchara, pero en realidad consistía tan sólo en un mango que sujetaba una especie de arco de fino alambre de un color azul brillante, algo parecido a una raqueta de tenis en miniatura, pero sin las cuerdas. Desconcertado, lo tomó por el mango y lo introdujo en las gachas. Para su sorpresa, las gachas se amontonaron sobre el arco metálico como si bajo él hubiera el sólido cuenco de una cuchara. Levantándolo, vio que la comida se apelotonaba en la parte inferior de igual modo que en la superior... ni una pizca más, y no goteaba en absoluto. Lo llevó cautelosamente a su boca, y lo halló tan delicioso que casi no notó la textura parecida al caucho del área invisible que rodeaba el lazo metálico. Por supuesto, la observó, y pasó experimentalmente un dedo a su través (apenas notó una ligera resistencia), pero mientras tanto estaba saboreando, con todas sus glándulas salivares, la sabrosa y ligeramente dulzona naturaleza de aquella especie de gachas que su estómago recibía tan complaciente. El aroma era completamente nuevo para él, pero, engullendo apresuradamente hasta que el azulado utensilio se deformó contra el vacío fondo del bol, deseó encontrarse muy pronto algo más de aquella delicia.

Satisfecho, físicamente al menos, suspiró y se levantó de la cama, mientras la bandeja con su contenido se deslizaba silenciosamente dentro de la abertura, que inmediatamente se convirtió en una parte de la pared. "Un buen servicio", murmuró Charlie, agitando aprobadora-mente la cabeza. Se dirigió al armario que le había

Librodot

mostrado Philos y palmeó la espiral en el dibujo de la pared. La puerta se dilató. El compartimento estaba iluminado, con aquella misma luminosidad plateada difusa que no parecía venir de ningún lado. Sin apartar sus recelosos ojos de los bordes de la irregular abertura ovalada-porque aquella cosa parecía abrirse y cerrarse con un auténtico entusiasmo-, examinó su interior, esperando descubrir sus buenos pantalones marrones confeccionados en los Estados Unidos. No estaban allí.

En su lugar había una hilera de construcciones-ésa era la única palabra que podía designarlas-de telas blandas y rígidas, almidonadas, transparentes, opacas, y todas esas cosas combinadas; rojas, azules, verdes, amarillas, telas que parecían poseer todos los colores a la vez, con hilos que cambiaban de tonalidad de acuerdo con *tos* hilos que los rodeaban, y telas sin ningún color en absoluto, que adoptaban aquellos que tenían más próximos. Todas unidas formaban un conjunto de paneles, tubos, pliegues, caídas, dobleces y costuras, festoneados, fruncidos, bordados, calados y repujados. Mientras sus ojos y sus manos se iban acostumbrando a aquel brillo deslumbrante, empezó a darse cuenta de la existencia de un cierto sistema; la mezcolanza podía ser separada, y algunos elementos podían ser retirados para examinarlos individualmente como atuendos. Algunos eran tan simples como un camisón... funcionalmente hablando, aunque cualquiera que durmiese con él seguramente soñaría con difracciones persiguiéndole obstinadamente. Había también otras prendas menores, en forma de pantalones bombachos, leotardos, taparrabos, así como faldas largas y cortas, flotantes y ajustadas, y trajes completos largos y cortos. ¿Pero para qué podía servir esa banda brillante de cinco centímetros de ancho y dos metros de largo, dispuesta en forma de series de U sucesivas unidas por sus extremos superiores? ¿Y dónde se suponía que podía llevar uno esa perfecta esfera de un material negro y elástico... en su cabeza?

La colocó sobre su cabeza, e intentó mantenerla en equilibrio allí. Era fácil. Bajó la cabeza para hacerla caer. Se mantuvo donde estaba. Tiró de ella. No era fácil. Era imposible. Se había pegado a él. Ni siquiera tiraba de su pelo; parecía haberse pegado directamente a su cuero cabelludo.

Se dirigió hacia las tres barras doradas, se preparó para apoyar sus manos sobre ellas para llamar a Philos, y entonces se detuvo. No, tenía que vestirse antes de llamar pidiendo ayuda. Fueran lo que fuesen aquellas desconcertantes gentes, ya había pasado la edad de pedirla ayuda de una mujer para vestirse. Hacía años que se vestía solo.

Regresó junto al armario. Pronto aprendió el truco para colgar los trajes en él. No había exactamente colgadores, pero si uno tomaba un vestido y lo colocaba en la forma que deseaba que quedara contra la pared interior, de la derecha, adoptaba permanentemente la forma en que uno lo había colocado. Entonces lo único que había que hacer era deslizado a través de la barra de las perchas... aunque por supuesto no había ni barra ni perchas. Cuando uno volvía a sacarlo, el traje perdía su rigidez y se convertía de nuevo en algo blando y maleable.

Encontró una larga pieza de material burdamente cortada con la forma de un reloj de arena, con una estrecha tira en un extremo. El material era de un color azul marino lo suficientemente sobrio, la tira de un rojo intenso. Eso puede dar un par de pantalones lo suficientemente aceptables para mí, pensó. Se quitó su bata blanca, que afortunadamente estaba abierta por la espalda, ya que de otro modo nunca hubiera conseguido hacerla pasar por la bola negra que oscilaba y se balanceaba sobre su cabeza a cada uno de sus movimientos. Colocó el extremo sin cinta del material azul sobre su abdomen, metió el resto por entre sus piernas y tiró hacia arriba en su espalda, y sujetando los extremos de la tira los pasó por sus costados, con la intención de atarlos entre sí por la parte delantera. Pero antes de que pudiera hacer eso se fusionaron entre sí, sin ninguna señal de unión o costura. Tiró de la

Librodot

cinta; se distendió, luego regresó lentamente a su posición cuando la soltó, hasta que se amoldó de nuevo en torno a su cintura, en cuyo momento dejó de contraerse. Maravillado, tiró del extremo frontal libre del material hacia arriba hasta que estuvo lo suficientemente tenso como para adaptarse a su cuerpo detrás y entre sus piernas, y luego lo dejó caer hacia adelante para que formara una especie de faldellín. Se giró y se contorsionó, contemplando admirativamente su obra. Se adaptaba como una segunda piel, y aunque sus piernas estaban, a los lados, desnudas hasta la cintura, con sólo una tira roja formando como un cinturón, todo lo demás, como había sugerido Philos, era suficientemente "envolvente".

En cuanto al resto de su persona, decidió que ya estaba bastante cubierto, puesto que, como había aprendido en su breve experiencia en el exterior, aquél era un lugar tropical. Por otra parte, la mayor parte de aquella gente parecía llevar siempre algo en la mitad superior de sus cuerpos, aunque sólo fuera un brazalete o algo sobre los hombros. Rebuscó entre el contenido del armario y descubrió un algo del mismo color azul marino que lo que llevaba. Lo sacó. Parecía ser una especie de chaqueta o capa, que parecía pesada pero en realidad era tremendamente ligera, y no sólo hacía juego perfectamente en color, sino que tenía incluso trenzado un fino cordoncillo del mismo rojo que el cinturón de su taparrabos. Colocársela se reveló como un problema, hasta que se dio cuenta de que, como aquella cosa roja que llevaba Seace, no cubría los hombros sino que se terminaba en los sobacos. Tenía el mismo cuello rígido elevándose por detrás, y en la parte frontal llegaba justo hasta su esternón. No había ningún sistema de cierre, pero no lo necesitaba; se adaptó suavemente sobre sus músculos pectorales y pareció aferrarse a ellos. La cintura era ceñida y, aunque no la cubría enteramente por delante, se mantenía en su sitio sin ningún problema. La parte posterior no era como la del atuendo de Seace, uniéndose en una doble cola de frac., sino que acababa uniformemente a cosa de un palmo de distancia de la cintura.

Y había zapatos en el fondo del armario; en un estante vio lo que podía llamarse la mínima expresión en calzado: almohadillas con la forma adecuada para adherirse por debajo al empeine y las yemas de los dedos, y otras para cubrir tan sólo el talón, sin nada entre las dos. Había también otros muchos tipos; sandalias con tirillas de cuero y con hebillas, y sandalias con lazos y tiras autoadhesivas y sin ningún cierre aparente; botas de piel blanda hasta la rodilla, babuchas, zapatos estilo turco, plataformas, huaraches, y muchas, muchas otras, excepto cualquier cosa que comprimiera o entorpeciera el pie. Se dejó guiar por el color, y por supuesto halló un par de botas estilo gamuza que casi no pesaban nada con el tono exacto de azul marino que combinaba con el resto y el toque necesario de rojo. Esperó que fueran de su talla... y lo eran, con toda precisión, maravillosamente; y entonces se dio cuenta de que todos aquellos zapatos debían ser por su propia naturaleza de su talla y de la de cualquier otro.

Complacido consigo mismo, tiró de nuevo sin esperanzas de la ridícula burbuja negra que se bamboleaba sobre su cabeza, y luego se dirigió hacia las barras y las palmeó. La puerta se dilató con un chasquido, y Philos entró. (¿Acaso se había pasado allí con la nariz pegada al otro lado de la puerta las últimas ocho horas?). Llevaba una amplia falda amarilla amarilis, calzado a juego, y un bolero negro, que parecía haberse puesto al revés. Pero en él no caía mal. Su elocuente rostro oscuro se iluminó cuando vio a Charlie:

¿Ya vestido? ¡Oh, espléndido!-e hizo una mueca indescriptible. Era una expresión tensa que Charlie no llegó a comprender.

¿Cree que está todo bien?-preguntó-. Me gustaría tener un espejo.

Librodot

-Por supuesto-dijo Philos-. Si puedo...-aguardó. Charlie tuvo la impresión de que se trataba de una frase ritual, como "¡Salud!" después que uno ha estornudado. ¿Pero por qué "si puedo"?

-Bueno, claro-dijo Charlie, y jadeó. Porque Philos unió sus manos... ¡y al instante siguiente había desaparecido!, y en su lugar había otra persona de pie allí delante, resplandeciente en su traje color azul marino con un cuello alto que enmarcaba magníficamente su rostro más bien alargado, un ajustado taparrabos con un elegante faldellín cayendo por delante, y unos preciosos zapatos, e incluso con los hombros desnudos por encima de la chaquetilla y la estúpida bola negra balanceándose sobre su cabeza, la silueta era más bien atractiva. Excepto el rostro, que fue lo único que no le impresionó.

-¿De acuerdo?-la silueta se desvaneció, y Philos volvió a aparecer; Charlie se quedó con la boca abierta.

-¿Cómo ha hecho eso?

-Oh, lo olvidé... usted no lo había visto hacer nunca.-Extendió su mano, en la que llevaba un anillo de brillante metal azul, el mismo azul resplandeciente que el lazo con un mango con el cual Charlie había comido el desayuno.-Cuando lo toco con mi otra mano, hace las veces de un buen espejo.-Lo tocó, y la elegante figura con la estúpida bola en su cabeza reapareció y luego se desvaneció

-Eso sí es un buen *artilugio*-dijo Charlie, que siempre se había sentido entusiasmado por esas cosas-. ¿Pero acaso va a todas partes llevando consigo un espejo? ¿Puede verse usted mismo en él?

-Oh, no.-Philos, aunque seguía exhibiendo aquella mueca de antes, consiguió introducir una sonrisa en ella.-Es simplemente un dispositivo de defensa. Nosotros los ledom nos peleamos raramente, y ésa es una de las razones. ¿Puede imaginarse a usted mismo peleándose e irritándose y contorsionándose y actuando ilógicamente (la palabra contenía los conceptos de "estúpido" e "inexcusable"), y de repente encontrarse cara a cara frente a sí mismo, viéndose exactamente del mismo modo en que le están viendo todos los demás?

-Supongo que eso calmaría a cualquiera-admitió Charlie.

-Por eso uno siempre pide permiso antes de utilizarlo frente a alguien. Cuestión de educación. Es algo tan viejo como mi humanidad y probablemente también como la suya. Una persona puede tomarse a mal el verse a sí mismo, a menos que lo desee específicamente.

-Tienen ustedes una buena tienda de juguetes aquí-dijo Charlie admirativamente-. Bien... ¿he pasado la Inspección?

Philos lo miró de arriba abajo y de abajo arriba, y su mueca se acentuó.

-Perfecto-dijo, con una voz tensa-. Absolutamente perfecto. Ha hecho una buena elección. ¿Nos vamos?

-Espere-dijo Charlie-. Hay algo que no va con lo demás, ¿verdad? Si hay cualquier cosa que no encaje con el resto, este es el momento de decirlo.

Librodot

-Oh, bueno, puesto que usted le pide... ¿acaso-(Charlie pudo ver que estaba eligiendo cuidadosamente sus palabras)-acaso le tiene mucho apego a ese... esto... sombrero?

-Eso, por el amor de Dios. Es tan ligero que casi lo olvidé, y luego con la llegada de usted y el truco del espejo... ¡infiernos, no! Se ha pegado a mi cabeza no sé cómo, y no hay forma de que consiga quitármelo.

-Eso no es problema.-Philos avanzó hacia el armario, dilató la puerta, rebuscó en su interior y sacó algo con el tamaño y la forma de un calzador.-Aquí está... simplemente tóquelo con esto.

Charlie hizo lo que el otro le indicaba, y el objeto negro cayó al suelo, donde rebotó blandamente. Charlie lo envió de vuelta al armario de una patada, y volvió a dejar en su sitio el pseudo calzador.

-¿Eso que es?

-¿El desactivador? Anula la fuerza biostática del material.

-¿Y la fuerza biostática es lo que hace que esas ropas se peguen entre sí y a mi cuerpo?

-Bueno, sí, porque no se trata exactamente de un material inanimado. Pregúntele a Seace. Yo tampoco acabo de comprenderlo.

Charlie se le quedó mirando.

-Sigue habiendo todavía algo que no marcha. Será mejor que lo diga de una vez, Philos.

La mueca se acentuó, pese a que Charlie hubiera jurado que era imposible conseguirlo.

-Prefiero no decirlo. La última vez que alguien expresó su opinión de que era usted divertido, lo envió de una patada al otro lado de la habitación central de Mielwis.

-Lamento lo que sucedió. Me sentía mucho más perdido entonces de lo que me siento ahora... Así que dígalo.

-Está bien. ¿Sabe qué era lo que se había puesto en la cabeza?

-No.

-Un polisón.

Abandonaron la habitación entre estruendosas risas.

Se dirigieron a ver a Mielwis.

-Se están pasando con los bolos-dice Smith.

-Igual se han declarado en huelga.

-Eres un publicista de lo más divertido.-Pero Smith no está burlándose de Herb;

en su interior está sonriendo.

Cae el silencio. Ya lo han dicho todo. Herb sabe que Smith sabe que cada uno de los dos sabe que el otro está buscando algo que decir. Herb reflexiona que resulta divertido que la gente no pueda estar sencillamente junta sin tener que eructar más y más palabras, palabras gastadas y viejas; pero no lo dice en voz alta porque Smith podría pensar que se está poniendo nuevamente serio.

-Las vueltas de los pantalones vuelven a estar pasadas de moda-dice Smith al cabo de un rato.

-Sí. Millones y millones de tipos arreglándose sus pantalones. ¿Qué crees que hacen los sastres con todas esas vueltas? ¿Y qué ocurre con toda la tela que los fabricantes no utilizan ahora?

-Hacen alfombras.

-El precio es el mismo-dice Herb, refiriéndose a los nuevos pantalones sin vueltas.

-Oh, sí-Smith sabe a lo que se refiere.

De nuevo el silencio.

-¿Tienes mucha ropa de la que no necesita plancha?-pregunta Herb.

-Alguna, sí. Todo el mundo tiene.

-¿Sabes de alguien que no la planche?

-Nadie-dice Smith, con un toque de indignación-Cualquier buena lavandería tiene actualmente un proceso especial de planchado, y hace un buen trabajo.

-Entonces, ¿por qué dicen que no necesita plancha?

Smith se alza de hombros.

-¿Y por qué no?

-Sí, tienes razón-dice Herb, que sabe cuando hay que dejar a un lado un tema.

El silencio.

-El viejo Farell.

Herb levanta la vista al gruñido de Smith, y ve a Smith observando a través de su ventana panorámica a la ventana panorámica de la casa a distintos niveles que se halla diagonalmente al otro lado.

-¿Qué está haciendo?

-Supongo que mira la televisión. Pero observa ese absurdo sillón.

Herb se levanta, cruza la habitación. Lleva consigo un cenicero, lo deposita sobre la mesa, vuelve a su sitio. Desde cuarenta metros de distancia, no parece que esté observando.

-Uno de esos sillones anatómicos.

Librodot

-Sí, pero *rojo.* En esa habitación, ¿cómo puede ocurrírsele a alguien poner un sillón rojo?

-Sólo espera un poco, Smitty. Puede que estén remodelando.

-¿?

-Recuerda hace dos años, todo decorado con pino nudoso y muebles tipo ranchero, y luego un día trajeron aquel gran sillón verde. Y al cabo de una semana, hum, todo estilo colonial americano.

-Oh, sí.

-De modo que vuelve a mirar dentro de una semana.

-Bum.

-Eso es lo que he dicho.

-¿Cómo puede permitirse el lujo de remodelar sucasa dos veces en tres años?

-Quizá tenga parientes.

¿Lo conoces?

¿Yo? Infiernos, no. Nunca he estado en su casa. Apenas nos damos los buenos días.

-Yo pensaba que estaba con el agua al cuello.

-¿Por qué?

-Su coche.

-Claro, con lo que gasta remodelando.

-De todos modos, es una gente rara.

-¿Rara en qué sentido?

-Tillie la vio a ella comprar melaza de trigo moruno en el super.

-Oh, infiernos-dice Herb-, eso es casi como un culto, ya no es alimentarse. No me extraña lo del coche. Probablemente ni les importa que la gente vea que tiene ya dieciocho meses.

El silencio.

-Tendría que hacer pintar la casa-dice Smith.

-Yo también-dice Herb.

Unas luces blancas iluminan el exterior; el coche familiar de Smith penetra en el sendero, entra en el garaje, y el motor enmudece. Las portezuelas resuenan como una palabra de dos sílabas. Se acercan voces femeninas, ambas hablando simultáneamente, pero ninguna perdiéndose nada de lo que dice la otra. La puerta se abre, entra Tillie, luego entra Jeanette.

-¡Hey, maridos!, ¿qué estabais cotorreando?

-Sólo cosas de hombres-dice Smith.

Recorrieron ondulantes corredores, y en dos ocasiones penetraron decididamente en pozos aparentemente sin fondo y fueron propulsados hacia arriba. Mielwis, vestido con una amplia cinta que ascendía en diagonal enrollándose hacia la derecha en torno a su cuerpo y descendiendo luego por su brazo derecho, y envolviendo hacia la izquierda y hacia abajo su pierna izquierda, amarilla y púrpura, estaba solo y lucía imponente. Dio la bienvenida a Charlie con una grave cordialidad, y aprobó clara, abierta, audiblemente, su atuendo azul marino.

-Les dejo-dijo Philos, a quien Mielwis ni siquiera había prestado la menor atención (lo cual, pensó Charlie, podía significar tan sólo aceptación), y diciendo esto hizo una inclinación de cabeza y sonrió educadamente, y desapareció.

-Muy discreto-dijo Mielwis aprobadora mente-. Sólo tenemos a un Philos.

-Ha hecho todo lo que ha podido por mí-dijo Charlie, y luego añadió pese a sí mismo-: Al menos eso creo...

-Bueno-dijo Mielwis-, el bueno de Philos me ha dicho que se siente usted mucho mejor.

-Digamos simplemente que estoy empezando a saber cómo me siento-dijo Charlie-, lo cual es más de lo que sabía cuando llegué aquí.

-Una experiencia perturbadora.-Charlie lo observó atentamente, sin saber con exactitud por qué. No tenía la menor referencia de la probable edad que podían tener todas aquellas gentes, y si Mielwis parecía más viejo, eso era probablemente debido a la suma del respeto que parecían otorgarle los demás y su estatura ligeramente más elevada, su rostro más lleno, y la separación realmente extraordinaria-incluso allí-de sus ojos. Pero no había nada en toda aquella gente que indicara un envejecimiento tal como él lo conocía.

-Así que está dispuesto a descubrir todo lo que pueda sobre nosotros.

-Por supuesto que sí.

—¿Por qué?

-Es mi billete de regreso a casa.-La frase era tan idiomática que apenas tenía sentido en aquella lengua, y Charlie se dio cuenta apenas la hubo pronunciado. Allí parecía no existir ningún significado para conceptos tales como "pago" o "pase"; la palabra que había elegido para "billete" significaba más bien "etiqueta" o "ficha índice".-Quiero decir-aclaró-que me han dicho que cuando haya visto todo lo que ustedes quieran mostrarme...

-...y todo lo que usted quiera preguntar...

-...y les haya hecho partícipes de mis reacciones ante ello, estarán ustedes

Librodot

dispuestos a devolverme al mismo lugar de donde vine.

-Me complace poder ratificarlo-dijo el ledom, y Charlie tuvo la impresión de que, sin muchos alardes, Mielwis estaba informándole de que para él aquella ratificación revestía gran importancia-. Así que empecemos.-De algún modo, aquello pareció una agudeza.

Charlie rió, desconcertado.

-No sé exactamente por dónde.-Le vinieron a la memoria unas palabras que había leído en algún lugar (¿Charles Fort? ¡Oh! ¡Cómo le había encantado la planificación de su obra!). Fort había dicho: "Para medir un círculo puede empezarse por cualquier lugar".-De acuerdo. Deseo saber... algo personal sobre los ledom.

Mielwis abrió las manos.

-Lo que quiera.

Sintiendo una repentina timidez, Charlie no consiguió ir directamente al grano. Murmuró:

—Philos me dijo anoche... o cuando fuera, antes de que yo me durmiera... Philos me dijo que ustedes los ledom nunca antes habían visto un cuerpo masculino. Y yo pensé inmediatamente que eso quería decir que todos ustedes eran del sexo femenino. Pero cuando se lo pregunté, él me respondió que no. De todos modos, tienen que ser de uno u otro sexo, ¿no?

Mielwis no respondió, sino que permaneció inmóvil. Mirándole amistosamente con aquellos grandes ojos y exhibiendo una serena y también amistosa semisonrisa en sus labios. Pese a su azoramiento, que por alguna razón empezaba a agudizarse, Charlie reconoció la técnica y la admiró; en una ocasión había tenido un profesor que la utilizaba. Era una forma de decir: "Imagínelo usted mismo", pero no podía ser utilizada más que con quien tuviera todos los datos del problema en la mano. Era como el "Desafío al lector" de uno de los relatos policiales de Ellery Queen.

Charlie fue reuniendo en su mente todas las inquietantes impresiones que había ido recibiendo al respecto: el amplio (aunque no demasiado excesivo) desarrollo pectoral, y el tamaño de las areolas; la ausencia de individuos de hombros anchos y caderas estrechas. En cuanto a otras características cosméticas, tales como el cabello, peinado de mil formas diferentes, así como los vestidos, predominantemente cortos y con su infinita y chillona variedad, se negó a dejarse arrastrar por ellas.

Luego examinó el lenguaje, que de una forma tan sorprendente (para él) podía hablar con fluidez, pero que constantemente le estaba enfrentando con misterios y enigmas. Miró al grave y paciente Mielwis, y se dijo a sí mismo, en ledom: "Lo estoy mirando a él". Y examinó el pronombre "él" en todos sus contextos por primera vez, y descubrió que poseía género tan sólo porque él se lo adjudicaba; cuando pronunciaba la palabra la traducía como "él" en inglés debido a que, por alguna razón propia, Charlie lo prefería así. Pero en sí misma, en lengua ledom, no poseía ningún significado de género ni sexual. Sin embargo, era un pronombre *personal;* no podía ser utilizado al hablar de cosas. En inglés, "ello" es un pronombre impersonal; la palabra "uno" utilizada como pronombre puede tener un sentido indefinido, independiente del sexo: "Uno pensaría que está en el Paraíso" puede referirse tanto a un hombre como a una mujer. El pronombre personal en ledom-¡y sólo había uno!-gozaba de la

Librodot

misma categoría: era personal, pero no tenía género. El personalizarlo hasta el género masculino había sido un error de Charlie, y ahora se daba cuenta de ello.

¿Significaba esa ausencia de género en los pronombres que los ledom no poseían sexo? Ésa podía ser la única explicación que daba significado a la extraordinaria observación de Philos: que nunca había visto a un macho, pero que ellos no eran hembras.

Las palabras y conceptos "macho" y "hembra" existían en el lenguaje... la alternativa era pues: *ambos.* Los ledom, cada uno de ellos, poseían los dos sexos.

Alzó la vista hacia los pacientes ojos de Mielwis.

-Los ledom son las dos cosas-dijo.

Mielwis no se movió ni habló durante lo que pareció un largo tiempo. Luego su semisonrisa se hizo más amplia, como si estuviera complacido de lo que veía en el trastornado rostro de Charlie. Luego, suavemente, dijo:

-¿Es una cosa tan terrible?

-No he pensado aún en si es o no terrible-dijo Charlie sinceramente-. Aún estoy intentando imaginar cómo puede ser posible.

-Se lo mostraré-dijo Mielwis, y con majestuosos movimientos se levantó y rodeó su escritorio para avanzar hacia el desconcertado Charlie.

—¡Hey, maridos!-dice Tillie Smith-. ¿Qué estabais cotorreando?

-Sólo cosas de hombres-dice Smith.

—Hola, jugadoras-dice Herb-. ¿Qué tal han ido los bolos?

-Tres tiradas más y quedo eliminada.

-Ya lo dijo Herb-observa Smith con aire abatido, aunque no es cierto.

-Vuestros comentarios me dan sed-dice Tillie, mirándoles a todos-. Bebamos algo.

-Nosotros no-dice Herb rápidamente, haciendo tintinear el hielo de su vaso, ya vacío-. Yo ya he terminado el mío, y es tarde.

-Yo tampoco-dice Jeanette, que ha captado el mensaje.

-Gracias por las bebidas y todos los chistes verdes-dice Herb a Smith.

-No les digas nada de las coristas-responde Smith.

Jeanette hace gestos de lanzar bolas contra ellos.

Librodot

-Buenas noches, Til. Mantente en forma.

Tillie responde con idénticos gestos, y Smith aprovecha para dejarse caer en el sillón, donde evidentemente está mucho mejor, como bajo el impacto de una bola en pleno esternón. Los Raile recogen su bolsa de deporte, que Herb levanta con un dramático gruñido, y Jeanette coloca la niñera electrónica bajo el brazo izquierdo de su marido y su bolso bajo el derecho, y puesto que es una dama, aguarda a que le abra la puerta con la rodilla.

-Sígame-dijo Mielwis, y Charlie se levantó y le siguió a una habitación más pequeña. Todo un lado, del suelo al techo, estaba repleto de hendiduras con etiquetas... alguna especie de sistema de archivo, supuso; y Dios nos conserve el buen sentido, ni siquiera eso estaba dispuesto en líneas rectas sino en arcos... lo cual, llegó a la conclusión tras pensar en la disposición en arcos que había visto en una ocasión en una cadena de montaje diseñada por un experto en eficiencia, era la forma más práctica: alcance máximo de la mano derecha, óptimo alcance de la mano izquierda, y así. Pegado a una pared había como una estantería, blanca, blanda... una mesa para exámenes, si es que era algo. Al pasar junto a ella, Mielwis la palmeó suavemente, y la mesa le siguió por la habitación, decreciendo lentamente en altura, hasta que cuando estuvo a unos tres metros de la pared tenía la altura de una silla.

-Siéntese-dijo Mielwis por encima del hombro.

Charlie se sentó, aturdido, y observó al alto ledom examinar de pie las etiquetas. De pronto, sin ninguna vacilación, alzó una mano.

-Aquí está-dijo. Metió sus afilados dedos en una de las rendijas y los movió dentro de ella. Un diagrama empezó a emerger de la abertura; tendría un metro de ancho por casi dos metros de largo. A medida que iba saliendo y cayendo hacia el suelo, las luces de la habitación disminuyeron ligeramente, mientras el dibujo que había en el esquema se iluminaba. Mielwis levantó de nuevo la mano y sacó otro diagrama, y luego fue a sentarse junto a Charlie.

La habitación estaba ahora totalmente a oscuras, y los esquemas brillaban con luz propia. A todo color, mostraban una imagen de frente y de perfil de un ledom, vestido únicamente con su morral de seda que empezaba aproximadamente a un par de centímetros por debajo del ombligo y caía, ensanchándose en más de un palmo desde su parte superior hasta la inferior, que llegaba aproximadamente hasta la mitad del muslo, extendiéndose de la parte frontal de una pierna hasta la parte frontal de la otra. Charlie los había visto más largos y más cortos que aquél, y también verdes, rojos, azules, púrpuras y blancos, pero nunca había visto todavía a ningún ledom sin él. Era obviamente un tabú estricto, y no hizo ningún comentario al respecto.

-Vamos a disecar-dijo Mielwis, y mediante algo que Charlie Johns no pudo llegar a percibir, hizo que el esquema cambiase: *¡blip!* Y el morral, así como la piel superficial debajo de él, había desaparecido, dejando al descubierto la fascia y algunas de las fibras musculares de la pared abdominal. Con un largo puntero negro que obtuvo de forma mágica, el ledom

Librodot

fue indicando los órganos y funciones que describía. La extremidad del puntero era una aguja, un círculo, una flecha y una especie de paréntesis a voluntad, y su lenguaje era conciso y dirigido directamente a responder a las preguntas de Charlie.

¡Y Charlie hizo preguntas! Su desasosiego había desaparecido hacía rato, y dos de sus más importantes características habían ocupado su lugar: una, el resultado de su omnívora, indisciplinada, infatigable hambre de aprender todo lo que había en los cerebros que encontraba en su camino; dos, los enormes huecos que esto había dejado en el considerable cuerpo de sus conocimientos. Ambas características se le revelaron mucho más intensas de lo que nunca hubiera creído; sabía mucho más de lo que suponía saber, y tenía entre cinco y siete veces mucha más desinformación e ignorancia de la que nunca hubiera soñado.

Los detalles anatómicos eran fascinantes, como suelen serlo tales cosas, y por las habituales razones que apasionan a cualquiera que posea algo de sentido de la maravilla: la ingeniosidad, la inventiva, la eficiente complejidad de toda cosa viva.

En primer lugar, los ledom poseían claramente ambos sexos, de una forma activa. El órgano masculino estaba enraizado mucho más atrás, en lo que, en el homo sapiens, se llamaría fosa vaginal. La base del órgano tenía, a cada lado, una abertura uterina, que conducía a dos cervices, puesto que los ledom tenían dos úteros, y siempre daban nacimiento a gemelos. En erección, el falo descendía y emergía; cuando estaba fláccido quedaba completamente oculto, y en él estaba contenida la uretra. La copulación era mutua... por supuesto, era virtualmente imposible de ninguna otra forma. Los testículos no eran ni internos ni externos, sino superficiales, y se hallaban en la ingle, justo debajo de la piel. Y por supuesto, había la más maravillosa reorganización del sistema nervioso, con al menos dos nuevos juegos de esfínteres, y una elaborada redistribución de las funciones de glándulas tales como las de Bartoleen y Cowper.

Cuando se sintió completamente, completamente satisfecho de que tenía todas las respuestas, y cuando no pudo pensar en más preguntas, y cuando Mielwis hubo agotado todas sus explicaciones, el ledom rozó los dos esquemas con el dorso de su mano, y éstos se deslizaron hacia arriba y desaparecieron en sus hendiduras, mientras las luces volvían a encenderse.

Charlie permaneció sentado e inmóvil por un momento. Tuvo una visión de Laura... de todas las mujeres... de todos los hombres. *La biología,* recordó, completamente fuera de lugar, *acostumbraba a utilizar los símbolos astronómicos de Marte y Venus para designar lo masculino y lo femenino... ¿Qué demonios usaría para eso? ¿Marte más y? ¡Venus más x! ¿Saturno al revés?* Entonces levantó la mirada y miró parpadeante a Mielwis.

-¿Cómo, en nombre de todo lo que hay sagrado en el mundo, ha derivado la humanidad hasta *eso?*

Mielwis sonrió indulgentemente, y se giró hacia el archivo. El ledom (incluso después de aquella demostración, Charlie descubrió que seguía pensando en Mielwis como "él"... que seguía siendo la traducción más conveniente del pronombre ledom carente de género) empezó a rebuscar arriba y abajo. Charlie aguardó pacientemente nuevas revelaciones, pero Mielwis dejó escapar un gruñido de disgusto y se dirigió a un rincón, donde colocó su mano sobre una de las ubicuas e irregulares espiras del dibujo. Una diminuta voz dijo educadamente:

-¿Sí, Mielwis?

-Tagin-dyo Mielwis-, ¿dónde has puesto y archivado las disecciones del homo sapiens?

-En los archivos-llegó de nuevo la diminuta voz-, bajo la calificación Primates Extintos.

Mielwis dio las gracias a la voz y se dirigió hacia un segundo grupo de hendiduras, a un lado. Encontró la que estaba buscando. Charlie se levantó cuando el otro le hizo señas y se acercó, y el banco le siguió obedientemente. Mielwis sacó más diagramas y volvió a sentarse.

Las luces disminuyeron y se apagaron; los esquemas se iluminaron.

-Aquí hay disecciones del homo sapiens, macho y hembra-empezó Mielwis-. Usted describe a los ledom como una derivación. Deseo mostrarle cuán pocos cambios reales se han producido.

Empezó con una magnífica demostración de la embriología de los órganos reproductores humanos, mostrando cuan similares eran las evidencias prenatales de los órganos sexuales, para terminar poniendo en evidencia cuan realmente similares seguían siendo luego. Cada órgano masculino tenía su contrapartida en su versión femenina.

-Y si usted no procediera de una cultura que se concentró tan exhaustivamente en unas diferencias que no eran en sí mismas tan drásticas, sería capaz de ver lo pequeñas que son realmente las diferencias.-(Era la primera vez que oía a un ledom hacer una referencia importante al homo sapiens). Siguió con algunos esquemas de naturaleza patológica. Demostró como, por medios únicamente bioquímicos, un órgano podía ser conducido a la atrofia y otro ser desarrollado para que cumpliera con una función que hasta entonces había existido en forma de vestigio. Se podía conseguir desarrollar la función lactante en el hombre, hacer que a una mujer le creciera la barba. Demostró que la progesterona era segregada normalmente por los machos, y la testosterona por las hembras, aunque sólo en cantidades limitadas. Luego pasó al estudio de diagramas de otras especies, para darle a Charlie una idea de cuán grande es, en la naturaleza, la variedad del acto de la reproducción; la abeja reina, copulando arriba en pleno cielo, y llevando luego dentro de ella una sustancia capaz de fertilizar literalmente a cientos de millones de huevos, generación tras generación; las libélulas realizando su alada danza del amor con sus esbeltos cuerpos curvados en U, formando un círculo casi perfecto girando y rozando la superficie de los marjales; y algunas ranas cuyas hembras depositan sus huevos en grandes poros en el lomo del macho; caballitos de mar cuyos machos dan nacimiento a los retoños; octópodos que, en presencia de su amada, agitan un tentáculo cuyo extremo se rompe y se dirige por sí mismo a la hembra que, si consiente en la cópula, lo acepta, o si no lo devora. Cuando terminó, Charlie estaba dispuesto a conceder que, en términos de toda la naturaleza, la variación entre ledom y homo sapiens no era ni intrínsecamente poco habitual ni especialmente drástica.

-¿Pero qué ocurrió?-preguntó, cuando tuvo oportunidad de meditar en todo ello-. ¿Cómo pasaron las cosas?

Mielwis respondió con una pregunta:

-¿Qué primera criatura se arrastró fuera del lodo y respiró aire en vez de agua?

Librodot

¿Qué primer mono bajó de los árboles y tomó un palo para utilizarlo como herramienta? ¿Qué clase de animal fue el primero que escarbó un agujero en el suelo y depositó en él a sabiendas una semilla? Ocurrió, eso es todo. Estas cosas ocurren...

-Usted sabe mucho más al respecto que todo eso-acusó Charlie-. Y sabe mucho acerca del homo sapiens también.

Con un ligerísimo toque de irritación, Mielwis dijo:

-Ésa es la especialidad de Philos, no la mía. Al menos en lo que se refiere a los ledom. En cuanto al homo sapiens, tenía entendido que por voluntad propia no deseaba usted conocer el momento o la naturaleza de su extinción. Nadie está intentando negarle información que realmente desee saber, Charlie Johns, ¿pero no se le ocurre pensar que los inicios de los ledom y el fin del homo sapiens pueden tener algo que ver lo uno con lo otro? Por supuesto... eso es competencia de usted.

Charlie bajó la vista.

-G... gracias, Mielwis.

-Hable sobre ello con Philos. Él podrá explicárselo, si es que alguien puede. Me atrevería a decir-añadió, sonriendo ampliamente-que él sabe donde detenerse mejor que yo. No entra en mi naturaleza el retener información. Hará mejor hablando con él.

-Gracias-dijo de nuevo Charlie-. Yo... lo haré.

A modo de despedida, Mielwis le dijo que la Naturaleza, por pródiga que fuera generando trascendentes y complicados errores, mantenía por encima de todos los demás un principio básico, y ese principio era el de la continuidad.

-Y está dispuesta a cualquier cosa para seguirlo-dijo-, incluso realizar un milagro si es preciso.

-Oh, ¿sabes que es estupendo-le dice Jeanette a Herb, mientras prepara un par de últimos vasos (¿por qué no?) y él regresa a la cocina después de ir a echar una mirada a los niños-, es estupendo tener unos vecinos como los Smith?

—Sí, es estupendo-dice Herb.

-Teniendo además intereses en común.

-¿Algo bueno esta noche?

-Oh, sí-dice ella, tendiéndole el vaso e inclinándose sobre la fregadera-. Has estado trabajando durante siete semanas en el proyecto de los productos Élite de perfumería para conseguir su cuenta de publicidad de su nueva gama de productos de precio elevado.

—¿Y?

Librodot

-Slogan de la publicidad: Exactamente lo que usted se merece.

-Oh, no está mal. Eres un genio.

—Sé estrujar a la gente-dice ella-. Fue Tillie quien lo dijo, y lo más probable es que mañana haya olvidado que lo dijo, así que puedes utilizarlo.

-Excelente, excelente. Lo haré. Esta noche Smitty me ha puesto en evidencia una vez.

¿Le diste un puñetazo en la nariz?

¡Seguro! Una persona de bastante importancia dentro de una empresa que es una gran cuenta. Ni en sueños.

¿Qué pasó?

Le cuenta acerca del programa de televisión, de cómo dijo algunas cosas que sonaban como cumplidos tratándose de algo patrocinado por la competencia.

-Oh-dice ella-. Estúpido de ti. Y qué viloso él.-Un viloso es, en su idioma particular, cualquiera que hace cosas viles.

-Creo de todos modos que me he salido muy bien de ello.

-De todos modos, será mejor que tengas preparada una bomba, sólo por si acaso.

El mira por la ventana al otro lado de su terreno.

-Estamos demasiado cerca como para dejar que una bomba haga bang.

-Sólo si ellos saben quién la ha tirado.

-Oh-dice él-, creo que no debemos bombardearle.

-Por supuesto que no. Debemos desear tan sólo tener una bomba por si acaso. Además, me he enterado de algo que puede ser devastador.-Le cuenta lo del viejo Trizer, que fue pateado desde arriba, y lo feliz que se sentiría si pudiera tomarse la revancha sobre Smitty.

-No nos encarnicemos con él, Jeanette. Sufre de próstata.

-"Y ahí está, prostatado en el suelo". ¿Te lo dijo él?

-No, lo descubrí yo, eso es todo.-Añade:-Y también hemorroides.

-Oh, espléndido. Tengo que decírselo a Tillie.

-Eres la mujer más vengativa que jamás haya conocido.

-Han puesto en evidencia a mi maridito-compadrito, y no voy a consentirlo.

-Además, pensará que yo te lo he dicho.

-Se limitará a preguntarse y preguntarse cómo diablos lo he sabido. Yo me encargo de ello, maridito-compadrito. Somos un equipo, ¿no?

Él hace girar el vaso y contempla como su bebida da vueltas entre el hielo.

—Smitty dijo algo sobre eso-murmura. Y le cuenta lo de las botas para el desierto, y cómo Smitty piensa que muy pronto los chicos no van a saber quién es su padre y quién es su madre.

-¿Y eso te preocupa?-dice ella intrascendentemente.
-Un poco.

-Olvídalo. Te estás aferrando a la mano de alguien que lleva muerto mucho tiempo. Nosotros somos una nueva clase de gente, maridito. Así que hazte a la idea de que Karen y Davy van a crecer sin esa Gran Cosa de la que se ha escrito tanto, la imagen del padre, la imagen de la madre y todo eso.

—"La historia de mi vida", por Karen Railes: "Cuando yo era una niñita chiquitita no tenía un papito y una mamita como todos los demás niñitos y ninfitas, tenía un Comité."

-Comité o no, tipo gordo, disponen de qué comer y de qué beber y de qué vestirse y una casa y amor, y se supone que eso también tiene su importancia, ¿no?

—Bueno, sí, pero se supone que esa imagen del padre también importa algo.

Ella le da una palmada en la mejilla.

-Sólo si sientes dentro de ti mismo la necesidad de ser algo grande. Y tú ya estás convencido de que eres lo suficientemente grande como para formar parte de ese comité, ¿no? Así que vamos a la cama.

-¿Qué entiendes tú por eso?
-Que vamos a la cama.

Charlie Johns encontró a Philos de pie fuera de la oficina de Mielwis, como si recién acabara de llegar.

-¿Cómo ha ido?

-Algo enorme-dijo Charlie-. Es, como diría yo, abrumador, ¿no?-Miró atentamente a Philos, y luego dijo:-Claro que imagino que para ustedes no lo es.

-¿Desea proseguir? ¿O ya ha tenido bastante por hoy? ¿Quiere dormir de nuevo?

-Oh, no, no hasta la noche.-La palabra "noche" existía y podía ser usada, pero, como "masculino" y "femenino", parecía tener una aplicación más remota de lo que él quería expresar en este momento. Creyó que debía añadir:-Cuando se haga oscuro.

-¿Cuando se haga oscuro qué?

-Bueno, ya sabe. El sol se pone. Las estrellas, la luna, todo eso.

-Aquí nunca se hace oscuro.

Librodot

-Nunca se hace... ¿de qué está hablando? La Tierra todavía sigue girando, ¿no?

-Oh, entiendo lo que quiere decir. Oh, sí, imagino que sigue haciéndose oscuro ahí afuera, pero no en Ledom.

-Entonces, ¿Ledom es... subterráneo?

Philos inclinó la cabeza hacia un lado.

-Ésa no es una pregunta que se pueda responder con un sí o con un no.

Charlie miró por uno de lo-s grandes paneles panorámicos del corredor, hacia el brillante cielo plateado, siempre cubierto.

-¿Por qué no?

-Será mejor que se lo pregunte a Seace. Él podrá explicarlo mejor que yo.

Charlie se echó a reír muy a su pesar, y ante la interrogativa mirada de Philos explicó:

—Cuando estoy con usted, es Mielwis quien puede dar las respuestas. Cuando estoy con Mielwis, él me dice que el experto es usted. Y ahora usted me envía a Seace.

-¿En qué ha dicho Mielwis que soy experto?

-No lo ha dicho exactamente. Ha dado a entender que usted lo sabía todo referente a la historia de Ledom.

Y ha dicho algo más... déjeme ver. Algo acerca de que usted sabe cuándo hay que dejar de dar información. Sí, eso es; ha dicho que usted sabía cuando detenerse, porque no está en la naturaleza de él retener información.

Por segunda vez Charlie vio un breve rubor cruzar el enigmático y oscuro rostro de Philos.

-Pero sí está en mi naturaleza.

-Oh, vamos-dijo Charlie rápidamente-. Puede que lo esté citando mal. Puede que no haya tenido en cuenta algo. No quiero ser una fuente de problemas entre usted y...

-Por favor-dijo Philos llanamente-, sé lo que él ha querido decir con ello, y no tiene que culparse. Ésa es una cosa de Ledom que no tiene nada que ver con usted.

—¡Sí la tiene! Mielwis ha dicho que el inicio de Ledom muy bien podía tener algo que ver con el fin del homo sapiens, y eso es una cosa que deseo dejar clara. ¡Por supuesto que tiene que ver conmigo!

Habían echado a andar, pero de pronto Philos se detuvo y apoyó sus manos sobre los hombros de Charlie.

-Charlie Johns-dijo-, le pido perdón. Ambos... los dos estamos equivocados y tenemos razón. Pero a decir verdad, no hay nada en este intercambio de lo que usted sea responsable. Por favor, dejémoslo así, porque es un error por mi parte conducirme de esta manera. Olvidemos mis sentimientos y mis problemas.

-¿Qué?-dijo Charlie solapadamente-. ¿Y no saberlo todo sobre Ledom?-Y entonces

se echó a reír y dijo a Philos que tenía razón, y que lo mejor sería olvidarlo.

No lo olvidó.

En la cama, Herb dice de pronto:-Pero Margaret no nos quiere.

-Entonces prepararemos también una bomba para ella-dice Jeanette con satisfacción-. Duerme. ¿Margaret qué?

-Mead. Margaret Mead, la antropóloga que escribió ese artículo del que te hablé.

-¿Y por qué no nos quiere?

-Dice que los muchachos crecen deseando ser como su padre. Así que cuando su padre es un buen abastecedor y compañero de juegos y está tan a mano en la casa como una lavadora automática un triturador de basuras o incluso una esposa, entonces los chicos crecen llenos de vitaminas y de sentimientos amigables y se convierten en unos buenos abastecedores y compañeros de juegos y todo lo demás.

-¿Y qué hay de malo en ello?

-Dice de Begonia Drive que nunca producirá aventureros, exploradores ni artistas.

Tras un silencio, Jeanette dice:

-Dile a Margaret que trepe al Annapurna y se pinte allí un autorretrato. Te dije antes... somos un nuevo tipo de gente. Estamos inventando una nueva clase de personas que no se verán traumatizadas porque papi se emborrache cada noche y mami se corra juergas con el heladero. Estamos educando una nueva generación a la que le gusta lo que tiene y no malgasta su vida discutiéndose siempre con alguien. Será mejor que dejes de pensar en cosas serias, maridito-compadrito. Es malo para ti.

-¿Sabes? dice él, sorprendido-, eso es exactamente lo mismo que me ha dicho Smitty.-Se echa a reír.-Tú me lo dices para levantarme la moral, él me lo ha dicho para hundirme.

-Creo que es la forma en que lo miras.

Él permanece tendido en la cama, pensando durante un rato en las botas para el desierto de él-ella y en mi padre es un Comité y en cómo puede ser papi un cama-rada fregando los platos con un delantal, hasta que se da cuenta de que su cabeza empieza a darle vueltas. Entonces piensa al infierno con todo eso y dice:

—Buenas noches, amor.

-Buenas noches, amor-murmura ella.

—Buenas noches, cielo.

-...noches, cielo.

—¡Maldita sea!-ruge él-. ¡Deja de llamarme siempre lo mismo que te llamo yo a ti!

Ella no se asusta exactamente, pero se sorprende, y sabe que él está rumiando algo, así que no dice nada.

Al cabo de un rato, Herb le da unos golpecitos y dice:

—Lo siento, cariño.

-No importa... George-dice ella.

Él se ve obligado a echarse a reír.

Fueron necesarios tan sólo unos pocos minutos de "metro"-había un nombre ledom para designarlo, pero era completamente nuevo y no tenía ninguna traducción directa al inglés-para que Philos y Charlie llegaran a El Científico. Emergieron bajo la desequilibrada estructura, rodearon la piscina, donde treinta o cuarenta ledom estaban bañándose de nuevo (era difícil que fuera "todavía"), y se detuvieron un instante para observar. Habían hablado muy poco por el camino, teniendo aparentemente ambos cosas suficientes en que pensar, y fue a través de sus propios pensamientos que Charlie murmuró, observando a la gente andar, saltar y correr:

-¿Qué es lo que hace que esos pequeños delantales se mantengan en su sitio?

Philos, extendiendo suavemente una mano, tocó el pelo de Charlie y preguntó:

—¿Qué es lo que hace que esto se mantenga?

Y Charlie, por una de las pocas veces en toda su vida, enrojeció.

Siguieron alrededor del edificio y bajo el colosal voladizo, y allí Philos se detuvo.

-Estaré aquí cuando haya terminado-dijo.

-Me gustaría que viniera conmigo-dijo Charlie-. Esta vez preferiría tenerle a mi lado cuando alguien diga: "Hable con Philos sobre esto".

-Oh, seguro que lo dirá. Y me tendrá a mano cuando llegue el momento. ¿Pero no cree que debería conocer algo más sobre Ledom antes de que yo lo confunda aún más con un montón de cosas acerca de lo que fue?

-¿Qué *es* usted, Philos?

-Un historiador.-Hizo un gesto para que Charlie se acercara a la base de la pared y colocara su mano sobre el invisible pasamano.-¿Listo?

-Listo.

Philos se echó hacia atrás, y Charlie se vio proyectado hacia arriba. Por aquel entonces estaba lo suficientemente familiarizado con la sensación como para ser capaz de resistirlo sin sentirse arrancado del universo; era capaz incluso de observar a Philos dirigirse de regreso a la piscina. Una criatura extraña, pensó. No había nadie parecido a él.

Se detuvo silenciosamente en mitad del aire ante la gran ventana, y avanzó hacia ella sin vacilar. Y a través de ella. Y de nuevo notó aquella sensación de cosa cerrada que había experimentado antes. ¿De qué estaba hecha aquella pared invisible, que se abría alrededor de él exactamente hasta los bordes de su cuerpo, de modo que parecía pasar a formar parte de ella mientras la atravesaba? Tenía que ser algo así.

Miró alrededor de sí. Lo primero que vio fue la célula acolchada, la plateada calabaza con alas, la máquina del tiempo, con su puerta abierta tal como estaba cuando él había emergido de ella. Había dos cortinas en los extremos de la habitación, y alguna especie de equipo extrañamente inclinado en algo parecido a una tarima cerca del centro de la habitación; algunas sillas, una especie de escritorio alto lleno con montones de papeles.

—¿Seace?

Ninguna respuesta. Avanzó por la habitación un poco tímidamente, y se sentó en una de las sillas o setas. Llamó de nuevo, un poco más fuerte, con los mismos resultados de antes. Cruzó las piernas y aguardó, y las descruzó y volvió a cruzarlas al otro lado. Tras un cierto tiempo, se levantó de nuevo y fue a echar un vistazo a la calabaza plateada.

No esperaba que la impresión fuera tan grande; no había supuesto que le afectara tanto. Pero allí, precisamente allí, en aquel suave y blando suelo curvado color plata, se había arrastrado, más muerto que vivo, a través de años y distancias desconocidas, alejándose de todo lo que era suyo, incluso del precioso sudor que se había secado sobre su cuerpo. Ardientes lágrimas brotaron de sus ojos. ¡Laura! ¡Laura! ¿Estás muerta? ¿Acaso el estar muerta te ha acercado un poco más a dónde estoy? ¿Has envejecido, Laura, se ha arrugado y marchitado tu dulce cuerpo? Y cuando esto ha ocurrido, ¿te has alegrado de que yo no estuviera allí para verlo? Laura, ¿sabes que daría cualquier cosa de mi vida e incluso mi propia vida por tocarte una vez más... por tocarte incluso aunque tú fueras vieja y yo siguiera siendo joven?

... esa *cosa* horrible, el término, el final, ¿se ha producido mientras tú aún eras joven? ¿Ha golpeado el gran martillo tu casa, y desapareciste en un cegador instante? ¿O fue la impalpable lluvia del veneno, haciéndote sangrar por dentro y vomitar y levantar la cabeza y contemplar como tu maravilloso cabello quedaba en mechones sobre la almohada?

¿Cómo me encuentras?, exclamó en un grito silencioso y un repentino acceso de macabra hilaridad; ¿cómo encuentras a Charlie vestido con un taparrabos azul adornado con un ribete rojo y una chaqueta convertible puesta del revés? ¿Qué opinas de este absurdo cuello?

Se arrodilló en el umbral de la máquina del tiempo y se cubrió el rostro con las manos.

Librodot

Tras un momento, se levantó y se puso a buscar algo con lo que sonarse la nariz.

Sin dejar de buscar, dijo:

-Estaré contigo cuando eso ocurra, Laura. O hasta que ocurra... Laura, quizás ambos muramos de vejez, esperando...-Cegado por sus propios sentimientos, se encontró rebuscando entre las cortinas a un extremo de la habitación, sin saber realmente qué hacía allí ni qué estaba buscando. Detrás no había nada excepto una pared, pero había una espiral, y la palmeó. Apareció una abertura semejante a la que había contenido su desayuno, pero no surgió ninguna lengua. Se inclinó y observó su iluminado interior, y vio un montón de cajas transparentes burdamente cúbicas apiladas dentro, y un libro.

Sacó las cajas, primero por simple curiosidad, luego con una creciente excitación. Las fue tomando una a una, pero luego cuidadosamente, una por una también, las fue dejando de nuevo tal como las había ido encontrando.

En una caja había un clavo, un oxidado clavo, con un trozo de brillante metal mostrando allá donde había sido cortado diagonalmente.

En una caja había una carterita de cerillas descolorida por la lluvia, con el rojo de las cabezas de las cerillas manchando los mangos de papel. ¡Y la conocía, la conocía! La hubiera reconocido en cualquier lugar. Quedaba sólo un trozo de la carterita, pero era del snack de Dooley, al otro lado de Arch Street. Excepto que... que las pocas letras que aún quedaban estaban invertidas...

En una caja había una caléndula seca. No llameante como cualquiera de las bastardeadas flores milagro obtenidas mediante cruces por los ledom, sino tan sólo un pequeño botón de caléndula seco.

En una caja había un terrón de tierra. ¿Qué tierra? ¿Era la misma tierra que habían hollado sus pies? ¿Provenía del pequeño y pisoteado trozo de tierra bajo las grandes farolas blancas con el semiborrado número 61 pintado en ellas? Las mandíbulas de la máquina temporal, ¿habrían mordido todo aquello en algunas tentativas anteriores?

Finalmente, había un libro. Como cualquier otro objeto allí, se negaba a adoptar una forma claramente rectangular, siendo más bien una cosa redondeada con los contornos de un pastel de gachas de avena, y las líneas de su interior formando desiguales arcos. (Por otra parte, si uno aprendiera a escribir sin desplazar su codo, ¿no escribiría mucho mejor en líneas arqueadas?) Pero de todos modos se abría por uno de sus lados como cualquier otro buen libro, y podía leerlo. Estaba escrito en ledom pero podía leerlo, lo cual no le asombró más que su repentina habilidad para hablarlo; menos, incluso; en cierto modo, ya se había asombrado antes de una vez por todas.

Consistía en primer lugar en una descripción altamente técnica del proceso, y luego varias páginas de datos encolumnados, con muchas borraduras y correcciones, como si alguien hubiera ido escribiendo allí un informe de algunas pruebas y calibraciones. Luego había un gran número de páginas en cada una de las cuales habían sido impresos cuatro cuadrantes, como cuatro relojes o instrumentos, sin sus manecillas. Hacia el final estaban en blanco, pero los primeros estaban garabateados y llenos de anotaciones por todas partes, con sus manecillas dibujadas en distintas posiciones y con extrafias anotaciones: *enviado escarabajo, no regresó.* Había muchas de esas anotaciones de *no regresó,* hasta llegar a una página en la que había sido garabateado un enorme y triunfante signo de exclamación estilo ledom. Era el

Experimento 18, y alguien había escrito temblorosamente: *enviada nuez, ¡regresada flor!* Charlie tomó de nuevo la caja con la flor en su interior y, tras girarla varias veces por todos lados, localizó finalmente el número 18.

Aquellos cuadrantes, aquellos cuadrantes... Se giró bruscamente y se dirigió con prisa hacia el inclinado conjunto del extraño equipo situado cerca del centro de la habitación. Por supuesto, había cuatro cuadrantes allí, y surgiendo del borde de cada uno de ellos una palanquita, que podía dar la vuelta al cuadrante. Veamos, coloquemos las cuatro palanquetas de acuerdo con el libro, y entonces... oh, sí, eso era. Un interruptores un interruptor en cualquier lengua, y en éste podía leer claramente MARCHA y PARO.

Regresó a la esquina, giró frenéticamente las páginas en blanco. *Enviado piedras, regresado* (en fonética ledom) *Charlie Johns.*

Aferró crispadamente el libro y empezó a memorizar aquella disposición de las manecillas.

-¿Charlie? ¿Está usted aquí, Charlie Johns?

—¡Seace!

Cuando Seace, tras penetrar por alguna invisible puerta dilatada al otro lado de la máquina del tiempo, giró la esquina, Charlie había conseguido devolver el libro a su sitio. Pero no fue capaz de dejarlo todo como antes, y allí lo encontró el ledom, con el compartimento abierto y la caja con la seca caléndula en la mano.

-¿Qué estás haciendo?

Herb abre los ojos y ve a su mujer de pie junto a él.

-Estoy echado en mi hamaca un sábado al mediodía y hablo con mi mujercita-dice.

-Estaba observándote. Parecías muy infeliz.

-Como *dijo* Adán cuando su mujer se cayó del árbol... Eva, pareces una manzana.

-Oh, vamos, mi gallito de pelea... cuéntaselo a mamá.

-Tú y Smitty no queréis que yo hable en serio.

-Qué estupidez. Debía estar dormida cuando dije eso.

-De acuerdo. Estaba pensando en un libro que leí una vez y que me gustaría volver a leer. *La desaparición.*

-Igual ha desaparecido. Oh, Dios, es de Philip Wylie, ¿no? Adoraba a los peces, odiaba a las mujeres.

-Sé lo que quieres decir, y estás equivocada. Adoraba a los peces pero odiaba la forma

en que son tratadas las mujeres.

-¿Qué es lo que te hace sentir infeliz en una hamaca?

-No me sentía exactamente infeliz. Simplemente estaba esforzándome en intentar recordar exactamente lo que había escrito ese hombre.

¿En *La desaparición?* Yo lo recuerdo. Es acerca de cómo las mujeres del mundo desaparecen de pronto un día, borradas de la faz de la tierra. Algo espantoso.

—¡Lo has leído! Oh, bien. Entonces, recordarás que hay un capítulo en el cual plantea más o menos el tema. Eso es lo que deseo recordar.

-Oh-h-h-h-h... sí. Lo recuerdo. Empecé a leerlo y luego me lo salté porque deseaba seguir con la historia. Se trataba de...

-Lo único que me gusta de los redactores publicitarios y por lo que los considero mejores que los escritores de best-seller-interrumpe Herb-es que aunque ambos trabajan con palabras, un redactor publicitario nunca permite que sus palabras se interpongan entre el cliente y su producto. Ese es precisamente el error que cometió Wylie en ese capítulo de ese libro. Nadie que necesite leerlo lo ha leído nunca.

-¿Quieres decir que *yo* necesito leerlo?-dice ella defensivamente; y luego-: ¿Qué es lo que contiene que yo necesite *tanto?*

-Nada-dice Herb con aire miserable, y se hunde en su hamaca con los ojos cerrados.

-Oh, cariño, no pretendía...

-Oh, no estoy enfadado. Es sólo que creo que él está de acuerdo contigo. Creo que él sabe como decir las cosas mejor que lo haces tú.

-¿De acuerdo en *qué,* por el amor de Dios?

Herb abre los ojos y mira más allá de ella, al cielo.

-Dice que la gente cometió su primer gran error cuando empezó a olvidar las semejanzas que existían entre hombres y mujeres y se centró en las diferencias. Llama a eso *el* pecado original. Dice que eso es lo que hace que los hombres odien a los demás hombres y también a las mujeres. Le echa la culpa de todas las guerras y todas las persecuciones. Dice que a causa de ello hemos perdido toda nuestra capacidad de amor.

Ella ríe despectivamente.

-¡Nunca había oído nada de eso!

-Por eso estaba pensando tan intensamente. Dijiste que somos un nuevo tipo de gente que está surgiendo, como un Comité o un equipo. La forma en que antes había cosas propias de chicas y cosas propias de chicos, pero que ahora ya no importa y cualquiera de los dos puede hacerlas; la forma en que se están mezclando los papeles.

-Oh-dice ella-. Eso.

-Wylie incluso hizo un chiste al respecto. Dijo que algunas personas creen que la mayoría de los hombres son más fuertes que la mayoría de las mujeres simplemente

porque los hombres han criado a las mujeres selectivamente.

-¿Tú has criado a las mujeres selectivamente? Finalmente él se echa a reír, que es lo que ella desea; no soporta verla triste.

-A cada maldito momento de mi vida-dice él, y la hace caer en su hamaca.

Seace, con la cabeza inclinada hacia un lado, avanzó rápidamente hacia Charlie.

-Bien, mi joven patea traseros. ¿Hasta dónde hemos llegado?

—Pido disculpas por aquello-balbuceó Charlie-. Estaba muy perturbado.

-Ha encontrado la flor, ¿eh?

-Bueno, vine y... usted estaba, quiero decir, no estaba...

Sorprendentemente, Seace le dio una palmada en el hombro.

-Bien, bien; es una de las cosas que iba a mostrarle. ¿Sabe qué es esa flor?

-Sí-dijo Charlie, casi incapaz de hablar-. Es una ca... caléndula.

Seace se adelantó y tomó el libro, y escribió en él el nombre de la flor.

-No existe en Ledom-dijo orgullosamente. Señaló la máquina del tiempo con un gesto de su cabeza-. Nunca puede decirse qué cosa va a traernos. Por supuesto, usted es el espécimen rey. Las posibilidades de conseguirlo de nuevo son una contra ciento cuarenta y tres cuatrillones, si esa cifra tiene algún significado para usted.

-¿Quiere... quiere decir que esas son todas las posibilidades que tengo de regresar?

Seace se echó a reír.

-¡No ponga esa cara de abatimiento! Usted puede recuperar, miligramo a miligramo, casi me atrevería a decir átomo a átomo, cualquier cosa que pongamos ahí dentro. Es cuestión de masa. Tenemos elección absoluta sobre lo que podamos meter. Lo que luego salga...-se alzó de hombros.

-¿Toma mucho tiempo?

-Eso es algo que esperaba saber de usted, pero igual no puede decirlo. ¿Cuánto tiempo cree que pasó ahí dentro?

-Parecieron años.

-No eran años; se hubiera muerto de hambre. Desde este lado es instantáneo. Cierras la puerta, le das al interruptor, abres la puerta, y ya está.-Tranquilamente, tomó la caléndula de manos de Charlie, y el libro, los devolvió a la abertura, y la cerró con una palmada.-Y ahora, ¿qué desea saber? Me han dicho que únicamente me niegue a facilitarle información de cuándo y cómo se cortó el homo sapiens su garganta

Librodot

colectiva. Lo siento. No es nada personal. ¿Dónde desea que empecemos?

-Hay demasiadas...

-¿Quiere que le diga algo? Hay realmente muy poco. Déjeme ponerle un ejemplo. ¿Puede imaginar un edificio, una ciudad, quizás incluso toda una cultura, funcionando sobre la única idea tecnológica del generador eléctrico y el motor... que son esencialmente lo mismo?

-Yo... bien, sí, claro.

-Sería algo sorprendente para cualquiera que no hubiera conocido nada semejante antes. Con sólo electricidad y motores, uno puede tirar, empujar, calentar, enfriar, abrir, cerrar, iluminar... bien, más o menos cualquier cosa que pueda ser nombrada. ¿Correcto?

Charlie asintió.

-Correcto. Todo asunto de movimiento, ¿entiende lo que quiero decir? Incluso el calor es movimiento, cuando uno lo examina a fondo. Bien, nosotros poseemos una cosa que hace todo lo que un motor eléctrico puede hacer, más toda una serie de otras cosas en el campo de la estática. Fue desarrollado aquí en Ledom, y es la clave de toda nuestra estructura. Llámelo campo-A. A de Análogo. Básicamente, es un artilugio muy simple. Por supuesto, la teoría...-agitó una mano-. ¿Ha oído hablar alguna vez del transistor?

Charlie asintió. Aquél era un hombre con el que uno podía hablar tan sólo con los músculos de su cuello.

-Es uno de los aparatos más simples que uno pueda imaginar. Un pequeño pedazo de materia con tres entradas. Envías una señal por un hilo, y la misma señal sale multiplicada por cien. No necesita calentarse, ni tiene filamentos que puedan romperse, ni vacío que pueda llenarse, y apenas necesita energía para funcionar.

"Entonces apareció el diodo túnel y convirtió al transistor en algo complicado, pesado, enorme, e ineficiente en comparación, puesto que es mucho más pequeño y, para el ojo desnudo, enormemente más simple. ¡Pero la teoría, Dios! Yo siempre he dicho que algún día reduciremos tanto esas cosas que seremos capaces de hacer todo lo que nos propongamos sin gastar energía... sólo que nadie será capaz de comprender la teoría que hay tras todo ello.

Charlie, que había oído aquel chiste de profesionales, sonrió educadamente.

-Bien: el campo-A. Intentaré hacer que no suene demasiado técnico. ¿Recuerda la cuchara que ha utilizado esta mañana? ¿Sí? Sí. Bien, en el mango hay un ultra miniaturizado generador de campo de fuerza. La forma del campo es determinado por unas guías hechas de una aleación especial. El campo es tan pequeño que usted no podría verlo, ni siquiera aunque fuera visible, que no es el caso, ni con nueve microscopios electrónicos montados en serie. Pero ese alambre azul colocado alrededor del borde está compuesto de tal modo que cada átomo de él es un análogo exacto de las partículas subatómicas que forman las guías. Y por razones de tensión espacial que no voy a detallar para no hacerle perder su tiempo, un análogo del campo aparece en el interior del bucle metálico. ¿Correcto? Correcto. Ése es el mecanismo base, el ladrillo que permite levantar todo el edificio. Todo lo demás aquí está

Librodot

construido a partir de él. La ventana... es un bucle analógico. Hay dos de ellos manteniendo en pie este edificio... no creo que piense usted que fue erigido mediante plegarias, ¿verdad?

-¿El edificio? Pero... la cuchara era un bucle, y puedo imaginar que la ventana también lo sea, pero no puedo ver ningún bucle fuera del edificio. Porque tendría que estar fuera, ¿no?

—Por supuesto. Tiene usted ojos, pero no necesita ojos para ver eso. Por supuesto, esta enorme masa necesita unos puntales que la sustenten. Y los bucles *están ahí.* Pero en vez de ser de aleación, están formados por ondas fijas. Si no sabe usted lo que es una onda fija le aconsejo que no se preocupe al respecto. ¿Ve eso?-señaló con un dedo.

Charlie siguió su gesto y vio las ruinas y la gran higuera trepadora.

-Eso-dijo Seace-es uno de los puntales, o la extremidad de él. Intente imaginar una maqueta de este edificio, apuntálela con dos triángulos de plástico transparente, y tendrá una idea de la forma y tamaño de los campos.

-¿Qué ocurre cuando alguien los atraviesa andando?-No ocurre nada. Corte un arco a la altura del suelo en su trozo de plástico, y comprenderá por qué no. Algunas veces un pájaro golpea contra uno de ellos, pobre animal, pero la mayoría parece ser capaces de evitarlos. Es invisible porque su superficie no es realmente una superficie, sino una matriz vibratoria de fuerzas, y el polvo no se acumula en ella. Por eso es perfectamente transparente.

—Pero... ¿no se deforma? El arco de aquella cuchara que utilicé cedía un poco bajo el peso de la comida... lo vi. Y esas ventanas...

-¡Tiene usted dotes de observación -comentó Seace-. Bueno, la madera es materia, los ladrillos son materia, el acero es materia. ¿Cuál es la diferencia entre ellos? Los átomos que los componen y la forma en que están dispuestos, es todo. El campo-A puede ser programado del modo que uno quiera... grueso, delgado, impermeable, cualquier cosa. Incluso rígido... más rígido que cualquier otra cosa conocida hasta ahora.

Charlie pensó: es estupendo mientras uno pague la factura de la electricidad; pero no lo dijo porque el lenguaje no tenía ninguna palabra para "factura de la electricidad", ni siquiera para "pagar".

Miró a la higuera trepadora, entrecerró los ojos, e intentó ver lo que sostenía el edificio.

—Apostaría a que puede verse cuando llueve-dijo finalmente.

-No puede verse-dijo Seace rápidamente-. Nunca llueve.

Charlie levantó la mirada hacia el brillante y cubierto cielo.

—¿Qué?

Seace se le acercó y levantó también la vista.

-Está usted contemplando la parte interna de una burbuja de campo-A.

Librodot

—¿Quiere decir...?

-Exactamente. Todo Ledom está techado. La temperatura controlada, la humedad controlada, la brisa soplando cuando nosotros queremos.

-Y no hay noche...

-Nosotros no dormimos, así que ¿para qué?

Charlie había oído decir que era muy posible que el sueño fuera una tendencia innata, heredada de los hombres de las cavernas, a quienes la necesidad encerraba inmóviles en sus cuevas durante las horas oscuras para evitar a los carnívoros nocturnos; según esa teoría, la habilidad de perder la conciencia y relajarse durante esas horas se había convertido en un factor de supervivencia.

Miró de nuevo al cielo.

-¿Qué hay afuera, Seace?

-Mejor deje eso para Philos.

Charlie empezó a sonreír, y la sonrisa se le heló en los labios. Aquel pasar de un experto a otro parecía producirse siempre que rozaba el tema del fin de la especie humana tal como él la había conocido.

-Simplemente dígame una cosa, sólo como... esto... como una teoría, Seace. Si el campo-A es transparente a la luz, debería ser transparente también a todas las demás radiaciones, ¿no?

-No-dijo Seace-, Como ya le he dicho, puede programarse como se desee, incluso para que sea opaco.

—Oh-dijo Charlie. Apartó los ojos del cielo, y suspiró.

—Ya basta de efectos estáticos-dijo Seace rápidamente. Charlie apreció su comprensión-. Vayamos a la dinámica. Ya le he dicho que este ingenio puede hacer cualquier cosa que puedan hacer el motor eléctrico y la electricidad. ¿Desea uno remover un poco la tierra? Lo único que tiene que hacer es programar un campo analógico tan delgado que se deslice entre las moléculas, y hundirlo en el flanco de una colina. Basta expandirlo unos pocos milímetros, y sacarlo. Extraerá una pala llena de tierra... pero la pala puede ser tan grande como uno quiera que sea, y su análogo puede ser introducido allá donde uno desee. Cualquier cosa puede ser manejada de ese modo. Un hombre puede crear y controlar formas para cavar cimientos o levantar paredes, por ejemplo, o derribarlas haciendo que dejen de existir. Y no es necesario preparar ningún mortero; el campo-A puede homogeneizar y dar consistencia a prácticamente cualquier cosa.-Golpeó con el dedo la curvada columna de naturaleza parecida al cemento a un lado de la ventana.

Charlie, que durante un tiempo había conducido un buldózer, empezó a felicitarse por la determinación que había tomado antes, de sentirse sólo impresionado, pero no sorprendido, por la tecnología. Recordó una ocasión en la que había trabajado en un dique seco, conduciendo un Allis-Chalmers HD-14 con hoja de empuje angular, y tuvo que llevarlo al taller para que le soldaran un nuevo ángulo en la hoja, y uno de los capataces lo paró y le pidió que rellenara una zanja. Cuando los hombres con los picos y las palas se salieron de su camino, rellenó y apisonó unos treinta metros de

Librodot

zanja de una pasada, en aproximadamente 90 segundos... un trabajo que hubiera ocupado a 60 hombres durante el resto de la semana. Dándole el instrumental adecuado, un hombre ingenioso puede convertirse en cien, mil, diez mil hombres. Era difícil, pero no imposible, visualizar edificios como El Médico, de ciento treinta metros de altura, construido por tres hombres en una semana.

-Y sigamos con la dinámica. Un campo-A correctamente programado puede actuar como los rayos-X en cosas tales como el control del cáncer y los efectos de las mutaciones genéticas... pero sin quemaduras ni otros efectos secundarios. Supongo que habrá observado todas las nuevas plantas.

Y también todas las nuevas personas, dijo Charlie, pero no en voz alta.

-Ese césped de ahí afuera. Nadie lo cuida; simplemente, nace y crece. Con el campo-A transportamos cualquier cantidad de cualquier cosa, procesamos alimentos, manufacturamos tejidos... oh, todo; y el consumo de energía es realmente despreciable.

-¿De qué clase de energía se trata?

Seace dio un tirón a su caballuna nariz.

-¿Ha oído hablar alguna vez de la materia negativa?

-¿Es lo mismo que la antimateria... donde el electrón posee una carga positiva y el núcleo es negativo?

—¡Me sorprende! No sabía que su gente hubiera llegado hasta tan lejos.

-Algunas personas que escribían historias de ciencia-ficción llegaron hasta tan lejos.

-Correcto. Ahora, ¿sabe lo que ocurre si la materia negativa entra en contacto con la materia normal?

-Bam. Una explosión de lo más grande.

-Eso es... toda la masa se convierte en energía, hasta la más ínfima partícula, lo cual resulta ser en total un *montón* de energía. Ahora bien: el campo-A puede construir un análogo de cualquier cosa... incluso una masa pequeña de materia negativa. Es lo suficientemente bueno como para ponerla en contacto con la materia normal y soltar energía... toda la que uno desee. Así que... uno construye un campo análogo con un excitador eléctrico. Cuando empieza a producir, un simple efecto de realimentación hace que se mantenga a sí mismo, proporcionando toda la energía que se necesita.

-No pretendo comprenderlo -sonrió Charlie-Simplemente lo creo.

Seace le devolvió la sonrisa, y dijo con burlona severidad :

-Vino usted aquí a discutir ciencia, no religión.-Rápidamente, prosiguió:-De modo que dejemos ya el campo-A, ¿de acuerdo? De acuerdo. Todo lo que realmente deseaba señalarle era que se trata, en sí mismo, de algo muy simple, y que puede hacer cualquier cosa que le pidamos. Dije antes, o si no lo dije tenía intención de decirlo, que todo Ledom reposa sobre dos piedras angulares, dos cosas muy simples, y ésa es una de ellas. La otra... a la otra le hemos acuñado el nombre de cerebros tilo.

Librodot

-Déjeme adivinar.-Tradujo el término al inglés, y estuvo a punto de decir: "¿Una nueva moda en cerebros?", pero el chiste no tenía sentido en ledom. "Estilo" era por supuesto una palabra y un concepto en ledom, pero no tenía el mismo sentido empleado como sufijo. La segunda acepción posible era como derivado de *stilus,* instrumento para escribir.-¿Algo para escribir en los cerebros?

-Ha dado en la diana-dyo Seace-, pero por el lado contrario... Es algo con lo que el cerebro escribe. Bien... digámoslo así. Ser impresionado por un cerebro es su primera función. Y puede ser usado, y de hecho se usa, para impresionar cosas en cerebros.

Confundido, Charlie sonrió.

-Será mejor que primero me explique de qué se trata.

-Sólo un poco de materia coloidal en una caja. Eso, por supuesto, es una simplificación extrema. Y siguiendo con la súper simplificación, lo que hace cuando es conectada a un cerebro es crear un registro sináptico de cualquier secuencia particular que el cerebro esté desarrollando. Usted probablemente conozca lo suficiente sobre el proceso de aprendizaje como para saber que la mera afirmación de una conclusión nunca es suficiente para aprender algo. Para la mente no educada, mi afirmación de que el alcohol y el agua se ínter penetran a nivel molecular puede ser aceptada como un artículo de fe, pero no de ninguna otra manera. Pero si yo llego a esta conclusión paso a paso, demostrándola por medio de medir una cantidad de cada uno de ellos y mezclarla, y mostrando que el resultado es menos que dos veces la medida original, la cosa empieza a tener algo de sentido. Y para ir aún más atrás, antes de que la cosa adquiera su sentido deberé asegurarme de que la mente que está aprendiendo posee ya los conceptos de "alcohol", "agua", "medida" y "mezcla", y aún más, que es contrario a la forma de ignorancia conocida como sentido común el que la suma de dos cantidades iguales de dos fluidos distintos mezclados den como resultado menos de dos veces la cantidad original. En otras palabras, cada conclusión debe ser precedida por un razonamiento lógico y consistente, basado en anteriores pruebas y observaciones.

"Y lo que hace el cerebros tilo es absorber algunas secuencias de, digamos, mi mente, y luego transferirlas a, digamos, la suya; pero no se trata de la simple presentación de una totalidad, de una conclusión; se trata de la instilación de toda la secuencia que conduce hasta ella. Se produce casi instantáneamente, y todo lo que se requiere a la mente receptora es correlacionarlo con lo que se halla ya en ella. Esto último, incidentalmente, es un trabajo constante.

-No estoy seguro de que yo...-vaciló Charlie.

-Lo que quiero decir-prosiguió Seace-es que, entre un gran número de datos demostrados, la mente contenía una afirmación a la que había llegado por medio de la lógica (y tenga en cuenta que lógica y verdad son dos cosas completamente distintas), y que era que el alcohol y el agua eran inmiscibles... cuya afirmación se revelaría en conflicto con otras afirmaciones. El vencedor de este conflicto dependería de contra cuántos datos ciertos y demostrables tuviera que luchar. A la larga (realmente, más bien condenadamente pronto), la mente determinaría que una de las afirmaciones era errónea. Esta situación sería embarazosa hasta que la mente descubriera *por qué* era errónea... es decir, hasta que hubiera comparado exhaustivamente cada paso lógico, de premisa a conclusión, de cada paso relativo de todas las demás conclusiones.

Librodot

-Un excelente instrumento de enseñanza.

-Es el único sustituto conocido de la experiencia-sonrió Seace-, y mucho más rápido. Deseo remarcar el hecho de que no se trata tan sólo de indoctrinación. Sería imposible imprimir falsedades en una mente con los cerebros tilo, fuera cual fuese su lógica, porque más pronto o más tarde se presentaría alguna conclusión contraria a los hechos observados, y toda la estructura se derrumbaría. Y, del mismo modo, el cerebro tilo no es una especie de "sonda cerebral" diseñada para extraer los secretos de una mente. Hemos conseguido hacer una distinción entre la dinámica, o corrientes de secuencias en acción, y la estática, o partes de almacenamiento, de la mente. Si un profesor graba la secuencia del alcohol y el agua hasta su conclusión, el estudiante no tiene acceso a la historia de la vida del profesor o sus gustos personales como complemento de su lección de física.

"Deseaba que comprendiera esto porque muy pronto va a mezclarse usted con la gente y probablemente se preguntará de donde extraen sus conocimientos. Bien, lo hacen de los cerebros tilo, en sesiones de media hora de duración, una cada veintiocho días. Y puede aceptar mi palabra al respecto, cada uno de esos otros días están trabajando constantemente en las correlaciones... sin importar qué otra cosa estén haciendo simultáneamente.

-Me gustaría echarle un vistazo a ese dispositivo.

—No tengo ninguno aquí, pero usted ya ha trabado conocimiento con uno de ellos. ¿Cómo si no supone que aprendió toda una lengua en... oh, calculo que fueron en total unos doce minutos?

-¡Aquella especie de casco en la sala de operaciones detrás de la oficina de Mielwis!

-Exacto.

Charlie pensó en aquello durante unos instantes, y luego dijo:

-Seace, si pueden hacer ustedes todo eso, ¿a qué viene esa estupidez de hacerme aprender todo lo que me sea posible acerca de Ledom antes de devolverme a casa? ¿Por qué no simplemente meter mi cabeza debajo de una de esas cosas durante otros doce minutos y dejar que lo aprenda de ese modo?

Seace agitó gravemente la cabeza.

—Es su opinión lo que deseamos. *Su* opinión, Charlie Johns. Lo único que le proporciona el cerebro stilo es la verdad, y cuando usted la tiene, *sabe* que es la verdad. Deseamos que obtenga usted su información a través del instrumento conocido como Charlie Johns, para saber las conclusiones de ese Charlie Johns.

—Imagino que quiere decir usted que no voy a creer alguna de las cosas que vea.

—Estoy convencido de ello. ¿Entiende? El cerebros-tilo puede proporcionarnos las reacciones de Charlie Johns a la verdad. Nuestras propias observaciones nos proporcionarán las reacciones de Charlie Johns aloque él cree que es la verdad.

-¿Y eso es tan importante para ustedes?

Seace abrió sus hábiles y frías manos.

—Determinamos nuestra posición. Verificamos nuestro rumbo.-Y antes de que Charlie pudiera evaluar aquello, o hacerle más preguntas, se apresuró a concluir:-

Librodot

Puede ver que no somos ni unos milagreros ni unos magos. Y no se sorprenda si descubre que tampoco somos, después de todo, una cultura primordialmente tecnológica. Podemos hacer muchas cosas, es cierto. Pero lo hacemos tan sólo con dos utensilios que, según lo que Philos es capaz de decirme, no son conocidos por usted: el campo-A y el cerebros tilo. Con ellos podemos eliminar el problema primordial de la energía, tanto humana como mecánica; tenemos más de lo que nunca hemos necesitado. Y lo que usted podría calificar como educación ya no necesita ni energía, ni lugar, ni personal, ni tiempo apreciables. Tampoco tenemos escasez de alimentos, alojamientos o vestidos. Todo lo cual deja a la gente libertad para dedicarse a otras cosas.

-¿Qué otras cosas, por el amor de Dios?-preguntó Charlie.

Seace sonrió.

-Ya lo verá...

-¿Mami?-dice Karen. Jeanette está bañando a su hijita de tres años.

—¿Sí, amor?

-¿Es verdad verdad que yo he salido de tu barriguita?

-Sí, amor.

-No es verdad.

—¿Quién te ha dicho que no es verdad?

-Davy dice que es *él* quién salió de tu barriguita.

-Bueno, también lo hizo. Cierra los ojos fuerte-fuerte-fuerte para que no te entre jabón en ellos.

-Bien, si Davy salió de tu barriguita ¿porqué yo no salí de la barriguita de papá?

Jeanette se muerde el labio-siempre intenta no reírse de sus hijos a menos que ellos se rían primero-, y aplica el champú.

-Bien, mami, *¿por qué?*

-Sólo las mamis llevan bebés en sus barriguitas, amor.

-¿No los papis, nunca?

-Nunca.

Jeanette enjabona y enjuaga y enjabona de nuevo y enjuaga de nuevo, y no se habla otra palabra hasta que la rosada carita puede abrir de nuevo sus enormes ojos azules.

Librodot

-Quiero burbujitas.

—¡Oh, *amor ¡*Ya te he enjuagado el pelo! –Pero aquella mirada implorante, aquel hago-todo-lo-que-puedo-para-no-llorar, conquista a cualquiera, y sonríe y se ablanda.-De acuerdo, pero sólo un poquito, Karen. Pero recuerda, nada de burbujas en tu pelo. ¿Sí?

-Sí,-Karen observa alegremente como Jeanette echa un paquete de jabón espumoso de baño en el agua y abre el grifo del agua caliente. Jeanette retrocede un poco y se inmoviliza, en parte para proteger los cabellos de la niña, en parte porque disfruta del espectáculo.-Entonces-dice Karen de pronto-, no necesitamos a los papis.

—¿Qué dices? ¿Quién iría a la oficina y os traería caramelos y cortaría el césped y todo eso?

—No para eso. Digo los bebés. Los papis no pueden hacer bebés.

-Bueno, cariño... *ayudan.*

-¿Cómo, mami?

-Ya basta de burbujitas. El agua está empezando a estar demasiado caliente.-Cierra el agua.

—¿Cómo, mami?

-Bueno, querida, es un poco difícil de explicar para que tú lo comprendas, pero lo que ocurre es que los papis tienen una forma muy especial de amar. Es muy bonita y maravillosa, y cuando aman a las mamas de esa forma, mucho mucho mucho, entonces ellas pueden tener un bebé.

Mientras su madre está hablando, Karen ha encontrado un trozo pequeño y alargado de jabón, y está intentando ver si es la medida justa. Jeanette mete la mano en el agua del baño y tira de la manecita de. La niña y le da una palmada.

—¡Karen! No te toques *ahí abajo.* ¡No es *bonito!*

-¿Empiezas a comprender?

Charlie miró pensativamente a Philos, que había estado aguardándole al pie del invisible ascensor, pareciendo como siempre que simplemente acababa de llegar, con sus atentos ojos oscuros brillando como siempre con alguna secreta alegría... o quizá simplemente conocimiento... o quizás algo completamente distinto, como pesar.

-Seace-dijo Charlie-tiene una condenada forma de responder a las preguntas que hace que siempre te quedes con la sensación de que te está ocultando algo.

Philos se echó a reír. Como había observado Charlie antes, Philos tenía una risa agradable.

-Creo-dijo el ledom-que está usted ya preparado para lo más importante. El Infantil.

Charlie miró hacia El Médico, allá a lo lejos, y luego levantó la vista hacia El Científico.

-Ésos son bastante "importantes", diría.

-No, no lo son-dijo Philos positivamente-. Son los parámetros, si quiere decirlo así... la infraestructura, el pulso mecánico, pero por ello precisamente son tan sólo la parte marginal, carecen de importancia. El Infantil es el más grande de todos.

Charlie alzó la vista hacia la inclinada masa que gravitaba sobre él, y se maravilló.

-Debe estar a mucha distancia de aquí.

-¿Por qué dice eso?

-Cualquier cosa que sea más grande que esto...

—... ¿debería verse desde aquí? Bueno, ahí está.-Philos señaló...

... a una cabaña. Se erguía en un repliegue de las colinas, rodeada por aquel impecable verdor, y sus bajas y blancas paredes llameaban con enredaderas llenas de flores. Su techo a dos aguas era muy inclinado, de color marrón con manchas verdosas. Había tiestos de flores en las ventanas, y en un extremo la blanca pared se veía rota por una encantadora columna de piedra que cubría el tiro de una chimenea, de la que brotaba un humo azul.

-¿Le importaría andar hasta allí?

Charlie aspiró el cálido y brillante aire, y sintió bajo sus pies el elástico verdor.

-¡Importarme!

Caminaron hacia la distante cabaña, por entre las ligeramente onduladas colinas. En un momento determinado, Charlie dijo:

—¿Sólo eso?

-Ya lo verá-dijo Philos. Parecía tenso con expectación y alegría-. ¿Ha tenido usted algún niño?

-No-dijo Charlie, y pensó inmediatamente en Laura.

-Si lo hubiera tenido-dijo Philos-, ¿lo querría?

—¡Claro que lo querría!

—¿Por qué?-preguntó Philos. Luego se detuvo y tomó a Charlie gravemente del brazo, e hizo que se girara hacia él, y dijo lentamente-: No conteste a esta pregunta. Tan sólo piense en ella.

Sorprendido, Charlie no pudo pensar en ninguna respuesta excepto, finalmente:

-De acuerdo.

Philos aceptó con una seña. Siguieron andando. La expectación pareció aumentar de algún modo. Era Philos, por supuesto; el ledom radiaba algo... Charlie recordó haber visto en una ocasión una película, una especie de documental sobre un viaje. La cámara estaba situada en un avión que volaba a baja altura sobre un terreno llano, sobre casas y campos, con el cercano suelo pasando rápidamente, y el fondo musical era tan expectante como esto ahora. El film no advertía de la absoluta enormidad de lo que iba a venir; el tiempo y la distancia parecían eternos, sólo había el interminable terreno llano y la velocidad, y una ocasional carretera o una granja, pero la música crecía en tensión y suspense, hasta que, con una absoluta explosión de color y perspectiva, se hallaba uno asomándose de pronto por el borde del Gran Cañón del Colorado.

—Mire ahí-dijo Philos.

Charlie miró, y vio a un joven ledom con una sedosa túnica amarilla, apoyado contra un promontorio rocoso que dominaba un empinado terraplén no muy lejos de allí. Mientras se aproximaban, Charlie esperó cualquier cosa menos lo que sucedió realmente; cuando uno ve que alguien se le aproxima, se produce una reacción, una interacción de alguna clase, sea un homo sapiens, un ledom o un castor; pero allí no se produjo ninguna. El ledom de amarillo permanecía de pie sobre una pierna, apoyado contra la roca, el otro pie doblado a la altura de la rodilla, ambas manos bajo el muslo de la pierna levantada. Su ligeramente contraído rostro estaba algo inclinado, no mirándoles directamente ni a ellos ni a ningún otro sitio, y sus ojos estaban medio cerrados.

-¿Qué...?-dijo Charlie en voz baja.

-Chissst-siseó Philos.

Caminaron sin apresurarse, cruzando al lado de la inmóvil figura. Philos se acercó a ella y, haciéndole señas a Charlie para que permaneciera callado, pasó una mano de lado a lado por delante de los semicerrados ojos. No hubo respuesta.

Philos y Charlie siguieron caminando, y Charlie giró varias veces la cabeza para mirar atrás. Mientras estuvo al alcance de su vista, no se le apreció ningún movimiento excepto el suave ondular de su sedoso vestido bajo la ligera brisa. Cuando finalmente un recodo puso la ladera de una colina entre ellos y la criatura en trance, Charlie observó:

-Creía que había dicho usted que en Ledom nadie duerme.

-Eso no es dormir.

-Entonces parece un excelente sustituto. ¿O acaso está enfermo?

¡Oh, no!... Me alegro que haya visto esto. Volverá a verlo, aquí y allá. Simplemente está... parado.

¿Pero qué es lo que ocurre?

-Nada, se lo aseguro. Se trata de... bueno, llámelo una pausa. Era algo común también en su tiempo. Sus indios americanos, los indios de las llanuras, podían hacerlo. Como también podían algunos de los nómadas de las montañas del Atlas. No es dormir. Es algo que, indudablemente, hace usted mientras duerme. ¿Ha estudiado alguna vez el sueño?

Librodot

-No exactamente lo que usted llamaría estudiar.

-Yo sí-dijo Philos-. Algo que tiene un especial interés es que, cuando usted duerme, sueña. En realidad, sufre alucinaciones. Durmiendo regularmente como usted hace, estas alucinaciones se producen mientras usted está durmiendo, pero también pueden producirse sin el concurso del sueño.

-Bueno, eso es lo que nosotros llamamos soñar despiertos...

-Lo llamen como lo llamen, es un fenómeno universal de la mente humana, y quizá no se limite tan sólo a la humanidad. Sea como sea, subsiste el hecho de que si a la mente se le inhibe, o prohíbe, desarrollar tales alucinaciones, por ejemplo, despertando al sujeto cada vez que penetra en este estado, simplemente se desmorona.

-¿La mente se desmorona?
-Exacto.

-¿Quiere decir que si hubiera despertado a ese le-dom de ahí, se hubiera vuelto loco?-Brutalmente, preguntó:-¿Son todos ustedes tan frágilmente equilibrados?

Philos se echó a reír, olvidando la brutalidad; la suya fue una respuesta sincera a una pregunta absurda.

—¡No ¡Oh, en absoluto! Estaba hablando de una situación de laboratorio, una interrupción constante y repetida. Puedo asegurarle que él nos vio; estaba consciente. Pero su mente hizo una elección, y eligió proseguir lo que estaba ocurriendo en su cabeza. Si yo hubiera persistido, o si algo tan poco usual como el sonido de la voz *de usted*-el énfasis fue ligero pero cargado de significado; Charlie se dio cuenta entonces de que su voz allí era como una trompa de caza entre flautas-lo hubiera arrancado de sus procesos mentales, hubiera hablado normalmente con usted, nos hubiera perdonado por la intrusión, y nos hubiera dicho adiós.

¿Pero por qué hace eso? *¿Para qué* sirve?

¿Para qué sueña usted?... Parece" tratarse de un mecanismo por el cual la mente se despega de la realidad a fin de comparar y correlacionar datos que en la realidad no pueden ser asociados literatura está llena de imágenes alucinatorias de este tipo: cerdos con alas, libertad humana, dragones escupe fuegos, el buen juicio de la mayoría, el basilisco, *eXgolem,* y la igualdad de los sexos.

-Mire...-dijo Charlie irritad amenté, y luego se contuvo. Philos no era del tipo que se dejaba ganar por la rabia; se dio cuenta de aquello, y dijo bruscamente:-Usted está jugando conmigo, así que se trata de un juego. Pero usted conoce las reglas y yo no.

Con sus agudos ojos ablandados y con una sinceridad absoluta, Philos le desarmó completamente pidiendo disculpas y cortando así la situación.

-Me estoy adelantando-añadió-. Mi turno viene después de que haya visto usted el resto de Ledom.

-¿Su turno?

-Sí... la historia. Lo que piensa de Ledom es una cosa; lo que pensará de Ledom más su historia es otra; lo que piense... pero no importa.

Librodot

-Será mejor que continúe.

-Iba a decir: lo que piense de Ledom más su historia más la historia *de ustedes* será aun otra cosa. Pero no lo diré-declaró Philos sonriendo-, porque si lo hiciera debería tener que volver a disculparme.

Muy a su pesar, Charlie se rió con él, y siguieron su camino.

A unos pocos cientos de metros de la cabaña, Philos giró bruscamente a la derecha y subieron una ladera bastante pronunciada hasta su cima, y la siguieron hasta llegar a una pequeña loma. Philos, a la cabeza, se detuvo y le hizo seña a Charlie de que acudiera a su lado.

-Observémoslos un poco.

Charlie descubrió que estaban mirando a la cabaña desde arriba. Ahora podía ver que se hallaba al borde de un amplio valle, parcialmente boscoso (¿o era una plantación? *Nada* seguía allí una línea recta) y parcialmente cultivado. Alrededor y entre los campos había árboles, toda la extensión se parecía a un parque, como lo era la que rodeaba los grandes edificios. Esparcidas por todos lados había más cabañas, ampliamente separadas, cada una de ellas única-de madera, de piedra, de algo parecido al estuco blando, de yeso, incluso de algo parecido a la turba-, y cada una de ellas muy separada de todas las demás, algunas a casi un kilómetro de distancia. Pudo contar más de veinticinco cabañas desde su ventajoso punto de observación, y probablemente había más. Como pétalos de flores esparcido desde el aire, los brillantes atuendos de la gente destellaban aquí y allá por entre los bosques y los campos, en los verdeantes linderos y en las orillas de los dos pequeños arroyos que discurrían valle abajo. El plateado cielo formaba un domo sobre todo aquello, dando al valle cercado por bajas colinas la apariencia de un cuenco, y debía estar más alto que cualquier otra cosa alrededor de él, puesto que no podía verse nada más allá de las suaves murallas que cerraban el propio valle.

—El Infantil-dijo Philos.

Charlie miró más allá del inclinado techo de la cabaña que tenía a sus pies, hacia el patio y el estanque que había en la parte delantera. Empezó a oír el canto, y vio a los niños.

El señor y la señora Herbert Raile están comprando ropa para los niños en el departamento de confección de un enorme hipermercado. Los niños están fuera, en el coche. Hace calor fuera, así que van rápidos. Herb mpuja un carrito del hipermercado. Jeanette revuelve entre las hileras de trajes en los expositores.

-¡Ho, mira! ¡Camisetas para niños! ¡Exactamente iguales que las nuestras!-Escoge tres para Davy, talla cinco, y tres para Karen, talla tres, y las echa en el carrito.-Ahora, pantalones.

Avanza rápidamente, con Herb y su carrito siguiéndole los pasos. Sin pensarlo, Herb sigue las reglas internacionales de conducción: vehículo aproximándose por la derecha, prioridad; vehículo girando, pierde su prioridad. Siguiendo sus principios, tiene que ceder la derecha un par de veces, y luego debe correr para alcanzar

Librodot

a su esposa. Una rueda chirría. Cuando corre chilla como una condenada. Jeanette avanza determinada sabiendo a dónde va, recto tres pasillos, luego dos a la izquierda, y después pararse. Un poco jadeante, Herb y su chirrido la alcanzan.

-¿Dónde han puesto ahora los pantalones?-preguntó ella.

Él señala hacia un lado.

—Por allí, donde pone PANTALONES. Hace un momento has pasado por allí delante.-Jeanette gruñe un poco y vuelve rápidamente sobre sus pasos. Herb conduce y chirría tras ella.

-La pana es demasiado calurosa. Todos los chicos Graham llevan ya dril. ¿Sabes que Louie Graham no ha conseguido su ascenso?-Murmura Jeanette como si rezara, y pasa al dril-. Caqui. Aquí están, talla cinco.-Toma dos pares.-Talla tres.-Toma dos pares más, y los echa al carrito, y vuelve a echar a andar apresuradamente. Herb chirría, se detiene, chilla, y chirría tras ella. Jeanette da dos giros a la izquierda, cruza tres pasillos y se detiene.

-¿Dónde están las sandalias para niños?

—Por allí, donde dice SANDALIAS PARA NIÑOS-jadea Herb, señalando. Jeanette vuelve a gruñir, y avanza a paso de carga hacia las sandalias. Cuando él la alcanza ya ha elegido dos pares de sandalias rojas consuelas de goma amarilla y blanca y las echa en el carrito.

-*¡Alto!*-gorgotea Herb, casi riendo.

-¿Qué pasa?-dice ella, a medio dar un paso.

-¿Qué es lo que quieres ahora?
-Trajes de baño.

-Bien, entonces mira allá, donde dice TRAJES DE BAÑO.

-No te pongas nervioso, cariño-dice ella, echando a andar hacia allá.

Él maniobra y hace un sprint para conseguir permanecer un breve instante junto a ella y ser oído por encima del chirrido del carrito, y dice:

-La diferencia entre hombres y mujeres es...

—Un dólar y noventa y siete centavos-dice ella, pasando junto a un mostrador.

-... que los hombres leen las instrucciones y las mujeres no. Creo que es un asunto de orgullo sexual. Toma algunos genios absolutos del embalaje, y hazles diseñar una caja que puedas abrir presionando una esquina a lo largo de una línea punteada, hasta que aparezca una cinta de la que baste tirar para abrir el envase estanco interior.

-Leotardos-dice ella, pasando por delante de un mostrador.

-Nueve ingenieros queman sus meninges diseñando la maquinaria de empaquetado. Dieciséis jefes de compras se vuelven locos buscando los materiales idóneos. Veintitrés jefes de almacén hacen llamadas telefónicas hasta las dos de la madrugada para recibir a tiempo setenta mil toneladas de material. Y cuando la caja llega finalmente a tu

Librodot

cocina, la abres con el cuchillo de cortar jamón.

-Trajes de baño-dice ella-. ¿Qué estabas diciendo, amor?

-Nada, amor.

Jeanette esparce rápidamente el contenido de un cajón marcado *Talla 5.*

-Aquí están.-Levanta un par de bermudas azul marino ribeteados de rojo.

-Parecen más bien pañales.

-Son elásticos-dice ella; puede que sea discutible, pero no tiene intención de investigar. Él revuelve entre el cajón marcado *Tela 3,* y saca un par de bermudas parecidos, pero del largo de la palma de su mano.

-Y aquí están los otros. Vamonos antes de que los chicos se frían ahí afuera.

-¡Oh, *Herb!* No seas tonto: ésos son trajes de baño de *chico.*

-Pensé que quedarían muy bien para Karen.

-¡Pero Herb! ¡No llevan *parte superior!*-exclama ella, revolviendo.

Herb observa pensativamente los pequeños bermudas.

-¿Para qué necesita Karen parte superior? ¡Tiene tres años!

-Aquí hay uno. Oh, cariño, es igual que el de Dolly Graham.

-¿Hay alguien en nuestra vecindad que se sienta excitado viendo los pezones de una niña de tres años?

-Herb, no digas procacidades.

-No me gustan las implicaciones.

-¡Aquí hay uno!-Muestra su hallazgo, y ríe.-¡Oh, es bonito bonito *bonito!*-Lo echa al carrito, y chirrían rápidamente hacia la caja, con sus seis camisetas, sus cuatro pantalones cortos caqui, sus dos pares de sandalias rojas con suelas de goma amarilla y blanca, unos bermudas azul marino talla cinco y un perfecto bikini en miniatura talla tres.

Los niños, más de una docena, estaban en el estanque y alrededor de él, jugando y cantando.

Charlie nunca había oído cantar así. Había oído cantar muchas veces peor e, incluso, a veces algo mejor; pero nunca había oído cantar *así.* Era algo parecido al sonido suave que emiten algunas peonzas: primero un acorde en un cierto tono, y luego, lentamente, derivan hacia otro acorde relacionado con él. A veces estos juguetes están diseñados para emitir una única nota constante, que suena como parte de los dos o incluso tres acordes que modulan. Aquellos niños, algunos en su adolescencia, otros

Librodot

simples bebés, cantaban de aquel modo; y lo más extraordinario de todo ello era que, de las quince voces o así que en uno u otro momento se ponían a cantar, nunca cantaban más de cuatro, o muy ocasionalmente cinco, a la vez. Aquel acorde musical quedaba como suspendido sobre el grupo, a veces arracimado sobre un pequeño conjunto de cuerpos bronceados, luego derivando sobre el estanque hasta el otro lado y bajando varios grados, después extendiéndose de modo que las notas de contralto brotaban de la izquierda, las de soprano de la derecha. Uno casi podía seguir el acorde mientras se condensaba, rarificaba, flotaba, extendía, saltaba, cambiando sus matices en precisas secuencias, subiendo de tono, luego manteniendo la nota reforzada por dos voces al unísono mientras el coro de fondo derivaba hasta convertirse en dominante, una bajaba el tono hasta séptima y luego iba a buscar la tónica, mientras otra voz se mantenía constante en un medio tono y el acorde, adquiriendo un cariz melancólico, flotaba allá en tono menor. Luego una quinta, una sexta, una novena suave surgía en discordancia de cualquier lado, y el acorde ascendía y se estabilizaba en otra tonalidad... todo ello muy sencillamente, muy espontáneamente, muy dulcemente.

La mayoría de los niños estaban desnudos; todos tenían miembros largos y bien formados, ojos claros, cuerpos firmes. Para el no educado ojo de Charlie, todos parecían niñas. Semejaban no estar en absoluto concentrados en la música; jugaban, se echaban al agua, corrían de un lado a otro, construían cosas con barro y trozos de madera y ladrillos coloreados; tres de ellos jugaban a la pelota. Se hablaban en su lengua parecida al arrullo de palomas, se llamaban, chillaban mientras corrían y casi eran atrapados, protestaban, y uno gritó como... bueno, como un niño, cuando cayó (y fue recogido muy rápidamente por otros tres, consolado, besado, alguien le dio un juguete, y poco después reía de nuevo), pero sobre todo eso flotaba aquel cambiante acorde en tres partes, cuatro partes, a veces cinco partes, lanzado de unos a otros en una pausa, entre inspiraciones, echando a correr hacia el agua, entre una pregunta y su respuesta. Charlie había oído algo como aquello antes, en el patio central de El Médico, pero no tan brillante, tan espontáneo; e iba a escuchar aquella música coral allá donde fuera de Ledom donde los ledom se reunieran en grandes grupos; flotaba por encima de los ledom como la bruma flota por encima de los rebaños de renos en las frías llanuras de Laponia.

-¿Por qué cantan así?

-Lo hacen todo juntos-dijo Philos, con los ojos brillantes.-Y cuando están juntos, realizando cosas distintas, hacen esto. Pueden estar juntos, sentirse juntos, cantando así, no importa lo que estén haciendo. Lo sienten, como la luz del sol en sus espaldas, sin pensar en ello, simplemente... amándolo. Lo cambian por el placer de cambiarlo, según la forma en que uno camina de la fría agua hasta las cálidas piedras, según la sensación que reciben sus pies. Lo mantienen en el aire, lo toman del aire a su alrededor y lo envían de vuelta. Déjeme mostrarle algo.-Suavemente, pero claramente, cantó tres rápidas notas: *do, sol, mi...*

Y como si las notas fueran tres brillantes balas de juguete, disparadas a tres niños muy determinados, tres niños las tomaron... un niño para cada nota, de modo que las notas llegaron como un arpegio y fueron relanzadas como un acorde; luego fueron repetidas, de nuevo como arpegio, y fueron recibidas de nuevo; y entonces un niño-Charlie vio quién; estaba de pie, hundido hasta la cintura, en el estanque-cambió una nota, de modo que el arpegio fue *do, fa, mi...* e inmediatamente después *re, fa, mi...* y de pronto *fa, do, la...* y así fue extendiéndose, progresando, modulándose, invirtiéndose, aumentando, con sextas añadidas, con novenas añadidas, con exigentes séptimas solicitando la tónica pero recibiendo maliciosamente a cambio la armónica menor. Finalmente, el arpegio se perdió

Librodot

como tal arpegio, y la música se estableció de nuevo en un constante y estable acorde cambiante.

-Eso es... sencillamente hermoso--suspiró Charlie, deseando poder expresarlo de una forma tan hermosa como estaba oyéndolo, y maldiciéndose a sí mismo por su incapacidad.

Philos dijo alegremente:

-¡Aquí está Grocid!

Grocid, con una capa escarlata enrollada en torno a su garganta y flotando tras él, acababa de emerger de la cabana. Se giró y miró hacia arriba, saludó, cantó las tres notas que había cantado Philos (y de nuevo fueron atrapadas, trenzadas, agitadas y llevadas arriba y abajo por los niños), y sonrió.

-Está diciendo que sabía quienes éramos desde el momento mismo en que oyó esas notas-dyo Philos a Charlie. Y alzando la voz, gritó-: ¡Grocid! ¿Podemos venir?

Grocid les hizo señas alegremente para que se acercaran, y empezaron a bajar la ladera. Grocid agarró a un niño y acudió a su encuentro. El niño se sentó sobre sus hombros y gorjeó de alegría mientras pateaba los faldones de la capa.

-Ah, Philos. Has traído a Charlie Johns. ¡Adelante, adelante! Es bueno recibir visitas.-Ante la sorpresa de Charlie, Grocid y Philos se besaron. Cuando Grocid se le acercó, Charlie le tendió rígidamente la mano; con una comprensión instantánea, Grocid la tomó, la apretó, la soltó.-Éste es Anaw-dgo Grocid, cosquilleando la mejilla del niño con su cabello. El muchachito rió, hundió su rostro en la espesa mata, asomó un alegre ojo y lo guiñó a Charlie. Charlie le respondió con una fuerte risa.

Entraron juntos en la casa. ¿Mamparas que se dilataban? ¿Luces invisibles? ¿Bandejas para el té antigravedad? ¿Desayunos autococinados? ¿Ascensores invisibles?

No.

La habitación era lo suficientemente rectangular como para satisfacer a un hombre que, se dio repentinamente cuenta Charlie, estaba hambriento de ver una línea recta. El techo era bajo y estaba apuntalado por vigas de madera, y hacía fresco allí... no el antiséptico e insípido beso del aire acondicionado, sino el frescor de las ventanas enmarcadas por emparrados, los techos bajos y las gruesas paredes; era el rezumar natural de los estratos subcutáneos de la propia tierra. Y había allí sillas, auténticas sillas... una de madera tallada a mano, tres de diseño rústico, hechas con troncos y tablones atados con cuerdas. El suelo era de losas de piedra, unidas entre sí con un brillante cemento de color rojo y recubierto con abigarradas alfombras hechas a mano. En una mesita baja había un enorme bol de madera, tallado de una sola pieza de madera dura, y un gracioso pero tosco servicio de bebida: una jarra y siete u ocho cubiletes de barro cocido. En el bol había una ensalada, cuidadosamente dispuesta en forma de estrella, de frutas, nueces y vegetales.

Había cuadros en las paredes, la mayoría de ellos en colores auténticamente terrestres... verdes, marrones, naranjas, y los arnarillos teñidos de rojo y los rojos teñidos de azul de las flores y frutas maduras. La mayor parte eran figurativos y agradables de ver; algunos eran abstractos, y unos pocos impresionistas. Uno especialmente llamó su atención; una escena de dos ledom, con el ángulo de perspectiva extrañamente alto y oblicuo, de modo que uno parecía estar mirando por encima del hombro de la figura que estaba de pie hacia la

Librodot

otra que estaba reclinada un poco más atrás. Esa segunda figura parecía estar doliéndose de alguna enfermedad no especificada; todo el cuadro era extrañamente difuminado, y la primera e instantánea expresión era la de estar contemplándolo a través de unos ojos bañados en lágrimas.

-Me alegro que haya podido venir.-Era el otro jefe de El Infantil, Nasive, de pie ante él y sonriendo. Charlie se arrancó de su contemplación del cuadro y vio al ledom, que llevaba una capa exactamente igual a la de Grocid, tendiéndole la mano. Charlie correspondió rápida y brevemente a su saludo.

-Yo también-dijo--. Me gusta este lugar.

-Pensamos que le gustaría-dijo Nasive-. No es muy distinto de los lugares a los que estaba acostumbrado, apostaría.

Charlie hubiera podido responder simplemente asintiendo, pero en aquel lugar, con aquellas gente, deseaba ser honesto.

-Es demasiado distinto a lo que yo estaba acostumbrado-dijo-. Teníamos algo así, aquí y allá. Pero no lo suficiente.

-Siéntese. Vamos a comer algo... sólo para entretenernos un poco. Luego tendremos un verdadero festín, de modo que deje un hueco en su estómago.

Grocid llenó unas escudillas de barro cocido y las fue pasando, mientras Nasive echaba un líquido dorado en los cubiletes. Charlie descubrió que era una bebida fuerte pero con sabor a miel, probablemente una especie de aguamiel, fresca pero no fría, con una especie de regusto picante y ligeramente alcoholizado. La ensalada, que comió con un tenedor de madera satinadamente pulida con dos púas cortas y finas y una larga con un borde afilado que podía usarse como cuchillo, era once veces deliciosa (una por cada variedad de alimentos que contenía), y tuvo que contenerse para no *a)* comer atropelladamente y *b)* pedir más.

Hablaron; no se unió mucho a la conversación, pese a ser consciente de su educada precaución de hablar de cosas que pudieran interesarle o en las que pudiera participar, o al menos no enfrascarse en temas que pudieran dejarlo excluido. Fredon había tenido gorgojos, al otro lado de la colina. ¿Habéis visto el nuevo proceso de incrustación desarrollado por Dregg? Madera en cerámica; uno juraría que ambas materias habían sido metidas juntas en el horno. Nariah deseaba trabajar en un nuevo tratamiento biostático para un derivado de la fibra del algodoncillo. El chico de Eriu se había roto tontamente la pierna. Y mientras tanto, los niños entraban y salían, milagrosamente sin interrumpir ni en un solo momento, sino simplemente entrando con rapidez para recibir una nuez o una fruta, o para.pedir en un soplo un favor, o un permiso, o hacer una pregunta: "Illew dice que una libélula es una especie de araña. ¿Es cierto? (no, ninguna araña tiene alas)". Un resplandor de seda púrpura y dril amarillo, y el niño había desaparecido, para ser reemplazado instantáneamente por una pequeñísima y coqueto-na criatura desnuda que dijo en voz clara: "Grocid, tienes una cara muy divertida (Tú también tienes una cara muy divertida)". Riendo, la pulga desapareció.

Charlie, esforzándose en comer lentamente, observó a Nasive, semitendido en un cercano almohadón, enfrascado en quitarse una astilla de la mano. La mano, aunque fina y delicada, era amplia y fuerte, y viendo la punta de una especie de aguja excavando en la base del dedo medio, Charlie se sorprendió al apreciar una serie de callosidades. La

carne en la palYna de las manos y en la parte interior de los dedos parecía tan dura como la de un estibador. Charlie hizo un esfuerzo por encajar aquello con sus flotantes ropas escarlatas y sus actividades "artísticas", y comprendió que no estaba en su mano, precisamente en ese momento, hacer tales balances. Pero dijo, palmeando el firme brazo del rústico sillón:

-¿Ha sido hecho aquí?

-*Exactamente* aquí-dyo Nasive alegremente-. Hecho por mí mismo. Grocid y yo construimos todo este lugar. Con los chicos, por supuesto. Grocid hizo las escudillas y los cubiletes. ¿Le gustan?

-Ya lo creo-dijo Charlie. Eran amarronados, con destellos dorados fundiéndose en espiral-. ¿Se trata de barro esmaltado cocido, o ese campo-A les sirve también de horno?

—Ninguna de las dos cosas-dijo Nasive-. ¿Le gustaría ver como lo hacemos?-Contempló la .escudilla vacía de Charlie.-¿O prefiere un poco más de...?

A regañadientes, Charlie dejó la escudilla a un lado.

-Me gustaría verlo.

Se levantaron y se dirigieron hacia una puerta trasera. Un niño semiescondido entre las cortinas al fondo de la habitación echó a correr maliciosamente hacia Nasive que, sin frenar el paso, lo cogió al vuelo, lo levantó y le hizo dar una voltereta, y golpeó muy suavemente su cabeza contra el suelo antes de dejarlo de nuevo sobre sus pies. Luego, sonriendo, hizo un gesto a Charlie señalándole una puerta.

-Le encantan a usted los niños-dijo Charlie.

-Dios mío-dijo Nasive.

Y allí también el lenguaje tenía una sutilidad tal que hacía que perdiera en la traducción. Charlie tuvo la sensación de que el significado de aquel "Dios mío" era una respuesta directa a su observación, y no simplemente una exclamación. ¿Era el niño su Dios, entonces? ¿O... era el concepto de El Niño?

La habitación a la cual entraron era un poco más amplia que la que acababan de abandonar, y también de techo más alto, pero completamente distinta del armonioso, casual, confortable espacio de habitación. Ésta era un taller... un auténtico taller. El suelo era de ladrillos, las paredes eran tablas de madera lijadas pero no pulidas, encajadas entre sí al estilo de los barcos. De clavijas de madera colgaban herramientas... herramientas básicas: cuñas y calzos, martillos, azuelas, punzones, cuchillos de desbastar, hachas, escuadras, calibres, y niveles, abrazaderas, y un juego de brocas, y varias medidas de cepillos de carpintero. Apoyados contra las paredes, y colocados aquí y allá sobre el suelo, había... bien, liamémosles instrumentos mecánicos, aunque aparentemente estaban hechos a mano, ¡a veces en madera maciza! Una sierra de vaivén montada sobre una mesa, por ejemplo, era accionada desde abajo mediante pedales, los cuales, a través de un cigüeñal y una biela, conseguían el movimiento oscilante arriba y abajo. Un bloque de madera móvil y con una profunda incisión estaba fijado al artilugio, para guiar el extremo superior de la hoja de sierra, y hacía presión gracias a un muelle *de madera.* También había un torno, con montones de poleas de madera para regular la velocidad, y un inmenso volante, que debía pesar sus buenos doscientos kilos... hecho de

Librodot

cerámica.

Pero era el horno lo que Nasive quería enseñarle. Estaba en un rincón, una construcción de ladrillos rematada por una chimenea y exhibiendo una pesada puerta metálica, montada sobre pilares de ladrillos. Bajo él había un fuego montado sobre un soporte móvil-"Es también nuestra forja", señaló Nasive, arrastrando con un movimiento de su brazo el soporte fuera de debajo del horno y volviendo a meterlo-, y montado en él, a un lado, había un fuelle accionado a pedales. La boca de salida del fuelle conducía a un gran objeto flaccido que se parecía a una vejiga deshinchada, lo cual, de hecho, era. Nasive pedaleó vigorosamente y el arrugado objeto suspiró, se irguió perezosamente y empezó a hincharse.

-Tuve la idea al ver a uno de los chicos aprendiendo a tocar una gaita-dijo Nasive, con el rostro resplandeciente. Dejó de bombear y tiró ligeramente de una palanca hacia él; Charlie oyó el aire silbar a través de las parrillas. Empujó un poco más, y el aire rugió-. Uno tiene todo el control que puede desear y no necesita decirle a ningún adulto fuerte y entrenado que le dé al fuelle; todos los chicos de aquí pueden hacerlo funcionar, incluso los más pequeños. Y íes encanta.

-Es maravilloso-dijo Charlie sinceramente-, pero... seguro que hay alguna forma más sencilla de hacerlo.

-Oh, seguro que sí-djo Nasive asintiendo... y no añadió ninguna otra palabra de explicación.

Charlie miró admirado alrededor de sí, a las cuidadosas pilas de maderas que obviamente habían sido aserradas allí, la sorprendente estructura de las máquinas de madera, la...

-Observe esto-dijo Nasive. Quitó una abrazadera que sujetaba el extremo inferior de las guías del torno, y empujó éstas hacia arriba. Unidas a un contrapeso, ascendieron suavemente hasta quedar encajadas arriba.

-¡Una prensa perforadora!-exclamó Charlie, agradablemente sorprendido.

Señaló con un dedo el volante.

-Eso parece cerámica. ¿Cómo consiguieron meter en el horno algo de ese tamaño?

Nasive hizo un gesto con la cabeza hacia el horno.

-Cupo justo. Por supuesto, tuvimos que mantenerla en el interior un buen rato... tuvimos que desalojar todo el resto del taller, y organizamos una fiesta y bailamos hasta que estuvo bien cocida.

-Con todo el mundo bailando en los pedales-rió Charlie.

-Y en cualquier otro lugar. Fue una gran fiesta.-Nasive le devolvió la sonrisa.-Pero usted quería saber por qué hicimos el volante de cerámica. Bien, es macizo, y resultaba menos trabajoso hacerlo así que tallarlo en piedra.

-No lo dudo-dijo Charlie, mirando al volante pero pensando en ascensores invisibles, máquinas del tiempo, un artilugio que podía manejarse con un solo dedo pero con el cual, según le habían dicho, uno podía darle grandes mordiscos a los flancos de las colinas y transportar todo lo que deseara. Por su cabeza pasó de modo fugaz el

Librodot

pensamiento de que quizás aquellas gentes de allí no supieran lo que había allá al otro lado, en los Edificios. Luego recordó que había sido en El Médico donde había conocido a Grocid y Nasive. Así que tuvo que pensar que, sabiendo de lo que disponían en los Edificios, habían renunciado a todas aquellas cosas, o quizá les habían sido negadas, y debían trabajar fatigosamente en sus cabanas y en sus campos, y ver como sus manos se llenaban de callos, mientras Seace y Mielwis atraían frutos de helado zumo como por arte de magia de agujeros en las paredes junto a sus camas. Oh, bien. Era su problema.

-De todos modos, es un buen trozo de cerámica-dijo.

-Oh, en realidad no-dijo Nasive-. Venga y mire.

Abrió camino hacia una puerta en la pared que daba al exterior, y salieron a un jardín. Cuatro o cinco de los niños estaban haciendo acrobacias sobre el césped, y había otro subido a un árbol. Al ver a Nasive gritaron, arrullaron, se precipitaron hacia él; sin dejar de hablar, Nasive le revolvió el pelo a uno, le hizo dar una voltereta a otro, respondió a un tercero con un guiño y una palmada.

Charlie Johns vio la estatua.

Charlie pensó: ¿podía uno llamarle a aquello una Madonna con un niño?

La figura adulta, envuelta en un material muy fino que parecía ser lino, estaba de rodillas, mirando hacia arriba. La figura del niño estaba de pie, mirando también hacia arriba, con una expresión trascendente, casi estática, en el rostro. El niño estaba desnudo, los tonos de su piel habían sido reproducidos a la perfección, al igual que los del adulto, cuyo atuendo resplandecía con todos los colores posibles de un fuego de leña.

Los dos detalles más notables de aquella escultura eran, primero, que la figura del adulto tenía un metro de alto, y la del niño *¡casicuatro metros!;* segundo, que todo el grupo era una monstruosa pieza única de terracota perfectamente esmaltada e impecablemente horneada.

Charlie tuvo que pedirle a Nasive que repitiera lo que acababa de decir acerca de los hornos, ya que no lo había escuchado, hundido en su asombro ante la belleza de aquella obra de arte, su acabado, pero sobre todo su simbolismo. El pequeño adulto arrodillado como en adoración ante el gigantesco niño, con su extasiado rostro clavado en la enorme figura erguida; y el niño, también en éxtasis, ignorante del adulto y como aspirando a algo más elevado... algo superior a él.

-Decía que *ese* horno no me es posible mostrárselo-repitió Nasive.

Charlie, aún fascinado, examinó el admirable trabajo, preguntándose si habría sido metido en el horno a piezas y luego erigido. Pero no; el esmalte no presentaba ninguna juntura, ninguna línea de unión de la cabeza a los pies. ¡Incluso la base, representando una gran masa de flores de múltiples colores, con gran número de pétalos, era de terracota esmaltada!

¡Bien! ¡Aquello significaba que también allí utilizaban el mágico campo-A después de todo!

-Fue esculpida exactamente aquí, donde se halla ahora-dijo Nasive-, y horneada aquí también. Casi toda la hicimos Grocid y yo, excepto las flores; los niños hicieron las

Librodot

flores. Más de doscientos niños tamizaron toda esa arcilla, y la trabajaron de modo que no se resquebrajara en el fuego.

-Oh... y construyeron el horno alrededor de ella.

-Construimos tres hornos alrededor de ella... uno para secarla, que desmontamos después para poder pintarla; otro para cocer los barnices de color, que desmontamos después para darle la última capa de esmalte; y otro para la cocción final.

-Qué también desmontaron y tiraron.

-No lo tiramos. Utilizamos los ladrillos para el nuevo suelo del taller. Pero aunque lo hubiéramos tirado... había valido la pena.

-Sí, valió la pena-dijo Charlie-. Nasive... ¿qué *es* esto? ¿Qué significa?

-Lo llamamos El Creador-dijo Nasive. (En su lenguaje, aquello significaba que era *creador,* y también *aquel que realiza. El Hacedor).*

El adulto adorando al niño. El niño en adoración hacia algo... distinto. ¿"El Creador"?

-El padre crea al hijo. El hijo crea al padre.

—¿El hijo que?

Nasive se echó a reír, aquel tipo de risa pleno, espontáneo, no "dirigido a", que surgía tan fácilmente entre aquella gente.

-Vamos, ¿quién podría convertirse en padre sin la ayuda de un niño?

Charlie rió con él, pero mientras se alejaban, miró hacia atrás por encima del hombro a la resplandeciente terracota, y supo que Nasive podía haber dicho más. Y por supuesto Nasive pareció darse cuenta de ello, y de sus sentimientos al respecto, pues tocó a Charlie en el codo y dijo suavemente:

-Venga. Creo que, más tarde, lo comprenderá usted mejor.

Charlie se arrancó de aquel lugar, pero sus ojos estaban repletos de aquella exquisita y devota pareja que resplandecía en el jardín. Mientras cruzaban el taller, Charlie se preguntó a sí mismo por qué el niño sería más grande que el padre.

... Y supo que lo había preguntado en voz alta cuando Nasive, penetrando en la sala de estar, y agarrando como por azar al mismo chico que se les había acercado antes, y como antes, levantándole en brazos, haciéndole dar una voltereta y golpeando suavemente su cabecita contra el suelo hasta que el niño hipó de risa, djjo:

-Pero... los niños lo son, ya sabe.

Bueno... en su lenguaje, como en inglés, "grande" podía interpretarse tanto en sentido físico como espiritual... oh, pensaría en aquello más tarde. Con ojos brillantes, miró a los rostros en la habitación, y entonces sintió una auténtica punzada de pesar. Uno no debía ver una cosa así, y luego no tener a nadie a quien mostrársela.

Philos comprendió y dijo:

-Ha visto tu estatua, Grocid. Charlie Johns, gracias.

Charlie se sintió enormemente emocionado pero, incapaz de ver sus propios ojos brillantes, durante todo el resto de su vida no consiguió saber el por qué de aquel agradecimiento.

El Bruto avanza ominosamente, el paso bamboleante, los hombros encajados, acercándose a la cama donde Ella se acurruca intentando cubrirse con su negligé.

-¡No me hagas daño!-grita ella con acento italiano, mientras la cámara avanza como si fuera el bamboleo del Bruto, convirtiéndose en el propio Bruto. Y todos los insectos de carne y sangre que están dentro de los escarabajos de acero y cromo alineados frente a la gargantuesca pantalla del autocine parpadean y laten al mismo ritmo de la sangre en su carne. El aire teñido de neón alrededor de las máquinas de palomitas de maíz está henchido de ello; los apagados faros, hilera tras hilera, permanecen desorbitados ante ello.

Cuando la cámara se ha acercado lo suficiente para hacerlo posible, tras una breve pausa delectante entre los senos de la mujer, que la negligé exhibe hasta las areolas, la enorme mano del Bruto aparece por un ángulo de la cámara, golpea fuertemente la marfileña mejilla (la martilleante música golpea también al mismo tiempo), y vuelve a desaparecer por el mismo ángulo de la pantalla, mientras se oye el sonido de la seda rasgándose. El rostro de ella, aún en primer plano, catorce metros y cuarenta y tres centímetros desde el revuelto cabello hasta el hoyuelo de la barbilla retrocede de la cámara o del Bruto y se aprieta contra la almohada de satén, mientras la oscura sombra de la cabeza del Bruto empieza a cubrirlo, con la misma implacable precisión del técnico de sonido manejando sus controles de volumen.

—¡No me hagas daño! ¡No me hagas daño!

Herb Raile, tras el volante de su automóvil, termina dándose cuenta finalmente de un rítmico forcejeo procedente de la parte de atrás. Mientras que Karen se ha dormido rápidamente en el asiento trasero, Davy, que a esas horas suele estar roncando con placidez, permanece estrepitosamente despierto. Jeanette lo mantiene sujeto con una llave bajo el sobaco y tras la nuca, mientras con la otra mano intenta taparle los ojos. Davy intenta levantarse utilizando el brazo de su madre como una barra horizontal, y ambos, pese a y durante el ejercicio, miran ávidamente a la pantalla.

Herb Raile, sin dejar de observar atentamente la pantalla mientras analiza toda aquella actividad, dice sin girar la cabeza:

-¿Qué *ocurre?*

-Nada que un *niño* deba ver-susurra ella. Parece como si le faltara el aliento, no se sabe si debido a uno u otro estímulo.

-*¡No me hagas daño!*-grita destrozando los tímpanos la Bella de la pantalla, y luego su rostro se hunde en el espasmo y cierra los ojos-: Ah-h-h-h-h...-gime-... hazme daño. Hazme daño. Hazme daño. Hazme daño.

Librodot

Davy consigue librarse de la mano cegadora.

-¡Quiero *ver!*

-Tú harás lo que te mandan, o...-ladra Herb imperativamente, sin apartar los ojos de la pantalla. Davy muerde furiosamente el antebrazo de su madre. La Bella lanza un gritito y dice:

-¡Hazme daño!

Luego, en no menos de veintitrés metros de altura en una relación de tres y un cuarto por uno de anchura de superpolícromo film y estruendoso sonido, la pantalla explica rápida y sucintamente que, debido a un malentendido anterior, la Bella y el Bruto han estado en realidad verdadera y efectivamente casados durante todo el tiempo, y cuando la Bella cae sumida en la pasión y con su inglés con acento italiano le explica al Bruto que el claro origen de sus excesos es la legalidad de su amor, la pantalla se disuelve en un destello de luz y en un esplendor de trompetas, dejando a los espectadores agotados y parpadeantes en el aquí y ahora.

-No debiste dejar que viera todo eso-dice Herb acusad oramente.

-Lo intenté, pero no pude hacer nada. Me mordió.

Hay un interludio en el que Davy parece empezar a comprender que ha hecho algo merecedor de un castigo; no necesita saber de *qué* se trata, pero sí sabe cual es el remedio; estalla en sollozos, y es inmediatamente confortado con un polo de fresa. El polo, inicialmente ensartado en un palito, presenta pronto también un problema; tras un momento de expectación empieza a deslizarse por los calientes dedos del niño y a gotear sobre sus pantalones. Herb resuelve el problema tomándolo y metiéndoselo entero en la boca, lo cual hace que empiece a picotearle el puente de su nariz, y Davy tenga la sensación de haber sido robado. Pero finalmente nada de aquello llega a constituir una crisis, puesto que las luces vuelven a apagarse y la pantalla se ilumina de nuevo para la segunda película.

—Por fin algo adecuado para Davy-dice Herb tras unos instantes-. Me pregunto por qué no pasarán el western primero y ahorrarán el que nuestros lujos vean ya sabes qué.

—Siéntate en mis rodillas, amor-dice Jeanette-. ¿Lo ves bien así?

Davy lo ve perfectamente: la lucha en el borde del despeñadero, el cuerpo que cae, el viejo yaciendo con los miembros rotos abajo, el malvado vaquero inclinándose sobre él, el borbotón de brillante sangre roja escapando de la boca del viejo: "Soy... Chuck... Chuck Fritch... ¡ayúdame!"; el malvado vaquero riéndose: "Así que eres Chuck Fritch, ¿eh?; ¡eso es todo lo que quería saber!"; la forma en que saca su 45, el rugir de los disparos, el retorcerse del cuerpo del viejo a medida que encaja los impactos y su agónico gruñir, la sonrisa del malvado vaquero y el rictus de su rostro mientras aplasta con el tacón de su bota-fuera del campo de la cámara, por supuesto-el rostro del viejo, y luego-ya dentro del campo, por supuesto-patea el cuerpo el resto del camino hasta acabar de despeñarlo hacia el fondo del cañón.

Flashback a una sucia calle del oeste con aceras de madera. Herb dice pensativamente:

-Sí, mañana les llamaré, eso es lo que haré. Les preguntaré por qué demonios no proyectan el western en primer lugar.

Fueron a la casa de Wombew, cuyo patio delantero estaba rodeado por una fuerte e intrincada labor de cestería, que esencialmente no era más que varas clavadas en el suelo y enredaderas trepando alrededor; Wombew, un adulto joven con nariz de halcón, mostró a Charlie que no se trataba tan sólo de una valla, sino que estaba integrada a la casa, puesto que las paredes también estaban construidas del mismo modo, y luego recubiertas con un barro de arcilla de los alrededores-la eterna construcción de cañas y barro-que cuando se secaba era revestida con una especie de cal que no era blanca sino violeta. El techo era de paja y estaba plantado con una densa capa del césped que podía hallarse por todas partes en Ledom. La casa era encantadora, especialmente en su planificación interior, porque las casas de cañas y barro no precisan de ningún compromiso con puntales y vigas, y cuanto más curvadas son las paredes, más estables resultan, del mismo modo que una hoja de papel en curva puede ser sostenida de pie sobre su borde. Grocid y Nasive y sus niños entraron con él, y ayudaron a mostrar los tesoros de Wombew a Charlie.

Luego fueron a la casa de Aborp, que había sido construida de tierra apisonada: se había construido un encofrado de madera, y la tierra mojada había sido echada en su interior y compactada a mano con la ayuda del extremo de un pesado madero manejado por cuatro fuertes ledom situados de pie en lo alto del encofrado. Una vez secada la tierra, el encofrado podía ser retirado. Como el edificio de cañas y barro, éste podía ser diseñado también de forma muy flexible. Grocid y Nasive y sus niños y los niños de Womweb y el propio Wombew fueron con él.

Y luego fueron a la casa de Obtre, que estaba hecha de bloques de piedra y construida en módulos cuadrados. Cada módulo tenía un techo en forma de domo, que había sido erigido con gran simplicidad. Se llenaban las cuatro paredes hasta arriba con tierra, dándole al domo la forma que se deseaba, y se recubría con yeso hasta formar una capa de unos treinta centímetros de espesor. Una vez afirmado el yeso, se vaciaba toda la tierra. Se decía que este tipo de casa, con este techo, se mantendría en pie mil años. Obtre y los niños de Obtre se unieron a su recorrido.

Edec tenía una casa de troncos con techo de musgo, Viomor vivía directamente en el interior de una colina, parcialmente apuntalada y recubierta con madera pulida a mano, parcialmente excavada directamente en la roca. Piante tenía una casa de guijarros con un techo de césped, y todas las paredes estaban cubiertas con espléndidos tapices... colocados de tal modo que sus maravillosos dibujos y diseños podían ser leídos; y al final, Charlie vio el telar donde habían sido hechos a mano todos aquellos tapices, y durante un rato observó como Piante y su compañero trabajaban en el telar, mientras dos niños pequeños manejaban la lanzadera. Y los niños de Piante y el propio Piante se unieron a ellos, y también su compañero, como lo habían hecho ya las familias de Viomor y Edec; y mientras cruzaban las áreas parecidas a parques, gentes con brillantes atuendos, niños despeinados por el viento y adolescentes de largas piernas surgieron de los campos y las plantaciones, dejando

Librodot

azadas y zapapicos, depositando cuchillos y machetes en los márgenes, y acudiendo a reunirse con ellos.

A medida que aumentaba la multitud, aumentaba también la música. Nunca era más fuerte; simplemente, era más amplia.

Y así, finalmente, visitando y aumentando su número de visita en visita, la multitud, y Charlie Johns, llegó al lugar de culto.

Jeanette se deja caer, infeliz, en la pulcra cama de media tarde.

¿Qué es lo que me hace sentir así?

Acaba de echar a un vendedor de artículos para el hogar. Lo cual es correcto en sí mismo. Nadie pide a esos ansiosos testarudos que vengan a llamar a tu puerta sin correr los riesgos correspondientes. Nadie en su sano juicio está dispuesto a comprar algo que no desea, y en estos días uno tiene claramente metido en su cabeza todo lo que no desea ni está dispuesto a adquirir, ya que de otro modo terminan sangrándote.

No es eso; es la forma en que ha echado a ese hombre. Ha actuado así antes y sin lugar a dudas volverá a hacerlo otra vez, y eso es lo que la hace sentirse tan abominable.

¿Tenía que haber sido *tan* brusca?

¿Tenía que haberle lanzado aquella fría mirada, tenía que haberle dicho aquello tan desangelado, tenía que haberle cerrado la puerta en las narices? Nada de aquello es propio de *ella,* Jeanette no es así. Hubiera podido hacerlo actuando como Jeanette en vez de actuar como una burda parodia de película sobre lo dura que es la vida de un vendedor de puerta a puerta.

Seguro que hubiera podido hacerlo.

Se sienta en la cama. Quizás esta vez pueda pensar detenidamente en ello y no volver a hacerlo nunca más.

De hecho ha tenido que *vérselas* con vendedores indeseados, muchas,muchas veces,y se ha salido de tales situaciones sin dejar de ser Jeanette. Una sonrisa, una pequeña mentira, algo acerca de que el niño acaba de despertarse o creo que he oído el teléfono; fácil, y sin dañar a nadie. Mi marido acaba de comprar uno anteayer. Oh, me hubiera gustado que pasara por aquí la semana pasada; acabo de ganar uno en un concurso. ¿Quién puede llamar a una mentirosa por esto? Se van, y nadie se siente dolido.

Pero de pronto, una vez de tanto en tanto, como ésta de ahora, frunce sus labios y escupe hielo. Y como esta vez, se queda de pie junto a la puerta que acaba de cerrar casi violentamente y se muerde la larga uña coralina de su dedo pulgar, y luego va a mirar tras la cortina de la ventana que está al lado de la puerta, procurando no ser vista, teniendo buen cuidado de no tocarla o hacer que se mueva, y observa cómo el hombre se aleja; puede asegurar, por la forma en que anda por el sendero en dirección a la calle, que está dolido. Ella está dolida y él está dolido, ¿y a qué conduce todo

Librodot

aquello?

Se siente despreciable.

¿Por qué especialmente ese hombre? No era ofensivo. Al contrario. Un tipo más bien agradable con una buena sonrisa, dientes fuertes, traje bien cortado, y de los que no meten el pie en la puerta. La trató como a una dama que podía ser ayudada por lo que estaba vendiendo; estaba vendiendo aquello, y no a sí mismo.

Ya sabes, se dice a sí misma, si hubiera sido un auténtico desgraciado, un tipo de esos que te guiñan el ojo y adelantan la cabeza para mirar hasta lo más profundo de tu sostén y luego lanzan un silbido, te hubieras comportado gentilmente con él, y le hubieras comprado ese rápido, ligero e inútil cepillo.

Bueno, eso es, se dice a sí misma, aquí tienes la respuesta. Te gustaba; por eso lo trataste fríamente.

Se sienta al borde de la cama, enfrentándose con aquella idea, y luego cierra los ojos y deja que su imaginación juegue libremente, imaginando que él entra y la toca, imaginando que él está allí al lado con ella.

Y aquello no hace que suene ningún timbre. Realmente no. No es nada de eso lo que le gustaba del hombre.

-¿Cómo puede a una gustarle un hombre sin desearlo?-se pregunta en voz alta.

No hay respuesta. Con ella, es un artículo de fe. Si te gusta un hombre, es porque lo deseas. ¿Quién lo ha oído de otra manera?

La gente no va por ahí gustando a la gente a primera vista, *a menos que.* Y si ella no puede sentir que lo desea, se trata de uno de esos sucios trucos del subconsciente, que no le permite que se dé cuenta de ello.

Ella no quiere desear a otros tipos aparte Herb, pero debería. Por eso se comporta tan abominablemente.

Se deja caer hacia atrás en la cama y se dice que deberían colgarla de los pulgares. Se siente asqueada de sí misma.

La fiesta era en una montaña... al menos era la colina más alta de todas las que Charlie había visto. Cerca de un centenar de ledom estaban aguardando allí cuando Philos y Charlie y la enorme multitud llegaron. En un bosquecíllo de árboles de oscuras hojas, sobre el césped irreprochable, había sido dispuesta comida, a la manera hawaiana, en bandejas hechas de hojas frescas y hierba trenzada. Ningún especialista floral japone's hizo nunca un trabajo tan logrado como el que conseguía aquella talentosa gente con su comida. Cada bandeja o cesto era una auténtica creación en color

Librodot

y forma, contraste y armonía; y los aromas eran sinfónicos.

—Sírvase usted mismo-sonrió Philos.

Charlie miró aturdido alrededor de sí. Los ledom estaban llegando de todas direcciones, deslizándose entre los árboles, saludándose entre sí con alegres gritos. Había frecuentes abrazos y besos.

—¿Deque?

-De cualquier cosa. Todo es para todo el mundo.

Atravesaron la moviente multitud y fueron a sentarse bajo un árbol. Ante ellos había apetitosos montones de comida, apilados en pequeñas porciones individuales tan maravillosamente dispuestas que hasta que Philos alcanzó una, destruyendo la simetría, Charlie no se atrevió a empezar.

Un muchacho, casi un niño, vino hacia ellos con una bandeja en equilibrio sobre su cabeza, con media docena de cubiletes aparentemente diseñados para ser transportados de ese modo: conos truncados con la base más ancha que el borde. Philos le hizo una seña con la mano y el muchacho se apresuró hacia ellos; Philos tomó dos cubiletes y besó al niño, que rió y se fue bailando. Charlie tomó un cubilete y dio un sorbo; era como zumo de manzana frío con un regusto a melocotón. Empezó a comer con entusiasmo. La comida sabía tan buena como lucía a la vista... y ésta era una afirmación absoluta.

Cuando fue capaz de frenar su pauta de engullir nueva comida lo suficiente como para echar de nuevo una mirada alrededor, descubrió que el lugar latía con una agradable tensión; quizás era la música que permanecía constantemente suspendida sobre la gente lo que provocaba aquella sensación, manteniéndose en un amplio susurro que era un prolongado acorde, surgiendo a través de una pulsación que parecía hacerse más regular momento a momento. Una cosa que impresionó a Charlie fue el hecho de que la mayor parte de la gente parecía estar alimentando a los demás antes que a sí misma. Hizo una pregunta al respecto.

-Simplemente están compartiendo. Si experimenta algo especialmente bueno, ¿no siente la necesidad de compartirlo con alguien?

Charlie recordó su extraño sentimiento de frustración cuando se dio cuenta de que no tenía a nadie a quien mostrarle la gran estatua de terracota, y djjo:

-Yo... creo que sí.-Miró bruscamente a su compañero.-Bueno... no es mi intención mantenerle alejado de... esto... Puede unirse a sus compañeros si lo desea.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Philos.

-Eso es muy amable por su parte-dijo cálidamente-. Pero yo... no lo haría de todos modos. No ahora precisamente.-(¿Había un ligero asomo de color en su cuello y mejillas? ¿Y qué era? ¿Irritación? Charlie se dio cuenta repentinamente de que no sentía ningún deseo de averiguarlo).

-Mucha gente-comentó, al cabo de un rato.

-Todos están aquí.

Librodot

-¿Cuál es el motivo?

-Si no le importa, me gustaría que me dijera lo que cree usted, cuando haya terminado todo.

—Muy bien...-dijo Charlie, desconcertado.

Callaron, escuchando. La múltiple música de la gente se fue haciendo más y más suave, descendiendo a series de acordes cada vez más correlacionados. Se deslizó lentamente hasta un extraño staccato, y mirando hacia ellos Charlie vio que algunos se estaban golpeando suavemente, y a veces a algunos de sus compañeros, en la base de la garganta. Aquello daba a sus voces una extraña pulsación, que finalmente se convirtió en un ritmo bien definido, rápido pero discernible. Parecía un batir con base ocho, con un ligero énfasis en el primero y cuarto. Sobre él destacaba una lenta melodía en cuatro tonos que giraba, giraba, giraba... todo el mundo parecía agazaparse, inclinarse un poco hacia adelante, tensarse...

Y de pronto sonó, fuerte y clara, una poderosa voz de soprano, una auténtica cascada de notas, brotando hacia arriba como un contorsionante fuego de artificio desde el zumbido de la melodía en bajo, y volviendo a caer luego. Fue repetida desde lejos, o por una pequeña voz más cerca; era imposible decirlo. Dos tenores, en un tercer aparte surgido mágicamente, repitieron la explosión de notas en un armónico, y cuando cayó y se desvaneció, otra potente voz, la de un ledo ni vestido de azul sentado cerca de Charlie, lo capturo y lo lanzó de nuevo hacia el cielo, esta vez despojándolo de todos sus accidentes y notas de adorno y todos sus *glhsandi,* devolviéndole su forma más pura, seis claras notas. Hubo un excitado susurro generalizado, como de apreciación, y media docena de dispersas voces repitieron el tema de seis notas al unísono, y luego lo repitieron de nuevo. En la segunda de las seis notas, alguien más se sintió inspirado para empezar de nuevo el tema precisamente entonces; se convirtió en algo parecido a una fuga, y voz tras voz lo retomaron; subió y bajó, subió y bajó, inter-conectándose y haciéndose más complejo y conmovedor. Y durante todo aquel tiempo el susurro en voz de bajo, con su irregular ritmo causado por el golpear en las gargantas, se mantuvo por debajo de la música, aumentando en intensidad y luego descendiendo a un suspiro, aumentando de nuevo y después volviendo a disminuir. Luego, con un movimiento tan explosivo como aquella primera voz de soprano, una figura desnuda surgió girando sobre sí misma y avanzó hacia ellos, apareciendo y desapareciendo entre los troncos de los árboles y la gente: girando tan aprisa que los contornos de su cuerpo eran imprecisos, pero evitando con pie firme todos los obstáculos. El girante ledom saltó directamente delante de Philos, y entró de nuevo en contacto con el suelo de rodillas, rostro y brazos inclinados hacia el elástico césped. Apareció otro girando, luego otro; muy pronto el oscuro bosque cobraba vida y movimiento con el girar de los brillantes atuendos y tocados que llevaban algunos, mezclándose con el destellar de los cuerpos y miembros desnudos. Charlie vio a Philos saltar en pie; para su sorpresa se descubrió a sí mismo poniéndose en pie, inclinándose, azotado por la cada vez más intensa corriente de sonido y movimiento. Necesitó un auténtico esfuerzo para no lanzarse allí dentro como en un mar. Finalmente retrocedió y se aferró al tronco de un árbol, jadeando; porque sintió un incontenible temor a no poder controlar sus no entrenados pies bajo la presión de todos los demás: de ser tan incapaz de ello como eran incapaces sus oídos de captar todo lo que flotaba en el aire alrededor de él, como eran incapaces sus asombrados ojos de absorber el espectáculo extraordinario de aquellos cuerpos.

Se convirtieron, para el, en una serie fragmentaria de imágenes parciales pero claramente enfocadas; el rápido giro de un torso; el tenso y extático erguirse de una cabeza cegada por la fiebre, con el sedoso pelo cayendo por el rostro y el cuerpo temblando; el agudo grito de un niño pequeño en trance, corriendo con precisión por entre los danzarines, los brazos abiertos y los ojos cerrados, hasta que los frenéticos participantes, sin darse aparentemente cuenta de ello, lo cogían en volandas y lo iban pasando por encima de cabeza en cabeza, hasta que un danzarín cogía al niño y lo *tiraba,* y era recogido por otro más lejos y volvía a repetirse el proceso, hasta que finalmente era dejado suavemente fuera del límite de los danzarines. En un momento determinado del que ni siquiera se dio cuenta, el zumbido bajo se convirtió en un rugido, y el ritmo, en vez de ser el resultado del suave golpeteo de las faringes, se transformó en un salvaje batir, furiosos puñetazos contra tórax y abdomen.

Charlie estaba gritando...

Philos había desaparecido...

Una oleada de *algo* estaba siendo generada en aquel bosquecillo, y estaba siendo puesta en libertad; la podía sentir crecer y dispersarse; era tan tangible como la radiación de la puerta abierta de un horno, pero no era calor. No era nada que hubiera experimentado nunca antes, o imaginado, o sentido... excepto quizá por sí mismo... oh, nunca por sí mismo; había sido con Laura. No era sexo; pero algo de lo cual el sexo es tan sólo una expresión. Y en aquel punto culminante, el armonioso tumulto cambió de naturaleza, aunque no en calidad; la entremezclada carne de los ledom se convirtió en una especie de molde rodeando a los niños-tantos, tantos niños-que de algún modo se habían reunido formando un grupo compacto; permanecían de pie, orgullosos, incluso los más pequeños, orgullosos y sagaces y profundamente felices, mientras que a todo su alrededor los ledom los adoraban, y cantaban.

No cantaban sobre los niños. No cantaban para los niños. No podía expresarse de otro modo excepto así: cantaban a los niños.

Smitty ha salido a charlar un rato por encima de la verja trasera-en realidad es un pequeño muro de piedra-con Herb. Ocurre que Smitty está furioso y fuera de sí con Tillie sobre algo que en realidad no tiene la menor importancia. Herb ha permanecido sentado en una tumbona bajo un parasol rojo y blanco con el periódico de la tarde, y también está furioso, pero no tan fuera de sí y bastante más impersonalmente. El Congreso no sólo ha aprobado una ley particularmente estúpida, sino que ha reforzado su particular estupidez haciéndolo por encima de un veto presidencial. Viendo a Smitty, arroja el periódico y se dirige a largas zancadas hacia el muro bajo de separación.

—¿Cómo es posible-dice, dándole puramente el significado de una observación preliminar-que el mundo esté lleno de sucios hijos de puta?

-Es fácil-es la hosca e instantánea respuesta-. Cada uno de ellos ha nacido saliendo por la piarte más sucia de una mujer.

Aunque en Ledom nunca se hacía de noche, todo parecía más oscuro cuando la mayor parte de la gente se hubo ido. Charlie se sentó en el fresco musgo verde, con sus manos apoyadas sobre sus rodillas y la espalda contra un olivo, e inclinó la cabeza de modo que sus mejillas descansaran contra el dorso de sus manos. Sintió sus mejillas correosas por las incontables lágrimas que había derramado. Finalmente levantó la cabeza y miró a Philos, que aguardaba pacientemente al lado de él.

Philos, como para asegurarse de no decir una palabra que pudiera estropear algo para su huésped, le dirigió una suave sonrisa y un gesto de sus extrañas cejas.

-¿Ha terminado?-preguntó Charlie.

Philos se apoyó contra el árbol, y con un movimiento de su cabeza indicó a un grupo de ledom, tres adultos y media docena de niños, al otro extremo del bosqueci-llo, que se dedicaban alegremente a recogerlo todo. Sobre ellos, como un invisible enjambre de mágicas abejas, flotaba una nube de música, en aquel momento tríadas, en tercer tono menor, aleteando hacia arriba en formación, flotando, desvaneciéndose, aleteando de nuevo hacia arriba.

—Nunca termina-dijo Philos.

Charlie pensó en aquello, y en la estatua llamada *El Creador, y* en todo lo que se había atrevido a pensar sobre lo ocurrido en el bosquecillo, y en el sonido que permanecía flotando encima de las cabezas de aquella gente, fueran donde fuesen.

-¿Desea preguntarme de nuevo qué lugar es éste?-preguntó Philos suavemente.

Charlie agitó la cabeza y se puso en pie.

-Creo que lo sé-dijo.

-Venga, entonces-djjo Philos.

Echaron a andar hacia los campos, y por y a través de los campos y cabanas, de vuelta hacia los Edificios, y hablaron:

-¿Por qué veneran a los niños?

Philos se echó a reír. Era casi todo placer.

—En primer lugar, supongo que es a causa de la religión... y para evitar discusiones definiré la religión en relación a su finalidad como la experiencia suprarracional o mística, y ello debido a que la religión parece ser una necesidad para las especies... pero parece ser también que la experiencia no es posible sin un objetivo. No hay nada más trágico que una persona o una cultura que, sintiendo la necesidad de adorar, no tenga ningún objeto hacia el que dirigir su adoración.

-Para no discutir, como dice usted, aceptaré eso-djjo Charlie, conciente de lo extraño que sonaba aquello en ledom. La palabra para "aceptar" era "interpe-netrar"... como una derivación de "intercambiar"; pero, sorprendentemente, quizá por las

Librodot

resonancias de aquel lugar, su significado quedó claro-. ¿Pero por qué los niños?

-Nosotros adoramos el futuro, no el pasado. Adoramos lo que ha de venir, no lo que ya ha llegado. Aspiramos a las consecuencias de nuestros propios actos. Mantenemos ante nosotros la imagen de lo que es maleable y está creciendo... de lo que podemos mejorar. Adoramos ese auténtico poder en nosotros mismos, y el sentido de responsabilidad que vive en él. Un niño es todas esas cosas. Y también...-se detuvo.

-Adelante.

-Se trata de algo que para comprenderlo necesitará usted un buen ajuste, Charlie. No creo que pueda.

-Intentémoslo.

Philos se alzó de hombros.

-Usted lo ha pedido: adoramos a los niños porque es inconcebible que alguna vez les obedezcamos.

Caminaron en silencio durante largo tiempo.

-¿Qué hay de malo en obedecer al Dios que uno adora?

—En teoría no hay nada malo, supongo, especialmente cuando junto con la obediencia surge la creencia en algo vivo... es decir, en un Dios contemporáneo y en cierto modo comprensible.-Philos hizo una pausa, eligiendo las palabras.-Pero en la práctica, la mayoría de las veces la mano de Dios en los asuntos humanos es una mano muerta. Sus dictados se hallan formulados en las interpretaciones de los Antiguos, de una forma u otra... gentes ancladas en el pasado, con sus recuerdos deteriorados, sus ojos cegados, y todo el amor desecado en ellos.-Miró a Charlie, y sus oscuros y extraños ojos estaban llenos de compasión.-¿No ha sido capaz aún de ver que la auténtica esencia de los ledom es... la transición?

-¿Transición?

-Movimiento, crecimiento, cambio, catabolismo. ¿Puede existir la música sin transición, sin progresión, o poesía; puede usted pronunciar una palabra y llamarla un ritmo sin añadirle más palabras? ¿Puede existir la vida...? En fin, la transición es una definición muy ajustada para la vida. Cualquier ente vivo cambia a cada momento y a cada porción de cada parte de un momento; incluso cuando enferma, incluso cuando se descompone, cambia, y cuando deja de cambiar es... oh, puede ser muchas cosas; un madero, como los restos de un árbol muerto; comida, como un fruto muerto; pero ya no es más vida... Se supone que la arquitectura de una cultura expresa su estado mental, si no su verdadera fe; ¿qué le dicen las formas de El Médico y El Científico?

Charlie dejó escapar una risita; era la risa de la intranquilidad, del azoramiento.

*-¡Trooonco va!-*gritó, en una torpe imitación, en inglés. Luego explicó-: Eso era lo que acostumbraban a gritar los madereros cuando terminaban de aserrar un árbol y éste estaba a punto de caer: ¡apartaos del camino! Philos rió apreciativamente y sin resentimiento.-¿Ha visto usted nunca la foto de un hombre corriendo? ¿O incluso andando? Está desequilibrado, o lo estaría si estuviera tan inmóvil como aparece en la foto. Difícilmente podría correr o andar si no estuviera desequilibrado. Así es

como avanza usted de un lugar a otro lugar... empezando, una y otra y otra vez, a caer.

-Y finalmente uno termina por descubrir que está siendo sostenido constantemente por unas muletas invisibles.

Philos parpadeó.

-Todos los símbolos son así, Charlie.

De nuevo Charlie se vio obligado a reír.

-Sólo tenemos a un Philos-dijo, sin darse cuenta de que estaba imitando a alguien. Y de nuevo vio a Philos enrojecer sombríamente. La ira-incluso la más suave irritación-era algo tan raro allí que cuando se producía era más chocante que una blasfemia-. ¿Qué ocurre? ¿He dicho...?

-¿Quién dijo eso? Mielwis, ¿no?-Philos le lanzó una aguda mirada, y leyó la respuesta en el rostro de Charlie. Aparentemente, leyó también la necesidad de cesar en su ira, ya que con un obvio esfuerzo la echó a un lado y argumentó:-No crea que ha dicho nada equivocado, Charlie. En absoluto. Mielwis...-dejó escapar un profundo suspiro-. Mielwis se dedica ocasionalmente a hacer chistes privados.-Bruscamente, y con una evidente deliberación, cambiando de tema, preguntó.-Pero acerca de la arquitectura... ¿por qué no ha argumentado el concepto del desequilibrio dinámico con eso?-tendió una mano para señalar las cabanas... barro y cañas, tierra apisonada, troncos y yeso y piedra y tablones aserrados.

-No hay nada tambaleante en eso-admitió Charlie, asintiendo con la cabeza en dirección a una de las cabanas junto a la cual pasaban... una de módulos cúbicos con los techos de yeso en forma de domo sobre cada cuadrado.

-Así que no son símbolos. O no en el mismo sentido en que lo son los Edificios grandes. Son los resultados concretos de nuestra profunda convicción de que los ledom nunca se separarán de la tierra... y eso lo entiendo en el sentido más amplio posible. Las civilizaciones poseen una forma perniciosa de educar clases enteras e incluso generaciones de personas que viven extirpadas, dos, diez, cincuenta veces extirpadas, de las técnicas manuales. Los hombres pueden nacer, vivir y morir, y nunca haber movido una paletada de tierra, o haber aserrado un madero, o tejido una tela, o ni siquiera haber visto una pala, una sierra o un telar. ¿No es así, Charlie? ¿No era así con usted?

Charlie asintió pensativamente. El mismo había tenido aquellos pensamientos... los había tenido realmente un día cuando, habiendo sido educado en la ciudad, fue contratado para la recolección de la alubia, tras haber visto el anuncio en un periódico y haber acudido pues necesitaba dinero. Lo había odiado, viviendo en barracones con un sucio grupo de desechos humanos y trabajando cada día agachándose, inclinándose, calcinándose y sudando en un trabajo para el que no estaba entrenado y para el cual-incluso en algo tan sencillo como recolectar alubias-no tenía el menor talento. Sin embargo, se había dicho, mientras comía una de aquellas alubias, que por primera vez estaba arrancando de las entrañas de la tierra algo que ella había hecho crecer y madurar y que podía sustentarle a él. Apoyó sus dos manos desnudas sobre la desnuda tierra, y entre él y ella no existía ningún complejo de intercambios, estatus, sustituciones o intrincados sistemas de leyes y regulaciones de tráfico entre bienes y servicios. Y desde entonces, aquel pensamiento había vuelto a él

Librodot

cada vez que se daba cuenta de que la íntima y fundamental misión de llenar su estómago era asumida por trabajos tales como emborronar papeles, rascar y limpiar cacharros en un restaurante, manejar los controles de un bulldozer o pulsar los botones de una calculadora.

-Tales hombres poseen un valor de supervivencia extremadamente limitado-estaba diciendo Philos-. Se han adaptado a su entorno, como deben hacer todas las criaturas para sobrevivir... pero ese entorno es una enorme y complicada máquina; hay muy pocas posibilidades de realizar algo tan básico como el simple hecho de arrancar una fruta o descubrir y cocinar la hierba adecuada. Sí la máquina resultara destruida, o simplemente alguna parte de ella, pequeña pero importante, dejara de funcionar, todos los que se hallan encadenados a ella se encontrarían completamente indefensos en el corto lapso de tiempo que tardara su estómago en vaciarse. *Todos* los ledom, sean cuales sean sus talentos y su especialidad, poseen un conocimiento práctico de la agricultura y la construcción básica, del tejido y de la cocina, de cómo deshacerse de las basuras, y de hacer fuego y encontrar agua. Tenga talento o no, y nadie es talentoso en todo, una persona sin ninguna habilidad especial pero con un conocimiento práctico de las necesidades básicas está mucho mejor preparada para sobrevivir que un hombre que, digamos, puede controlar una prensa para metales mejor que nadie en el mundo pero desconoce completamente cómo construirse un techo o sembrar maíz o cavar una letrina.

—Oh-dijo Charlie, para quien aquello era una revelación.

—¿Qué ocurre?

-Estoy empezando a ver algo aquí... No podía encajar toda esa vida pulsabotones en El Médico con toda esa cerámica hecha a mano. Creía que se trataba de un asunto de privilegios.

—¡Para aquellos que trabajan en los Edificios es un privilegio acudir a comer aquí!-(En realidad, la palabra "privilegio" no es correcta aquí; la tradujo como "favor" o "deleite")-. Los Edificios son ante todo lugares de trabajo, y los únicos lugares donde el trabajo es en ocasiones tan exacto y debe ser hecho con tal precisión que resulta eficiente ganar tiempo. Aquí afuera lo eficiente es emplear todo el tiempo posible; tenemos mucho. No dormimos, y no importa lo cuidadosamente que uno construya o cultive, siempre llega un momento en que el trabajo termina.

—¿Cuánto tiempo pasan los niños en la escuela?-La escuela... oh. Oh, entiendo lo que quiere decir. No, aquí no tenemos escuelas.

-¿No tienen escuelas? Oh, eso es suficiente para la gente que tan sólo desea saber cómo plantar y construir una casa para sí mismo, pero... ¿es eso lo que quiere decir? ¿Qué ocurre con sus tecnólogos? Ustedes no viven eternamente, ¿verdad? ¿Qué ocurre cuando uno necesita ser reemplazado? ¿Y qué hay de los libros... y de los manuscritos musicales... y... oh, todas las cosas que la gente aprende a leer y a escribir? Matemáticas, libros de consulta...

—No los necesitamos. Tenemos el cerebrostilo.

-Seace lo mencionó. No puedo decir que lo comprenda.

-Yo tampoco puedo decirlo-dijo Philos-. Pero puedo asegurarle que funciona.

Librodot

-Y lo utilizan para enseñar, en vez de las escuelas.

—No. Sí.

Charlie rió ante aquella respuesta.

Philos también rió. Dijo:

-No estaba tan confundido como ha parecido. El "no" iba dirigido a su afirmación de que utilizamos el cerebrostilo para enseñar. Nosotros no *enseñamos* a nuestros niños al estilo de los libros, implantamos el conocimiento en el cerebrostilo. Es rápido... se trata tan sólo de seleccionar el bloque de información adecuado y pulsar un botón. Las-(utilizó aquí un término técnico que significaba "las células de la memoria no utilizadas y disponibles")-y los canales sinápticos que conducen a ellas son localizados, y la información "impresa" en la mente en cosa de segundos... uno y medio, creo. Luego el bloque está listo para la próxima persona. Pero *enseñar,.,* bien, no hay ninguna enseñanza en esa información implantada, eso es algo que ha de hacer uno mismo, bien sea pensando conscientemente en ello, lo cual es mucho más rápido que leer, dicho sea de paso, mientras está trabajando en los campos, o durante una "pausa": ¿recuerda al ledom que vimos de pie solo justo antes de llegar a la casa de Grocid? Pero ni siquiera a ese proceso puede llamársele enseñanza. Enseñar es un arte que puede ser aprendido; cualquiera que lo intente, y todos nosotros lo intentamos, puede obtener una cierta competencia en enseñar; pero un *auténtico* maestro... debe tener un talento especial. Oh, tenemos en gran consideración a los maestros, y a la enseñanza en general. Enseñar es un aspecto del amor, ya sabe-añadió.

Charlie pensó en la fría, repelente, seca señorita Moran, y comprendió en una gran llamarada cálida. Pensó en Laura.

-Utilizamos el cerebrostilo-djjo Philos-del mismo modo que utilizamos el campo-A; no dependemos de él. Por lo tanto, no lo *necesitamos.* Aprendemos leyendo y escribiendo, y tenemos un gran número de libros; cualquier ledom que lo desee puede leerlos, aunque generalmente, si el libro no ha sido registrado, le pedimos que mientras lo lee se someta al cerebrostilo para tener así con él un nuevo bloque.

-Esos bloques... ¿pueden contener todo un libro?

Philos levantó sus dos pulgares, uno al lado del otro.

-Aproximadamente en ese espacio... Y sabemos cómo hacer papel y manufacturar libros, de modo que si alguna vez tuviéramos que hacerlo podríamos hacerlo. Debe comprender eso respecto a nosotros: nunca, nunca, seremos esclavos de nuestras comodidades.

-Eso es bueno-dijo Charlie, pensando en muchas, muchas cosas pasadas que no eran buenas; pensando en industrias enteras paralizadas cuando los operadores de los ascensores se declaraban en huelga en un enorme edificio de oficinas del centro de la ciudad, pensando en los aprietos del dueño de un apartamento durante un corte de energía eléctrica, sin agua, sin refrigeración, luces, radio, televisión; incapaz de cocinar, lavar o divertirse. Pero...-. Pese a todo-murmuró-, hay algo acerca de esto que no me gusta. Si pueden hacer todo esto, entonces pueden seleccionar un bloque e implantar con él todo un conjunto de creencias y lealtades; pueden conseguir un sistema de esclavitud que haga que cualquiera de los nuestros parezca un simple juego de niños.

Librodot

-¡No *podríamos!*-dijo Philos enérgicamente-. Ni nunca seríamos capaces aunque pudiéramos. No se ama, no se consigue el amor, ordenando o recluyendo, o mediante la traición y la mentira.

—¿Realmente?-preguntó Charlie.

-Las partes de la mente se hallan claramente definidas en la actualidad. El cerebrostilo es un instrumento de transferencia de información. La única forma en que uno podría implantar falsas doctrinas sería borrando simultáneamente todos los demás recuerdos además de todos los sentidos; porque puedo asegurarle que todo lo que el cerebrostilo introduzca en su mente está sujeto a revisión frente a todos sus demás conocimientos y experiencias. Aunque lo intentáramos, no podríamos enseñar inconsistencias.

-Entonces, ¿nunca retienen información?

Philos se echó a reír.

-Realmente está buscando todos los fallos posibles, ¿eh?

-Bien-dijo Charlie-, pero responda: ¿nunca retienen información?

La risa se cortó en seco. Philos dijo seriamente:

-Por supuesto que lo hacemos. Nunca le diríamos a un niño cómo preparar ácido nítrico. Nunca le contaríamos a un ledom cómo gritó su compañero al ser aplastado por una roca.

-Oh.-Caminaron en silencio durante un rato. Un ledom y su compañero...-Entonces, ¿ustedes se casan?

-Oh, sí. Ser amantes es una gran felicidad. Pero estar casados... es una felicidad a un nivel totalmente distinto. Es algo solemne entre nosotros, y nos lo tomamos muy seriamente. Ya conoce usted a Grocid y Nasive.

Una luz se encendió en la mente de Charlie.

-Visten del mismo modo.

-Todo lo hacen del mismo modo, y si no del mismo modo, sí conjuntamente. Sí, están casados.

-Entonces, ustedes... la gente... esto...

Philos le dio una palmada en el hombro.

-Sé sus preocupaciones en materia de sexo-dijo-. Vamos... pregúnteme. Está entre amigos.

—*No* estoy preocupado por eso!

Siguieron caminando, Charlie malhumoradamente,

Philos canturreando suavemente, de pronto en armonía con una lejana melodía que flotaba hacia ellos procedente de algunos niños en los campos. Oyéndola, el malhumor de Charlie desapareció bruscamente. Se dio cuenta de que aquellas cosas eran, después de todo, comparativas; los ledom estaban genuinamente menos preocupados con los asuntos sexuales que él, del mismo modo que él estaba menos preocupado que, digamos, un ama de casa victoriana, que nunca se referiría a las "patas" de un

Librodot

piano o a la forma de una guitarra, y que jamás colocaría un libro de un autor masculino en una estantería junto a otro de una autora femenina a menos que ambos autores estuvieran casados en la vida real.

Y estaba preparado para aceptar también la afirmación de Philos de que estaba entre amigos.

En un tono tan conversacional como le fue posible, preguntó:

-¿Qué ocurre con los niños?

-¿Con los niños?

-Supongamos que uno... esto... nace... y sus... eh... padres, no están casados.

-La mayoría de ellos nacen de ese modo.

-¿Y eso no constituye ninguna diferencia?

-No para el niño. Ni para el padre tampoco, al menos en lo que le concierne.

-Entonces, ¿cuál es la finalidad de casarse?

-La finalidad, Charlie, es que el conjunto siempre es mayor que la suma de sus partes.

—Oh.

-La mayor ocasión de expresión sexual es»un orgasmo mutuo, podríamos decir, ¿no?

—Sí-dijo Charlie, tan clínicamente como le fue posible.

—Y la procreación es una elevada expresión del amor.

—Oh, sí.

-Entonces, si un ledom y su compañero conciben mutuamente, y cada uno tiene gemelos, ¿no cree que eso puede ser una experiencia objetivamente trascendente?

-O-objetivamente-dijo Charlie con voz débil, agobiada. Situó la trascendencia en la parte de atrás de su mente, manteniéndola allí hasta que dejó de martillearle. Cuando lo consiguió, preguntó-: ¿Y respecto al otro tipo de sexo?

-¿Otro tipo?-Philos frunció el ceño, y aparentemente rebuscó en alguna especie de fichero mental-. Oh... se refiere usted al sexo expresivo normal.

-Supongo que sí.

-Bueno, se produce, eso es todo. Cualquier co'sa que sea una expresión de amor puede producirse aquí: sexo, o ayudar a montar un techo, o cantar.-Mirando al rostro de Charlie, asintió a su invisible fichero y añadió:-Creo que entiendo lo que lo mantiene perplejo. Viene usted de un lugar donde algunos actos y expresiones eran mirados con malos ojos... castigados incluso. ¿Es así?

-Creo que sí.

Librodot

-Entonces aparentemente eso es lo que usted desea saber: no hay oprobio conectado con nada de ello aquí. No está regulado de ninguna manera. Sólo puede producirse cuando es una expresión de afecto mutuo, y si no existe afecto mutuo, no se produce.

¿Y respecto a los jóvenes?

¿Qué respecto a los jóvenes?

-Quiero decir... los muchachos, ya sabe. Experimentando y todo eso.

Philos dejó escapar su fácil risa.

-Pregunta: ¿cuándo son lo suficientemente mayores para hacerlo? Respuesta: cuando son lo suficientemente mayores para hacerlo. En cuanto a la experimentación, ¿por qué experimentar con algo que es visto de una forma tan habitual como el saludarse con un beso?

Charlie tragó saliva. Lo puso también en la parte de atrás de su mente, pero siguió martilleando. Casi quejumbrosamente, dyo-

—Pero... ¿qué hay con los niños no deseados?

Philos se detuvo en seco, se giró, y se le quedó mirando, su oscuro rostro reflejaba una sucesión casi cómica de cambios: sorpresa, desconcierto, incredulidad, interrogación (¿Está bromeando? ¿Quiere decir lo que realmente ha dicho?); y al final, sobre todo lo demás, disculpa.

-Lo siento, Charlie. No creía que pudiera usted sorprenderme, pero lo ha hecho. Pensé que después de todas las investigaciones que he realizado estaba a salvo de ello, y debo confesar que nunca esperé estar aquí de pie en medio de Ledom intentando ajustar mi mente al concepto de un niño *no deseado.*

—Lo siento, Philos. No pretendía sorprender a nadie.

-Yo lo siento. Estoy impresionado por haberme dejado sorprender, y lamento haberlo demostrado.

Entonces, al otro lado de una plantación, Grocid les hizo señas, y Philos preguntó:

-¿Tiene usted sed?-y echaron a andar hacia la cabana blanca. Fue un alivio, por un tiempo, ser capaces de desviar su atención el uno del otro. Fue un alivio ser capaces de salir y contemplar de nuevo la estatua de terracota.

Herb permanece en pie a la luz de la luna contemplando a su hija. Se ha deslizado fuera de su cama y venido hasta aquí porque, en otras ocasiones, ha encontrado que era un buen lugar donde estar para su perturbada, confusa, dolida y desconcertada mente. No es fácil albergar sentimientos de violencia y desasosiego mientras, conteniendo el aliento, uno se

inclina para examinar de más cerca, a la luz de la luna, los cerrados párpados de un niño que duerme.

Su malestar ha empezado hace tres días, cuando su vecino Smith, con una amarga intrascendencia, hizo aquella observación por encima del muro medianero de atrás. La propia afirmación pareció, en aquel momento, difuminarse como un mal olor; habían charlado un poco de política, luego de otras cosas intrascendentes. Pero luego descubrió que se había llevado la observación de Smitty consigo; era como si Smitty, estando infectado por algún supurante divieso, hubiera sido capaz de transmitírselo a la carne de Herb.

Ahora está con él, y no consigue quitárselo de encima.

Los hombres han nacido saliendo por la parte más sucia de una mujer.

Herb disocia la observación de Smith, un hombre que tiene sus problemas propios y su trasfondo especial, sin ser completamente responsable de ninguno de ellos. Lo que preocupa a Herb Raile es algo mucho más amplio; se pregunta qué le ha ocurrido a la humanidad, desde que bajó por primera vez de los árboles, en todas las muchas y distintas cosas que ha sido y hecho, para que un hombre pueda decir algo tan innoble como eso.

¿O fue algo más que un chiste obsceno... es cierto, o casi cierto?

¿Es eso la ineludible mancha del Pecado Original? ¿Es la repugnancia que sienten los hombres hacia las mujeres lo que hace que tantos de-ellos traten a la mujer con desprecio? ¿Es eso lo que hace tan fácil de demostrar que los Don Juan y los seductores, con toda su hambre de mujeres, están a menudo intentando simplemente ver cuántas de ellas pueden castigar? ¿Es eso lo que hace que un hombre, tras pasar como todo buen niño freudiano por un período de fijación hacia su madre, llegue a un punto de su vida en el que dé un giro y empiece a odiarla?

¿Cuándo empezaron los hombres a encontrar la feminidad despreciable, cuándo decretaron que las menstruaciones eran algo sucio, e incluso hoy en día practican en sus casas de culto la ceremonia de la purificación postnatal?

Porque yo no siento nada de eso, dice silenciosa y devotamente. Yo amo a Jeanette porque es una mujer, y la amo por completo.

Afortunadamente, Karen suspira en su sueño. La ira y el terror y la indignación de sus pensamientos se alejan, y sonríe inclinado sobre Karen, se siente invadido por la ternura.

Nadie, piensa, ha escrito nunca nada sobre el amor paterno. Se supone que el amor materno es una expresión mágica de la mano de Dios o algo así, o quizás el resultado de la actividad de ciertas glándulas endocrinas; depende de quién esté hablando. Pero el amor paterno... es una horrible broma el amor paterno. Ha podido ver a un hombre normalmente pacífico y civilizado convertirse en una furia porque "alguien le había hecho algo a mi chico". Sabe por experiencia propia que tras un cierto tiempo su amor paterno empieza a expandirse; uno empieza a sentir de ese modo, un poco, hacia todos los niños. ¿De dónde viene todo eso? El niño nunca ha habitado en su vientre, no se ha alimentado de su cuerpo, como con las mujeres; el amor materno tiene sentido, se explica; un bebé crece en y de la carne de la madre como una nariz. ¿Pero el padre? Bien, se necesitan una serie de circunstancias más bien especiales para conseguir que el padre recuerde siquiera el espasmo de dos o tres segundos como máximo de duración que hizo todo el trabajo.

¿Por qué a nadie se le ocurrió nunca decir que la humanidad estaba llena de hijos de

Librodot

puta porque había surgido de la parte más sucia de un hombre? No, nadie lo diría, ya saben; nunca.

Porque, se dice a sí mismo, el hombre es superior. El hombre... la humanidad (¡y oh, sí, las mujeres han aprendido ese truco también!), la humanidad siente en ella misma una aplastante necesidad de sentirse superior. Eso no debería preocupar a la muy pequeña minoría que realmente es superior, pero seguro que preocupa a la mayoría controladora que no lo es. Si uno no puede ser realmente bueno en nada, entonces la única forma en que es capaz de demostrar que es superior es haciendo a los demás inferiores. Es esta desvastadora necesidad de la humanidad la que ha conducido al hombre, desde la prehistoria, a subirse a las espaldas de su vecino, a las naciones a esclavizar a otras naciones, a las razas a pisotear a otras razas. Pero eso es también lo que siempre han hecho los hombres a las mujeres.

¿Las hallaron realmente inferiores desde el principio, y aprendido de ello la necesidad de intentar sentirse superiores a todo lo demás... otras razas, religiones, nacionalidades, ocupaciones?

¿O fue al contrario: convirtieron los hombres a las mujeres en inferiores por la misma razón por la que intentaron dominar a todo lo demás? ¿Cuál es la causa, cuál el efecto?

Y... ¿no fue todo un simple asunto de autopreserva-ción? ¿Hubieran podido las mujeres dominar a los hombres si hubieran tenido la oportunidad?

¿Lo están intentando precisamente ahora?

¿No lo han conseguido ya, aquí en Begonia Drive?

Baja la vista hacia la mano de Karen iluminada por la luz de la luna. Cuando la vio por primera vez tenía tan sólo una hora, y se sintió impresionado por la perfección de las uñas, de todos los detalles; ¡tan pequeña! ¡tan pequeña! ¡tan perfecta! ¿Y es esta manita la que tomará las riendas, Karen, o tirará de los hilos, Karen? ¿Has venido a un mundo que en lo más profundo te desprecia, Karen?

El amor paterno lo invade e, inmóvil, se ve a sí mismo en un momento de arrebato, erguido como un guerrero entre los hijos de puta nacidos del barro y su hija.

-Nasive...

El ledom, resplandeciente de placer, de pie inmóvil frente al grupo de terracota con Charlie, sonrió y dijo:

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarle algo?

—Lo que quiera.

Librodot

-Es algo confidencial, Nasive. ¿Está mal que se lo pregunte?

-No lo creo.

-Y si me paso de los límites en mis preguntas, ¿no se lo tomará a mal? Soy un extranjero aquí.

-Pregunte.

-Es acerca de Philos.

—Oh.

-¿Por qué todo el mundo aquí es tan duro con Philos? No, déjeme plantearlo de otra manera-rectificó rápidamente-. Dicho así es demasiado fuerte. Es sólo que todo el mundo parece de algún modo desaprobar... no a él mismo, sino a algo relacionado con él.

-Oh-dijo Nasive-, no creo que sea nada que tenga la menor importancia.

-Así que no va a decírmelo.-Hubo un tenso silencio. Luego Charlie dijo:-Se supone que debo aprender todo lo que me sea posible acerca de Ledom. ¿Cree o no que puedo captar algo más si sé algo que no funciona correctamente en Ledom? ¿O se supone que debo juzgarles únicamente por-señaló hacia la estatua-por lo que ustedes creen que es lo mejor de ustedes mismos?

Tal como había observado con Philos antes, Charlie tuvo ante sí a un ledom brusca y completamente desarmado. El impacto de la verdad en aquella gente era, al parecer, enorme.

-No podría estar más en lo cierto, Charlie Johns, y no debería haber vacilado. Pero... por gentileza hacia Philos, debo pedirle a mi vez su secreto. El asunto es, después de todo, de Philos, y no mío ni de usted.

-No le permitiré saber que yo lo sé.

-Muy bien, entonces. Philos permanece un poco apartado del resto de nosotros. Por una parte, hay una cierta reserva en torno a él... lo cual de algún modo es lógico; ha tenido acceso a un gran número de cosas que el resto de nosotros no conoce en absoluto. Pero uno tiene la sensación de que... él por su parte lo prefiere así, mientras que para un ledom normal eso representaría una obligación, y una obligación difícil de cumplir.

-Eso no parece ser razón suficiente para...

-¡Oh, ése no es el principal malestar que genera! El otro aspecto referente a él, y que quizá forme parte de lo mismo, es que se niega a casarse.

-Pero una persona no *debe* casarse obligatoriamente, ¿verdad?

-Oh, no, por supuesto.-Nasive se humedeció los labios y frunció el ceño.-Pero Philos se comporta como si aún estuviera casado.

—¿*Aún* casado?

-Estaba casado con Froure. Iban a tener hijos. Un día fueron a pasear allá al borde

Librodot

del cielo-(Charlie comprendió la extraña frase)-, y se produjo un accidente. Un derrumbe de piedras. Estuvieron enterrados durante días. Froure resultó muerto. Philos perdió los niños aún no nacidos.

Charlie recordó que Philos había utilizado la frase "cómo gritó su compañero al ser aplastado por una roca", como una forma de hablar.

-Philos se sintió muy desgraciado... bien, podemos comprender eso. Amamos mucho, amamos de muchas maneras; amamos por supuesto profundamente a nuestros compañeros, y así comprendemos la naturaleza del dolor. Pero, para nosotros, tan básica como el propio amor es la necesidad de amar a los* vivos, no a los muertos. Hace sentirnos... incómodos... el tener alrededor de nosotros a alguien que se prohiba a sí mismo amar libremente a los vivos para ser fiel a alguien que ya se ha ido. Es algo... patológico.

-Quizá se sobreponga.

-Eso ocurrió hace muchos años-dijo Nasive, agitando la cabeza.

-Si es algo patológico, ¿no pueden tratarlo?

-Con su consentimiento, podríamos. Y puesto que su singularidad no representa nada más grave que una ligera incomodidad para algunos de nosotros, es libre de seguir el camino que ha elegido si eso es lo que desea.

-Ahora comprendo ese pequeño juego de palabras de Mielwis.

-¿Deque se trata?

-Dijo: "Sólo tenemos un Philos", pero lo djjo como una broma.

-Eso no parece digno de Mielwis-dijo Masive secamente.

-Lo sea o no, es confidencial.

-Por supuesto... Y ahora, ¿siente que nos conoce un poco mejor?

-No-dijo Charlie-, pero tengo la sensación de que lo conseguiré.

Intercambiaron sonrisas, y regresaron a la casa para unirse a los demás. Philos estaba sumido profundamente en una conversación con Grocid, y Charlie estaba seguro de que hablaban de él. Grocid lo confirmó diciendo:

-Philos me ha dicho que está usted casi listo para emitir juicio sobre nosotros.

-No exactamente eso-rió Philos-. He dicho simplemente que ya le había comunicado casi todo lo que sé. El tiempo que necesite para extraer sus propias conclusiones es cosa suya.

-Espero que sea mucho tiempo-dijo Grocid-. Es usted muy bienvenido aquí, ya sabe. Nasive le quiere mucho.

Era el tipo de observación que en tiempos de Charlie hubiera debido ser hecha en ausencia del interesado, pero no aquí. Charlie miró rápidamente a Nasive, sólo para descubrirle asintiendo.

Librodot

-Sí, es cierto-dijo Nasive cálidamente.

—Bien, gracias-dijo Charlie-. A mí también me gusta este lugar.

-Smith es un cerdo.

Herb Raile, preocupado, oye esas palabras de labios de Jeanette mientras ella entra por la puerta trasera tras una visita a Tillie, y se siente violentamente sobresaltado. No ha compartido ninguno de sus recientes pensamientos acerca de Smith ni con ella ni con nadie, aunque siente una gran necesidad de confiarse a alguien. Ha comprobado todos los posibles destinatarios de sus presiones... una de las chicas, quizá, que mariposean alrededor de los mítines de la Liga de Electoras, o alguno de los miembros de las asociaciones culturales del barrio, o la Asociación de Padres y Maestros, si bien como padre de un niño de cinco años sólo está relacionado periféricamente con ella, aunque podría acudir mejor a la Asociación de la Junta de Educación. Pero tiene miedo. Cerdo o no, las opiniones de Smith tenían su peso: una nueva cuenta... eso es serio. Lo demás, tonterías.

Pero eso no son tonterías, es algo demasiado grande para él, y no consigue cristalizarlo. Sorprendido ante la coincidencia de la observación de Jeanette con sus pensamientos, ni siquiera está seguro aún de que crea que Smith es un cerdo. Un cerdo entre la gente es un cerdo, se dice a sí mismo, pero un cerdo entre cerdos es uno más.

-¿Qué es lo que ha hecho?

-Lo único que tienes que hacer es ir allá. Él te lo mostrará. Tillie está furiosa.

-Creo que me gustaría que me explicaras antes algo más, amor.

-Lo siento, amor. Es una inscripción, una especie de placa en el cuarto de juegos.

-¿Algo como esas etiquetas tipo urinarios para las botellas de licor?

-Mucho peor. Ve a ver.

-¿Qué viene ahora, Philos?

-Una buena mirada a sí mismo-dijo Philos, y luego se giró y mató el filo de las palabras con una cálida sonrisa-. Un "a sí mismo" categórico, quiero decir. No deseará evaluar Ledom sobre el vacío. Será mucho mejor si es capaz de enfrentarlo a su propia cultura para hallar los contrastes.

-Ya puedo hacerlo, creo. En primer lugar...-Pero Philos le interrumpió:

-¿Puede realmente?-dfl'o, con una entonación tan cargada de significado que Charlie

Librodot

calló.

Estaban caminando el último kilómetro que separaba El Infantil y El Científico. Con una cierta petulancia, Charlie dijo:

-Sé lo suficiente acerca de mi propio pueblo, creo, como para...

-¿Lo sabe?-interrumpió de nuevo Philos, sardónicamente.

—Bien, si no lo cree así-dijo Charlie algo acaloradamente-, ¡adelante!

—¿Adelante y qué?

—Corrijame.

-Lo estoy haciendo-dijo Philos, sin el menor aire ofensivo y, extrañamente, sin perder su imperturbabilidad-. Y vamos a seguir con el cerebrostilo. Más rápido, más fácil, mucho más detallado y-sonrió-, indiscutible e ininterrumpible.

-No hubiera interrumpido ni discutido.

-Lo hubiera hecho; hubiera debido hacerlo. No hay literalmente ningún tema que haya encontrado nunca en la historia de la humanidad tan poco susceptible de un estudio objetivo como el sexo. Se han escrito incontables volúmenes acerca de la historia y las motivaciones históricas, que nunca han mencionado el sexo. Generaciones enteras, e incontables generaciones sucesivas, de estudiantes, los han aceptado como la verdad y la única verdad, y algunas han enseñado incluso las mismas cosas del mismo modo... incluso después de que la importancia de las motivaciones sexuales para el individuo haya sido revelada, incluso después de que el individuo, en su vida diaria, interprete todo el mundo que le rodea a través de ellas, llenando sus pensamientos y su lenguaje con referencias sexuales. De alguna forma, la historia ha seguido siendo para una gran mayoría de la gente una serie de anécdotas acerca de algunos extraños que realizaron acciones y cumplieron deseos extrañamente separados del comportamiento sexual de sus tiempos... comportamiento que era a la vez el resultado y la causa de sus acciones. Comportamiento que produjo a la vez la historia y al ciego historiador... e incluso, supongo, su propia ceguera. Pero debería decir todo esto después de que hubiera pasado por su sesión, y no antes.

-Creo-dijo Charlie un poco rígidamente-que será mejor que vayamos.

Rodearon El Científico y tomaron el metro hasta El Médico, y Philos condujo a Charlie a través de las ahora familiares catacumbas horizontales y vuelos vertiginosos por el enorme edificio. Una vez cruzaron una enorme sala, parecida a la sala de espera de una gran estación; estaba llena del zumbido coral de los ledom y del suave arrullo de sus voces; Charlie se sintió particularmente impresionado por el cuadro que ofrecían dos ledom vestidos de modo idéntico, cada uno de ellos con un niño dormido sobre las rodillas, cada uno de ellos alimentando a otro...

-¿Qué es lo que están esperando?

-Creo que le hablé ya de ello... todos venimos aquí cada veintiocho días para un chequeo.

—¿Por qué?

-¿Por qué no? Ledom es pequeño, ya sabe... roaa-vía no hemos llegado a los

Librodot

ochocientos individuos, y nadie vive a más de dos horas de camino a pie. Tenemos todas las facilidades, así que... ¿por qué no?

-¿Cuan completo es el chequeo?

-Mucho.

Cerca de la parte superior del edificio, Philos se detuvo frente a la ranura de una puerta.

-Palmee... aquí.

Charlie lo hizo, y no ocurrió nada. Entonces Philos palmeó, y la puerta se abrió.

-Es mi recinto privado-d\jo Philos-. Lo más parecido a una cerradura que podrá encontrar en todo Ledom.

-¿Por qué mantener nada cerrado?-Charlie había observado la ausencia de cerraduras, especialmente en El Infantil.

Philos hizo un gesto a Charlie para que entrara, y la puerta se cerró rápidamente tras ellos.

-Tenemos muy pocos tabúes en Ledom-dijo-, pero uno de ellos se refiere a dejar al alcance de cualquiera material altamente contagioso.-Charlie sabía que estaba medio bromeando; sin embargo, había un elemento fuertemente serio en lo que decía.-En realidad-explicó Philos-, a pocos ledom les importaría esto-e hizo un gesto descuidado hacia una media docena de estanterías llenas de libros que cubrían una pared del suelo hasta el techo y hacia otra pared repleta de pequeños cubos transparentes apilados-. Estamos mucho más infinitamente preocupados por el futuro, y nada de esto nos preocupa ya demasiado. Sin embargo... "hombre, conócete a ti mismo"... Habría mucha gente que se sentiría más bien infeliz si se conociera a sí misma tan bien como eso.

Se dirigió a los cubos cuidadosamente apilados sobre soportes, consultó un índice, y tomó uno de ellos. Llevaba una pequeña hilera de números púrpuras; la comprobó con el índice, y luego se dirigió a una especie de diván bajo y, de uno de los nichos que aparecían mágicamente en las paredes, sacó un aparato. Era un casco en forma de cuenco sostenido por un brazo articulado.

—El cerebrostilo-dijo. Lo giró de modo que Charlie pudiera ver su interior. No tenía nada de particular excepto una docena o así de pequeñas protuberancias blandas, situadas formando como una corona-. Nada de electrodos, nada de sondas. Y no duele en absoluto.

Tomó su pequeño cubo numerado, abrió una cámara cerca de la parte superior del casco, metió en ella el cubo, la cerró, y aseguró la tapa. Luego se tendió en el diván, se colocó el casco, y lo apretó contra su cabeza. El instrumento pareció estremecerse un poco, hacia adelante y hacia atrás, como buscando la mejor posición, como orientándose.

Dejó de moverse, y Philos se relajó. Le sonrió a Charlie y dijo:

-Ahora discúlpeme unos segundos.-Cerró los ojos, levantó una mano y tocó una protuberancia situada en el borde del casco. La protuberancia permaneció hundida; su

Librodot

mano cayó blandamente.

Hubo un profundo silencio.

La protuberancia cliqueteó, e instantáneamente Philos abrió los ojos. Retiró el casco y se sentó. No había ninguna señal de fatiga o tensión el él.

-No ha tomado mucho tiempo, ¿verdad?

-¿Qué es lo que ha hecho?

Philos señaló hacia el pequeño alojamiento en el que había metido el cubo.

—Es una pequeña disertación que preparé sobre algunos aspectos del homo sapiens-dijo-. Necesitaba unas pequeñas... modificaciones. Hay algunos hechos que dijo usted que no deseaba conocer, y además deseaba darle un toque algo más personal, algo así como una carta, en vez de la impersonalidad de libro de texto que poseía.

-¿Quiere decir que puede usted alterar esas grabaciones simplemente así?

-Necesita un poco de práctica y una cierta concentración, pero... sí. Bien, adelante.-Al ver que Charlie miraba el casco y vacilaba, Philos se echó a reír.-Vamos, adelante. No le va a hacer daño, y lo va a llevar mucho más cerca de casa.

Entonces, ya más seguro de sí mismo, Charlie Johns se tendió en el diván. Philos le colocó el casco y ayudó a encajarlo en su cabeza. Charlie sintió que algo parecido a unos dedos inquisitivos exploraban su cuero cabelludo y se asentaban. El casco se movió, y luego se fió. Philos tomó su mano y la guió hacia la protuberancia.

-Púlsela usted mismo, cuando esté preparado. No ocurrirá nada hasta que usted lo haga.-Se echó hacia atrás.-Relájese.

Charlie levantó la vista hacia él. No había ni despecho ni astucia en aquellos oscuros ojos; sólo un cálido aliento.

Apretó la protuberancia.

Herb cruza el patio trasero, preguntándose cómo interrogar a Smitty acerca de la placa o lo que demonios sea que ha enfurecido tanto a Jeanette, sin informarle con ello que Jeanette está furiosa.

Smitty está trabajando en un macizo de caléndulas y, cuando ve a Herb, se levanta, se sacude el polvo de las rodillas y resuelve el problema:

—Hola. Ven aquí; me gustaría mostrarte algo. Creo que lo vas a encontrar muy divertido.

Herb salta el pequeño muro y sigue a Smith dentro de la casa y bajando unas escaleras. Smith tiene una agradable sala de juegos. Allí ha metido de todo. El radiador se parece a un equipo de alta fidelidad, y el equipo de alta fidelidad se parece a un radiador. La lavadora tiene el aspecto de una televisión, la televisión parece

Librodot

más bien una mesa para el café, el bar tiene toda la apariencia de un bar, y todo está hecho con madera de pino.

Sobre el bar, en una posición centrada y preeminente, bien enmarcada y protegida por un cristal, en grandes letras góticas muy recargadas que uno tiene que leer lentamente para comprenderlas, hay una cita que se declara vagamente atribuida (al final y en una línea de letra muy pequeña) a un filósofo medieval:

UNA BUENA MUJER (COMO ISO OBSERVAR UN ANTIGUO FILOSOFO) ES COMO UNA ANGUILA PUESTA EN UN SACO CON 500 SERPIENTES. I SI UN HOMBRE TIENE LA BUENAFORTUNA DE AGARRAR LA DICHA ANGUILA ENTRE TODAS LAS OTRAS SERPIEN-TES.MEJOR SERA AGARRÁNDOLA POR LA COLA.

Herb está preparado para unirse a Jeanette en la indignación sin siquiera ver lo que está escrito allí, pero la placa lo toma tan deliciosamente por sorpresa que ruge alegremente, mientras Smitty suelta deliciosamente una risita detrás de él. Luego Herb pregunta cómo se lo ha tomado Tíllie.

-Las mujeres-pontifica Smitty-no tienen sentido del humor.

Philos lo había dicho exactamente: era como una carta. "Leerla", sin embargo, era algo completamente distinto a cualquier otra cosa que hubiera experimentado concientemente antes. Había apretado la protuberancia, que emitió un blando *¡chuck!,* y luego hubo un lapso de tiempo imposible de medir, en el cual el reloj mental que le dice a un hombre, sin necesidad de pensar en ello, que han pasado cinco segundos, cinco minutos o cinco horas, quedó momentáneamente detenido o fuera de función. No pudo haber sido mucho tiempo, sin embargo, y no hubo, en ningún sentido ordinario, pérdida de conciencia, puesto que cuando la protuberancia hizo *¡chuck!* de nuevo, Philos seguía aún inmóvil junto a él, sonriendo. Pero ahora se sentía exactamente como si, en aquel preciso instante, hubiera dejado sobre la mesa, tras una absorta lectura, una larga e interesante carta de un amigo.

Dijo, sorprendido, en inglés:-¡Bien, por el amor de *Dios!*

Charlie Johns (había empezado la "carta"), no puede ser usted objetivo en esta discusión. Pero inténtelo. Por favor, inténtelo.

No puede ser objetivo sobre ella porque ha sido usted indoctrinado, sermoneado, empapado, imbuido, inculcado y supervisado sobre el tema desde que llevaba pantalón corto. Viene usted de un tiempo y de un lugar en el cual la virilidad del hombre, y la feminidad de la mujer, y la importancia de su diferencia, eran un asunto de casi constante y total preocupación.

Empecemos, pues, con esto... que si lo desea puede considerar mayormente como una hipótesis de trabajo. De hecho es una verdad, y si al final supera los tests de su propia comprensión verá que es la verdad. Si no lo consigue, no será culpa suya, sino de su orientación:

Hay más semejanzas básicas que diferencias entre los hombres y las mujeres.

Consulte un manual de anatomía. Un pulmón es un pulmón, un riñon es un riñon, tanto en un hombre como en una mujer. Puede que, estadísticamente, la estructura ósea de las mujeres sea más ligera, la cabeza más pequeña, y así otros detalles; aunque no

Librodot

es imposible que la humanidad haya ido evolucionando, a lo largo de muchos miles de años, hacia ello. Pero al margen de tales conjeturas, las variaciones permisibles de lo que es denominado la estructura "normal" nos proporcionan muchos ejemplos de mujeres que son más altas, fuertes, de osamenta más rígida que muchos hombres, y hombres que son más pequeños, débiles y ligeros que muchas mujeres. Gran número de hombres poseen aberturas pélvicas más anchas que buen número de mujeres.

En el área de las características sexuales secundarias, podemos anotar diferencias significativas tan sólo estadísticamente; porque muchas mujeres tienen más pelo corporal que muchos hombres; muchos hombres tienen voces más agudas que muchas mujeres... Apelo nuevamente a su objetividad: suspenda por un momento su convicción de que la mayoría estadística es la norma, y examine los casos, en gran número, que existen fuera de esa probable ficción, esa norma. Y prosigamos:

En lo que se refiere a los propios órganos sexuales, las variaciones en el desarrollo-y aquí, admitámoslo, nos aproximamos a lo patológico-encierran incontables casos de falos atrofiados, clítoris hipertrofiados, escrotos perforados, labios soldados... todo ello cosas que, consideradas *objetivamente,* no son más que razonables variaciones sutiles de la norma, y capaces de producir, en un cuerpo inicialmente masculino o femenino, virtuales triángulos urogenitales idénticos. No es mi intención afirmar que tal situación es o debería ser normal-al menos, no tras el cuarto mes fetal, aunque hasta entonces no sea solamente normal sino también universal-, sino llamar su atención sobre el hecho de que una tal posibilidad se halla fácilmente en los límites de lo que le ha sido posible, desde la prehistoria, a la naturaleza.

La endocrinología demuestra un número de hechos interesantes. Tanto el hombre como la mujer pueden producir hormonas masculinas y femeninas, y de hecho lo hacen, y la preponderancia de una sobre la otra es un asunto más bien sutil. Si uno decanta ese delicado equilibrio hacia uno u otro lado, los cambios que se produzcan pueden ser drásticos. En unos pocos meses puede producir usted una dama sin pechos y con barba, y un hombre cuyos pezones, dejando de ser un vestigio atrofiado del objetivo al que quiero ir a parar, pueden ser conducidos a la lactancia.

Se trata de ejemplos groseros y llevados al último extremo, puramente como ilustración. Ha habido muchas mujeres atletas que podían exceder en fuerza, rapidez y habilidad a la enorme mayoría de los hombres, pero que no por ello dejaban de ser lo que usted llamaría "auténticas" mujeres, y muchos hombres capaces de, digamos, diseñar vestidos-tradicionalmente una especialidad femenina-mucho mejor que la mayoría de mujeres, pese a lo cual seguían siendo lo que usted llamaría "auténticos" hombres. Puesto que si entramos en lo que podríamos calificar en términos generales de diferencias culturales entre los sexos, la sutilidad de la distinción sexual se hace más evidente que nunca. ¿Qué dicen los libros?

Las mujeres tienen el pelo largo. Pero también lo tienen los sikhs, que algunos consideran la raza de guerreros más feroces de toda la historia. Y también lo tenían los caballeros del siglo XVIII, y llevaban chaquetas con brocados y lazos al cuello y puños de encaje. Las mujeres llevan falda. ¿Pero qué son el *kilt* escocés, el *evzone* griego, y los faldellines que llevan chino y polinesio, ninguno de cuyos pueblos merece el calificativo de "afeminado"?

Un repaso objetivo de la historia humana hará que esos ejemplos proliferen hasta números astronómicos. De lugar en lugar, y en cada lugar de tiempo en tiempo, las llamadas

Librodot

"esferas de influencia" masculinas y femeninas fluctúan como la salinidad de la desembocadura de un río ante las mareas, mezclándose, separándose, declinando y reagrupándose... Antes de su Primera Guerra Mundial, los cigarrillos y los relojes de pulsera eran considerados como atributos incuestionablemente femeninos; veinte años más tarde ambos eran ampliamente adoptados por los hombres. Los europeos, especialmente los centroeuropeos, se sorprendieron y se regocijaron mucho viendo a los granjeros americanos ordeñar sus vacas y alimentar sus pollos, porque siempre a lo largo de todas sus vidas aquélla había sido una tarea reservada exclusivamente a las mujeres.

De modo que es fácil ver que los atributos sexuales no significan nada en sí mismos, puesto que cualquiera de ellos, en otro tiempo y lugar, puede pertenecer a ambos sexos, al otro sexo, o a ninguno de los dos. En otras palabras, una falda no crea la entidad social llamada mujer. Se necesita una falda más una actitud social para conseguirlo.

Pero a todo lo largo de la historia, en virtualmente cada cultura y país, ha habido por supuesto una "esfera de influencia femenina" y una "esfera de influencia masculina", y en la mayoría de los casos las diferencias entre ellas han sido explotadas hasta extremos fantásticos, a veces incluso repugnantes.

¿Por qué?

En primer lugar, es muy fácil afirmar, y mucho más fácil aún invalidarlo, la teoría de que en una primitiva sociedad, primariamente cazadora y pescadora, el sexo más débil y de movimientos más lentos ocasionalmente lastrado con los hijos y obligado frecuentemente a detenerse para alimentar a sus retoños, no está tan capacitado para cazar y luchar como el macho, de pies más ligeros, sin trabas de ninguna clase y más musculado. Sin embargo, es posible que la mujer primitiva no fuera mucho más pequeña, menos rápida y más débil que su compañero. Quizá la teoría confunda causa y efecto y quizá, si alguna otra fuerza no hubiera insistido en un tal desarrollo, lo hubiera aceptado, incluso quizá lo hubiera alentado, las mujeres jóvenes y sin hyos hubieran podido cazar con los mejores de entre los hombres, mientras que los hombres que resultaran ser más lentos, más pequeños y más adultos, se quedaban en casa con las mujeres embarazadas y lactantes. Y eso ocurrió de hecho... no en la mayoría de los casos, pero sí muchas veces, de todos modos.

La diferencia existía... eso es seguro. Pero fue explotada. Era una diferencia que siguió existiendo mucho, mucho tiempo después de que se eliminara la caza e incluso, más adelante, la necesidad de dar el pecho a los niños. La humanidad ha insistido en ello; lo ha convertido en un artículo de fe. De nuevo:

¿Por qué?

Parece como si *existiera* una fuerza que amplía y explota esa diferencia y, asilada, es una deplorable, incluso terrible presión.

Porque existe en la humanidad una profunda y desesperada necesidad de sentirse superior. En cualquier grupo hay algunos que son genuinamente superiores... pero es fácil ver que dentro de los parámetros de cualquier grupo, sea éste una cultura, un club, una nación, una profesión, sólo unos pocos son realmente superiores; la masa, definitivamente, no lo es.

Pero es la voluntad de la masa quien dicta las costumbres, iniciadas a través de cambios hechos por individuos o minorías; los individuos o las minorías, la mayor parte de las veces, son separados, a veces violentamente, de esos problemas. Y si la unidad de

Librodot

las masas desea sentirse superior, encontrará una forma de conseguirlo. Esa terrible pulsión ha hallado su expresión de muchas formas a lo largo de la historia: esclavitud y genocidio, xenofobia y snobismo, prejuicios raciales y diferenciación sexual. Tomemos a un hombre que, entre sus semejantes, no posea ninguna superioridad real, y nos encontraremos con alguien tremendamente irritado que, si ve que dicha superioridad le es negada, y no puede acceder a ella por sus propios medios, se volverá hacia alguien más débil que él y *lo hará inferior.* El sujeto más obvio, lógico y a mano para esta inexcusable indignidad es su mujer.

No podría hacerle eso a alguien a quien amara.

Si el amor le impidiera insultar así a esa cercana y tan poco diferente otra mitad de sí mismo, nunca podría hacerlo tampoco a los demás hombres. Sin esta fuerza en él, nunca hubiera hecho la guerra, perseguido, ni, en busca que su superioridad, mentido, engañado, asesinado y robado. Puede que la necesidad de sentirse superior sea la fuente de su conducta, y su guerrear y su matar lo hayan conducido hasta los lugares de mayor poder; pero no es inconcebible que sin ello se hubiera dedicado a la conquista de su entorno y a la comprensión de su propia naturaleza, elevándose hasta mucho más arriba y, en el proceso, ganando la vida para sí mismo en vez de la extinción.

Y, extrañamente, el hombre siempre ha deseado amar. Justo hasta el final, ha mantenido expresiones idiomáticas como "amar" la música, un color, las matemáticas, una cierta comida... y dejando aparte las negligencias idiomáticas, están aquellos que en un sentido más amplio amaban cosas más allá de lo que cualquier estúpido llamaría sexualidad. "Amo mi honor más que cualquier otra cosa en el mundo..." "Y Dios amaba tanto al mundo que le ofreció su único hijo..." El amor sexual es amor, ciertamente. Pero es mucho más exacto decir que lo es de la misma forma que la justicia es amor, y la piedad es amor, y también la tolerancia, y el perdón, y, cuando no es autogratificación, la generosidad.

El cristianismo fue, en sus inicios, un movimiento de amor, como documenta claramente la más ligera aproximación al Nuevo Testamento. Lo que no fue conocido generalmente hasta poco antes del final-tan duramente fue suprimido todo conocimiento del primitivo cristianismo-es que se trataba de una religión ca-rítica... es decir, una religión en la cual la congregación participaba, con la esperanza de obtener una genuina experiencia religiosa, una experiencia llamada más tarde teolepsia, o contacto con Dios. Muchos de los primitivos cristianos alcanzaron realmente este estadio, y a menudo; muchos otros lo consiguieron pero más raramente, y siguieron intentándolo una y otra vez. Pero una vez lo habían experimentado, resultaban profundamente cambiados, interiormente satisfechos; fue esta intensa experiencia, y sus efectos permanentes, lo que hizo posible que pudieran soportar las más terribles pruebas y torturas, y morir felices, sin temerle a nada.

Pocas descripciones desapasionadas de sus servicios-asambleas es un término mejor-han sobrevivido, pero los mejores relatos se muestran de acuerdo en pintar un cuadro de gente abandonando discretamente los campos, las tiendas, incluso los palacios, para reunirse en algún lugar oculto: un umbroso claro en la montaña, una catacumba, cualquier lugar donde pudieran permanecer sin ser interrumpidos. Es significativo que ricos y pobres se mezclaran en esas asambleas: hombres y mujeres. Tras comer todos juntos-genuinamente, un festín de amor-e invocar ai espíritu, quizá mediante canciones, y muy posiblemente con danzas, uno u otro podía ser poseído por lo que ellos llamaban el Espíritu. Quizás él o ella-y podía ser cualquiera de los dos-cantara las alabanzas a Dios, y quizá la auténtica expresión carítica (es decir, tocada por la gracia divina) derivara en lo que fue llamado

"hablar en lenguas", pero esas exhibiciones, si bien genuinas, no eran aparentemente excesivas ni frenéticas; a menudo había tiempo para que muchos de ellos se tomaran su turno. Y con un beso de paz, se separaban y regresaban a sus lugares en el mundo hasta la próxima asamblea.

Los primitivos cristianos no inventaron la religión carítica, de ningún modo; y tampoco terminó con ellos. Aparece una y otra vez a lo largo de toda la historia escrita, y toma multitud de formas. Frecuentemente son orgiásticas, dionisíacas, como el culto a la Gran Madre de los Dioses, Cibeles, que ejerció una inmensa influencia en Roma, Grecia y el Oriente mil años antes de Cristo. O movimientos basados en la castidad como los cataros de la Edad Media, los adamitas, la Hermandad del Libre Espíritu, los waldenses (que intentaron crear una forma de cristianismo apostólico dentro del entramado de la Iglesia Romana), y muchos, muchos otros que aparecieron a todo lo largo de la historia. Tienen en común un elemento-la experiencia subjetiva, participante, extática-, y casi invariablemente la igualdad de las mujeres, y todas ellas son religiones de amor.

Sin excepción, todas fueron salvajemente perseguidas.

Parece existir un elemento dominante en la constitución humana que contempla el amor como un anatema, al que no se debe permitir que siga viviendo.

¿Por qué?

Un examen objetivo de las motivaciones básicas (y, Charlie, se que no puede ser objetivo! ¡pero inténtelo en esto!) revela la simple y terrible razón.

Hay dos canales directos que conducen a la mente inconsciente. El sexo es uno, la religión es el otro; y en los tiempos precristianos, era habitual expresarlos juntos. El sistema judeocristiano puso un alto a todo ello, por una razón muy comprensible. *Una religión carítica no interpone nada entre el adorador y su Divinidad,* Un suplicante, bañado por la gracia, hablando en lenguas, todo su cuerpo en el trance de la danza estática, no se preocupa por la doctrina ni pide la intercesión de autoridades temporales o dogmáticas. Sus guías de conducta entre dos asambleas son sencillas. Hará todo lo que sea necesario para conseguir que se repita la experiencia. Si actúa correctamente, lo conseguirá; si no es capaz de repetir la experiencia, aquello ya será un total y absoluto castigo.

Ignorará lo que es la culpabilidad.

La única forma concebible de utilizar el inmenso poder de la religiosidad innata-la necesidad de adorar-para la adquisición de poder humano, es situar entre el adorador y la Divinidad un mecanismo de culpabilidad. La única forma de conseguir eso es organizar y sistematizar la adoración, y la forma obvia de lograrlo es controlar esa otra gran fuerza de la vida... el sexo.

El homo sapiens es único entre las especies, existentes y extintas, en imaginar sistemas para la represión del sexo.

Sólo hay tres formas de enfrentarse al sexo. Puede ser gratificado; puede ser reprimido; o puede ser sublimado. La última es, a lo largo de la historia, a menudo un ideal y frecuentemente un éxito, pero es *siempre* una inestabilidad. La gratificación simple, día tras día, es lo que existió en la llamada Edad de Oro de Grecia, donde instituyeron tres clases de mujeres: esposas, concubinas y prostitutas, y al mismo

tiempo idealizaron la homosexualidad, lo cual puede ser bárbaro e inmoral bajo muchos estándares, pero produce un sorprendente grado de sensatez. Por otro lado, una mirada atenta a la Edad Media hace que la mente retroceda; es como abrir una ventana sobre un enorme asilo de locos, tan amplio como el mundo y con una longitud de mil años; es el producto de la represión. Ahí están las manías flagelantes, cuando la gente se azotaba por millares a sí misma y los unos a los otros de ciudad en ciudad, buscando penitencia para sus excesos de culpabilidad; ahí está el místico Suso, en el siglo XIV, que se hizo construir una faja para sus ríñones consistente en ciento cincuenta púas metálicas muy afiladas; y por miedo a intentar quitárselas durante su sueño, dormía con sus muñecas sujetas contra su nuca por tiras de cuero; y además, por miedo a aliviarse de los piojos y moscas que lo cubrían como una plaga, llevaba puestos unos guantes de cuero con púas afiladas que abrían su carne allá donde la tocaba; y la tocaba pese a todo, y cuando las heridas sanaban volvía a abrirlas de nuevo. Dormía sobre una puerta de madera desechada, con una cruz repleta de clavos contra su espalda, y en cuarenta años nunca tomó un baño. Ahí están los santos lamiendo las llagas de los leprosos; ahí está la Inquisición.

Todo ello en nombre del amor.

¿Cómo pudo producirse un cambio así?

El examen de una secuencia en particular nos mostrará claramente cómo. Tomemos la supresión del Ágape, el "festín de amor", que parece haber sido un atributo universal y necesario del cristianismo primitivo. Puede ser exhumada a través de los edictos contra tal y cual práctica, y es significativo el que la eliminación de un rito tan importante de adoración necesitó al parecer entre trescientos y cuatrocientos años para conseguirse, y ello gracias a una serie de medidas sorprendentemente graduales, hábiles y eficientes.

En primer lugar, la Eucaristía, el ritual simbólico del cuerpo y la sangre de Cristo, fue introducida en el Ágape. A continuación, descubrimos el Ágape mejor organizado; ahora hay un obispo, sin el cual el Ágape no puede realizarse, ya que es él quien tiene que bendecir la comida. Un poco más tarde el obispo es mantenido tradicio-nalmente de pie durante toda la comida, lo cual por supuesto lo separa y lo mantiene por encima de los demás. Después de eso, el beso de la paz es alterado; en vez de besarse mutuamente, todos los participantes besan al sacerdote oficiante, y más tarde, besan un trozo de madera que es pasada de mano en mano y luego devuelta al sacerdote. Y finalmente, por supuesto, el beso es simplemente abandonado. En el año 363, el Concilio de Laodi-cea consigue establecer la Eucaristía como un ritual en sí mismo, prohibiendo el Ágape dentro de las iglesias, es decir separando las dos ceremonias. Durante muchos años el Ágape se celebra fuera de las puertas de las iglesias, pero a partir de 692 (el Concilio de Trullos) es posible prohibirlo bajo pena de excomunión.

El Renacimiento curó muchas de estas formas de locura, pero no la locura en sí. Mientras las autoridades temporales y eclesiásticas siguieron manteniendo el control sobre los asuntos básicamente sexuales, moralidad y matrimonio por ejemplo (aunque la Iglesia no se decidió a entrar en el juego del matrimonio hasta mucho más tarde; los matrimonios en Inglaterra, en tiempos de Shakespeare, se efectuaban por contrato privado, que la Iglesia bendecía como lícito), la culpabilidad seguía floreciendo, la culpabilidad seguía siendo el filtro entre un hombre y su Dios. El amor era equiparado a la pasión y la pasión al pecado, de tal modo que era considerado pecaminoso el que un hombre amara a su esposa con pasión. El placer, el borde externo del éxtasis, era considerado en los austeros días del protestantismo como pecaminoso en sí mismo, se obtuviera como se obtuviera;

Librodot

Roma mantuvo específicamente que todo placer sexual era pecaminoso. Y todo lo que este latente volcán produjo en términos de puentes y palacios, factorías y bombas, no es nada comparado con lo que produjo en términos de neurosis. E incluso en los casos en que una nación rechazaba oficialmente a la Iglesia, mantenía las mismas técnicas represivas, la misma preocupación con la doctrina, filtradas a través de la misma red de culpabilidad. De este modo, sexo y religión, los auténticos significados de la existencia humana, dejaron de ser finalidades y se convirtieron en medios; la irremediable hostilidad entre los últimos combatientes fue la prueba de la identidad de su propósito: la dominación total, para la satisfacción definitiva del deseo de superioridad de todas las mentes humanas.

Herb Raile acude a dar las buenas noches a los chicos. Se arrodilla en el suelo junto a la cama de Karen. Davy observa. Herb acuriá a Karen en sus brazos, le cosquillea la barriga hasta que ella chilla alegremente, le besa a un lado del cuello y le mordisquea el lóbulo de la oreja. Davy observa, con los ojos muy abiertos. Herb cubre la cabeza de Karen con la sábana, y se esconde rápidamente de modo que ella no pueda verle cuando se quite la sábana de la cabeza. Ella busca, lo descubre, ríe estruendosamente. Él la besa de nuevo, arregla las sábanas, susurra:

-Tu papi te *quiere.*-Le da las buenas noches y se gira a Davy, que sigue observando, solemne.

Herb tiende su mano derecha. Davy la toma. Herb la sacude.

-Buenas noches, muchacho-dice. Suelta la mano.

-Buenas noches, pa-dice Davy, sin mirar a Herb. Herb apaga la luz y se marcha. Davy salta de la cama, toma su almohada, cruza la habitación, y golpea la almohada tan fuerte como le es posible contra el rostro de Karen.

-No puedo comprender-dice Herb un poco más tarde, después de que las lágrimas se han secado y han acabado todas las recriminaciones-qué puede haberlo impulsado a hacer una cosa así.

Nosotros, los Ledom, renunciamos al pasado.

Nosotros, los Ledom (continuó la "carta" del cere-brostilo), hemos abandonado el pasado para siempre, y todos los productos del pasado excepto la esencia misma de la humanidad.

Las circunstancias especiales de nuestro nacimiento lo han hecho posible. Procedemos de una montaña sin nombre y, como especie, somos únicos; como todas las especies, somos transitorios, y nuestra transitoriedad es nuestra devoción principal. La transición es pasar, es dinamismo, es movimiento, es cambio, es evolución, es

Librodot

mutación, es vida.

Las circunstancias especiales de nuestro nacimiento incluyen el bendito hecho de que en el plasma germinal no hay indoctrinación. Si el homo sapiens hubiera tenido el buen sentido (poseía el poder) para ello, hubiera podido desembarazarse de todos sus venenos, vencer todos sus peligros, y crear una nueva generación limpia. Si el homo sapiens hubiera tenido el deseo (tenía el buen sentido y el poder) para establecer una religión ca-rítica y una cultura que armonizara con ella, hubiera podido crear sus nuevas generaciones limpias a tiempo.

El homo sapiens proclamaba estar buscando una fórmula para terminar con todos sus males. Ésta es la fórmula: una religión carítica y una cultura acorde con ella. Los apóstoles de Jesús la descubrieron. Antes que ellos los griegos la descubrieron; antes que ellos los mi-noicos. Desde entonces los cataros la descubrieron, y los cuáqueros también. Fue descubierta repetidamente en Oriente y en África... y cada vez fracasó en extenderse más allá de aquellos a quienes tocaba directamente. Los hombres-o al menos los hombres que gobiernan a los hombres-descubrieron siempre que el carítico no acepta ninguna doctrina, ni la desea ni la necesita. Y sin doctrina-sacerdotes, intérpretes, oficiantes-, los hombres que gobiernan a los hombres se encuentran sin ningún poder... lo cual es lo mismo que decir que no son superiores. No hay nada que ganar con el caritismo.

Excepto, por supuesto, el conocimiento del alma; y una vida eterna.

Los pueblos dominados por el padre, que forman culturas de dominación paterna, poseen religiones paternas: una deidad masculina, unas escrituras autoritarias, un gobierno central fuerte, una intolerancia hacia la investigación y la búsqueda, una actitud sexual represiva, un profundo conservadurismo (puesto que uno no cambia lo que el Padre ha edificado), una demarcación rígida, en vestidos y conducta, entre los sexos, y un profundo horror a la homosexualidad.

Los pueblos dominados por la madre, que forman culturas de dominación materna, poseen religiones maternas: una deidad femenina, servida por sacerdotisas, un gobierno liberal-que alimenta a las masas y socorre a los desvalidos-, una gran tolerancia hacia el pensamiento experimental, una actitud permisiva en el sexo, unos límites elásticos a las características de cada uno de esos sexos, y un terror al incesto.

Las culturas dominadas por el padre buscan siempre imponerse sobre las demás. Las otras no. De este modo la cultura patriarcal tiende a establecerse como cultura dominante, mientras que el matriarcado bulle en su interior, se revuelve ocasionalmente, la mayoría de las veces es sofocado. No hay estadios de evolución, sino fases que marcan los movimientos de un pe'ndulo.

El patriarcado se envenena a sí mismo. El matriarcado tiende a la decadencia, que es simplemente otra forma de veneno. Ocasionalmente se encontrará a una persona que ha sido influenciada en la misma medida por su madre y por su padre, y emulará lo mejor de ambos. Normalmente, sin embargo, la gente cae en una u otra de las dos categorías; puesto que el equilibrio es precario...

Excepto para los ledom.

Somos liberales en el arte y en la investigación tecnológica, en todas sus formas de expresión. Somos inamoviblemente conservadores en algunas áreas: como nuestra convicción, la de todos absolutamente, de no abandonar nunca las habilidades manuales y

Librodot

el cuidado de la tierra. Estamos educando niños que emularán no las imágenes de la madre o las imágenes del padre, sino las de *los* padres; y nuestra deidad es el Niño. Renunciamos a y olvidamos todos los productos del pasado, a excepción de nosotros mismos, aunque sabemos que hay mucho en él que puede calificarse de hermoso; ése es el precio que pagamos como cuarentena por nuestra salud; ése es el muro que interponemos entre nosotros y la mano muerta. Éste es el único tabú, la única restricción... y la única exigencia que hemos recibido de aquellos que nos pusieron en el mundo.

Porque, como el homo sapiens, nacimos de la tierra y de las criaturas de la tierra; nacimos de una raza de se-mianimales, semisalvajes; fue el homo sapiens quien nos dio origen. Como el homo sapiens, renegamos de los nombres de aquellos de los que surgimos, aunque, como los hombres, poseemos muchas pruebas de las posibilidades. Nuestros antecesores humanos nos construyeron un nido, y se ocuparon de nosotros hasta que supimos utilizar nuestras alas, pero no nos permitieron conocerles debido a que, contrariamente a la mayoría de los hombres, se conocían a sí mismos y por ello no querían ser adorados. Y nadie excepto ellos, ellos y las madres, sabían de nuestra existencia, de que estábamos aquí y éramos algo nuevo sobre la faz de la tierra, No querían revelar nuestra existencia al homo sapiens, porque nosotros éramos distintos, y como todos los animales que viven en colonias, manadas o enjambres, el homo sapiens creía en la parte más tenebrosa de su corazón que cualquier cosa que sea distinta es por definición peligrosa, y debe ser exterminada. Especialmente si es similar a él en algún aspecto importante (oh, qué horrible es el gorila, qué despreciable el babuino), y más especialmente si en algún aspecto puede llegar a ser superior, adquiriendo técnica y dispositivos que superen a los suyos (¿recuerdas la reacción al Sputnik, Charlie?), y de un modo absoluto y definitivo si su actividad sexual va más allá de unos ciertos límites arbitrarios; porque ésta es la llave de todas las irracionalidades, desde la cólera hasta la envidia. En una sociedad caníbal, es inmoral no comer carne humana.

La protuberancia hizo *¡chuck!, y* Charlie Johns se encontró mirando directamente a los sardónicos ojos sonrientes de Philos.

Dijo, sorprendido, en inglés:

-¡Bien, por el amor de *Diosl*

-¿No vas a la bolera esta noche, amor?-No, amor. Llamé a Tillie Smith y le dije que me disculpara, y ella se alegró, y yo también me alegré.-¿Algo no marcha entre vosotras?

¡Oh, no! Ni mucho menos. Es sólo que... bueno, Tillie está muy irritable estos días. Ella lo sabe, y sabe que yo lo sé. De modo que prefiere olvidar los bolos antes que mostrarse descortés conmigo, pues sabe que si fuéramos no podría evitarlo.

¡Suena como una vieja próstata actuando de nuevo!

—Herb, ya estás chismorreando. Además, ella no tiene ninguna próstata.

-Exacto, ella no tiene la próstata de Smitty, y de ahí vienen todos sus problemas.

—Oh, entiendo. Herb, eres un sucio correveidile.

-Bueno... el sexo es como los pantalones.

Librodot

—Qué?... Oh, querido, te estás poniendo de nuevo filosófico. De acuerdo... sueltalo.

-No es nada filosófico. Más bien... ¿cómo le llamarías tú al hacer fábulas?

-Fabuloso.

-De acuerdo, así que soy fabuloso. El sexo es como los pantalones. De acuerdo. Voy de aquí de Begonia hasta la Avenida y camino dos manzanas para comprar cigarrillos y regreso, me cruzo con un montón de gente, y nadie repara en mí.

-*Todo el mundo* repara en ti, mi grande y fornido y hermoso...

-No, espera... espera. Nadie repara realmente en mí. Tú me sigues y preguntas a toda esa gente con la que me he cruzado, les preguntas si me han visto. Algunos dirán que sí, la mayoría que no saben. Tomas a los que han dicho que sí, y les preguntas qué tipo de pantalones llevaba. Y verás cómo las respuestas van desde los shorts hasta los pantalones de golf, pasando por los pantalones de seda negros y los de tela de gabardina.

-Eso no tiene nada que ver con el sexo.

-Espera, espera. Ahora suponte que voy desde aquí hasta el drugstore sin pantalones.

-*¿Sin* pantalones?

—Aja. ¿Quién se dará cuenta de ello?

-Nunca llegarás a la Avenida. Ni siquiera te atrevas a intentarlo, una vez pasados los Palmers.

-Todo el mundo se dará cuenta... ¡correcto! Así ocurre con el sexo. Cualquiera que pueda gozar del suficiente para satisfacer sus necesidades, no tendrá nada de qué preocuparse con tal de que no lo convierta en algo demasiado llamativo, se preocupe de sus propios asuntos, no piense demasiado en ello y no incomode a los demás. Pero si no tiene nada, absolutamente nada, de lo que disfrutar... ¡muchacho! No dejará de pensar en ello, no dejará *en absoluto,* y todos los que estén alrededor de él se darán cuenta. Tillie.

-Oh, *eso* no preocuparía a Tillie.

—No es eso lo que quiero decir. Lo que quiero decir es que así es como se siente Tillie ahora. Eso es lo que la está preocupando, no podéis salir a la bolera juntas, está demasiado alterada.

-Creo que tienes razón, ¿sabes?, en lo que has dicho del sexo como unos pantalones. Pero no vayas diciéndo-lo por allí, o la gente empezará a decir que tú estás hablando de que Tillie no lleva pantalones.-Jeanette ríe chillonamente.-¡Vaya idea! Ni siquiera unos pantalon-citos viejos. Ni siquiera unos slips.

-Bueno, más facilidades no pueden darse, ¿eh?

-Sigue diciendo esas cosas, viejo sátiro, y vas a saber lo que es bueno.

Librodot

Afuera en el vestíbulo encontraron a Mielwis, que dijo:

-¿Cómo van las cosas, Charlie Johns?

-Muy bien-dijo Charlie calurosamente-. Creo que son ustedes lo más notable que haya producido jamás este viejo planeta, ustedes los ledom. Bastaría para convertir a la religión al más escéptico de los tipos, el que una mutación como ustedes haya surgido precisamente cuando el resto de nosotros estaba disolviéndose en humo.

-Entonces, usted nos aprueba.

—Una vez uno se ha habituado a la idea... bien, debo decir que sí. Dios, es una lástima que unos pocos de ustedes no puedan venir a... esto... predicar o algo así. Al menos eso es lo que creo.

Mielwis y Philos intercambiaron una mirada.

—No-dijo Philos, como si aquello estuviera más allá del alcance de Charlie-, todavía no.

-¿Podrá ser pronto?

-Creo que vamos a ir hasta el Borde-dijo Philos-. Solos Charlie y yo.

-¿Porqué?-preguntó Mielwis.

Philos sonrió, y las oscuras luces de sus ojos destellaron.

-Cuesta regresar.

Entonces Mielwis sonrió también, y asintió.

-Me alegra que piense bien de nosotros, Charlie Johns-dijo-. Espero que siga haciéndolo siempre.

-¿Qué más hay?-dijo Charlie, mientras él y Philos daban media vuelta en "el corredor. Bajaron por uno de los ascensores invisibles, y en el patio principal Charlie preguntó-: ¿A qué se refería?

-Aún hay algo que usted ignora-dyo Philos, saludando a un niño, que le contestó guiñando un ojo.

-¿Algo que va a mostrarme allá en el Borde?

-Lo que le dije a Mielwis-respondió Philos, obviamente sin responder a su pregunta-fue, en efecto, que después de que yo le haya dicho todo lo que falta, necesitará un cierto tiempo para regresar... para acomodarse a ello.

-¿Es tan difícil de asimilar?-rió Charlie.

Philos no se rió

-Es tan difícil de asimilar.

Charlie dejó de reír, y caminaron fuera de El Médico y a través de los campos en una dirección nueva para Charlie.

Librodot

-Echo a faltar la oscuridad-dijo Charlie tras un momento, mirando hacia el plateado cielo-. Las estrellas... ¿qué ocurre con la astronomía, Philos, y con la geofísica, y con todas esas cosas que necesitan un ángulo de visión más amplio que los olivares y los campos cultivados?

-Los archivos del cerebrostilo están llenos de ello, en caso de que se hagan de pronto importantes. Mientras tanto-dijo Philos-, aguardan.

—¿A qué?

-A un mundo donde se pueda vivir.

-¿Cuánto tiempo se necesitará para ello?

Philos se alzó de hombros.

-Nadie puede decirlo aún. Seace piensa que deberíamos enviar un satélite cada cien años o así para comprobarlo.

-¿Cada cien años o así? Por el amor de Dios,Philos... ¿cuánto tiempo piensan permanecer encerrados aquí?

-Tanto como sea necesario. Mire, Chaflie, la humanidad ha pasado varios miles de años mirando hacia afuera. En los archivos hay mucha más información sobre la composición de las estrellas enanas blancas que sobre la estructura del suelo bajo nuestros pies. Es una buena analogía; necesitamos equilibrar un poco las cosas pasando un cierto tiempo mirando hacia adentro en vez de hacia afuera. Como dijo uno de sus escritores, Wylie, creo, tenemos que dejar de examinar un poco el *objeto* e intentar conocer el *sujeto.*

-¡Y mientras tanto permanecen en un punto muerto!-gritó Charlie, y agitó una mano señalando a un lejano ledom manejando pacientemente una azada-. ¿Qué es lo que pretenden hacer... permanecer parados en ese punto muerto durante diez mil años?

-¿Qué son diez mil años-preguntó Philos tranquilamente-en la historia de una *razal*

Caminaron en silencio durante un tiempo a través de las ondulantes tierras, hasta que Charlie lanzó una pequeña y casi embarazada risita y dijo:

-Supongo que no estoy acostumbrado a pensar en términos tan grandes... Escuche, aún estoy algo confuso respecto a cómo se inició Ledom.

-Lo sé-dijo Philos reflexivamente-. Bien, con respecto al primer par de nosotros, la noticia fue comunicada a un pequeño número de personas muy inteligentes y de amplias miras. Como le dije ya en el stilo, cuidaron de ocultar su identidad, y si lo hicieron con nosotros puede estar seguro de que fueron diez veces más cuidadosos en ocultarla al resto del mundo. El homo sapiens no aceptaría fácilmente la idea de ser suplantado, ¿no cree?

-Me temo que tiene razón.

-Incluso aunque la nueva especie no representara ningún peligro directo para él-asintió Philos-. Bien; aunque no poseemos ningún conocimiento directo de quiénes eran, resulta claro que debían ser unos astutos expertos en al menos una docena de campos distintos.

Desarrollaron el primer cerebrostilo, por ejemplo, e hicieron casi todo el trabajo preliminar que desembocó en el campo-A, aunque no creo que el primer campo operativo fuera realmente generado hasta que nos hallamos librados a nuestros propios medios. No sabría decir si se ocuparon de nosotros, por nuestro propio bien, hasta que murieron, o bien trabajaron en nosotros hasta un cierto punto y luego nos dejaron para que siguiéramos por nosotros mismos a partir de un momento determinado. Sólo puedo afirmar que existió una pequeña colonia de ledom jóvenes en una gran caverna montañosa que se abría sobre un valle totalmente inaccesible de otro modo. Los ledom nunca se aventuraron en ese valle hasta que el primer campo-A fue desarrollado y el valle pudo ser recubierto por un techo.

-¡Entonces el aire no era radiactivo ni nada parecido!

-No, no lo era.

-¡Entonces los ledom coexistieron realmente con el homo sapiens durante un cierto tiempo!

-Sí, por supuesto. La única forma en que podían ser descubiertos era desde el aire. Por supuesto, una vez el campo-A estuvo a punto, incluso eso dejó de ser un problema.

-¿A qué se parece este lugar visto desde el aire?

-Según tengo oído-dijo Philos-, se parece simplemente a otras montañas.

-Philos, ustedes los ledom se parecen sorprendentemente unos a otros. ¿Acaso son... provienen de una misma familia?

-Sí y no. Tal como lo entiendo, al principio fueron dos, pero sin ninguna relación consanguínea. Los demás somos descendientes de ellos.

Charlie pensó en todo aquello durante un momento, luego decidió no hacer la pregunta que tenía en mente. En vez de ello, preguntó:

—¿Puede alguien salir de aquí?

—Nadie lo desea, ¿no cree?

-Pero... *¿podría?*

-Supongo que sí-dijo Philos, con un tono ligeramente irritado. Charlie pensó si no se trataría de un condicionamiento de algún tipo. Sería lógico.

-¿Cuánto tiempo hace que están aquí los ledom?

-Responderé a eso-dijo Philos-, pero no ahora.

Ligeramente desconcertado, Charlie caminó durante un tiempo en silencio. Luego preguntó:

-¿Hay otras colonias ledom como ésta?

-No.-Philos parecía estarse volviendo cada vez más lacónico.

-¿Y no queda nadie fuera de aquí?

-Suponemos que no.

-¿Suponen? ¿No lo saben?-Al notar que Philos no iba a responder, Charlie preguntó a quemarropa:-¿Está realmente extinguido el homo sapiens?

-Inevitablemente-dijo Philos; y tuvo que conformarse con aquello.

Habían alcanzado el límite del valle, y estaban trepando por las colinas que lo circundaban. El avance se hacía más difícil, pero Philos parecía desear ir más aprisa, parecía estar siendo empujado por algo. Charlie observó que examinaba atentamente las rocas de los alrededores, sin dejar de mirar hacia atrás, hacia los cada vez más lejanos Edificios.

-¿Está buscando algo?

-Sólo un lugar para sentarnos-dijo Philos. Estaban caminando por entre enormes peñascos, y finalmente llegaron a una abrupta pendiente, en parte roca sólida, en parte talud. Philos miró de nuevo hacia los Edificios-invisibles desde allí-, y dyo con una voz tensa y extraña:

—Sentémonos.

Charlie, dándose cuenta de que durante varios minutos había estado esperando algo grande e inesperado, encontró una gran roca plana y se sentó en ella.

—Aquí es donde... perdí... a mi compañero, mi Froure-dijo Philos.

Recordando que había prometido a Nasive que no demostraría saber nada de aquello, Charlie, no sin cierta dificultad, adoptó una expresión de simpatía y no dijo nada.

-Fue hace mucho tiempo-dyo Philos-. Acababa *de* serme confiado el puesto de historiador. La idea general era ver lo que ocurriría si uno de nosotros se metía enteramente en ello; si era algo tan venenoso como alguna gente temía. Y por alguna gente entiendo a algunas de las personas que trabajaron con nosotros en la Primera Caverna. Creían muy firmemente que debíamos cortar todas las ataduras con el homo sapiens, que parecía haberse desenvuelto tan chapuceramente, e intentar no emularlo de ninguna manera, ni siquiera inconscientemente. Aquello podría costamos su arte, su literatura, y mucho de lo bueno que había en sus evaluaciones; pero al mismo tiempo no deseaban que renegáramos de sus ciencias puras... usted mismo ha mencionado la astronomía... y algunos de los datos sobre el desarrollo. A veces resulta útil, ya sabe, conocer cuáles errores hay que evitar. Eso no sólo ahorra problemas; en un sentido moral hace que los más crasos errores sean buenos para algo. Así que... probémoslo primero con una cobaya-dijo, con una ligera sonrisa amarga.

"Llegué casi hasta tan lejos a lo que ha llegado usted en el estudio de los ledom y del homo sapiens, aunque con mucho más detalle. Hacía poco que Froure y yo nos habíamos casado, y yo debía pasar mucho tiempo solo. Pensé que sería bueno para Froure y para mí dar un largo y tranquilo paseo, simplemente para hablar, para estar juntos. Ambos estábamos embarazados... Nos sentamos aquí y... y...-Philos tragó saliva y empezó la frase de nuevo.-El suelo se abrió bajo nuestros pies.

Ésa es la única forma en que puedo decirlo. Froure fue... tragado. Yo salté para...

-Lo siento-drjo Charlie fútilmente.

-Cuatro días más tarde me sacaron de aquí. Nunca encontraron a Froure. Yo perdí a mis dos bebés. Los únicos que tendré nunca, imagino.

-Pero seguro que usted puede...

Philos interrumpió la cálida sugerencia.

-Pero seguramente no querré...-drjo, con una amable burla. Y luego, seriamente-: Me gusta usted, Charlie Johns, y confío en usted. Me gustaría mostrarle por qué me es imposible volver a casarme, pero tiene que prometerme su absoluta discreción.

—¡Por supuesto!

Philos le miró solemnemente durante un largo momento, luego unió sus manos. El campo espejo surgió a la existencia. Con el campo aún operando en el suelo, retrocedió un metro, y tiró vivamente del borde de una roca plana. Basculó, descubriendo un oscuro hueco o la boca de un túnel. El espejo, perfecto y sin forma definida, reflejando el gran peñasco, constituía un camuflaje perfecto para el agujero tras él, en el caso de que alguien se acercara procedente de los Edificios. Philos se metió en el agujero, hizo una seña a Charlie, y desapareció de la vista.

Atónito, Charlie le siguió.

Con treinta personas en la sala de estar uno se halla un poco apretado, pero todo se produce de una manera amistosa e informal, y a la gente no le importa sentarse en el suelo si es necesario. El reverendo es un buen hombre. Es un buen hombre, piensa Herb, en cualquier sentido que uno desee darle a esa palabra. Cuando ese reverendo Bill Flester era capellán en el ejército, apostaría a que las cosas se hacían como decía la iglesia, desde el alto mando hasta el último recluta. Flester tiene unos ojos claros y una dentadura perfecta, un pelo gris acero muy corto y un rostro joven y saludable. Sus ropas son sobrias pero no funerales, y la estrecha cinta de su corbata y sus estrechas solapas, así como sus palabras, hablan su propio lenguaje. Ha empezado citando una tesis como si fuera un texto para un sermón, pero no se tata de ningún texto bíblico; es una frase de trabajo como cualquiera de los slogans que uno puede oír recorriendo Madison Avenue o cualquier otro lugar; es: "Siempre hay un camino, si uno simplemente se molesta en pensar en él". Los vecinos escuchan arrobados. Jea-nette observa sus dientes. Tillie Smith examina sus hombros, que son amplios, y el pelo gris acero cortado a cepillo. Smitty, doblado al extremo de una mesita baja, se inclina hacia adelante y con sus dedos índices y pulgar tira de su labio inferior para que puedan verse bien sus encías inferiores sosteniendo sus dientes, lo cual es en Smith señal de que "Ese tipo tiene algo que decir".

-Nuestros propios amigos judíos-está diciendo Flester, con una filtrada aprobación-han construido ese encantador pequeño templo ahí abajo en Forsythia Drive, y al otro lado de los bloques nuestros amigos católicos tienen también una hermosa pequeña capilla de ladrillos. Sin embargo, un poco de lectura y mucho andar me han permitido descubrir que hay veintidós iglesias protestantes distintas dentro de un radio de quince kilómetros desde aquí; la gente de esta zona acude al menos a dieciocho de ellas, y tenemos al menos quince de ellas representadas aquí mismo en esta habitación. Ahora bien, nadie va a construir quince o veinte o veintidós tipos distintos de iglesias protestantes aquí. La gente lista sabe muy bien lo que hay que hacer ante una tal dispersión, como lo saben los que se dedican a la alimentación.

Centralizan.

"Parece que deberíamos aprovecharnos algo de su experiencia. Una iglesia ha de preocuparse de la eficiencia, de la productividad y de los costos igual que cualquier otro negocio. Ante una nueva situación, uno encuentra nuevas formas de llevar los negocios, como la idea de los autobancos, o como las compras por televisión de que hablaban los periódicos el domingo pasado. Todos nosotros somos protestantes y todos deseamos ir a la iglesia lo más cerca posible de nuestra vecindad. El único problema parece ser una cuestión de doctrina. Hay un montón de gente que se toma su doctrina más bien en serio, y seamos francos, eso ha promovido más de una disputa.

"Sin embargo, se ha hecho mucho en el camino de unir las iglesias. Tú cedes en esto y yo cedo en eso otro, y así podemos seguir juntos. Pero hay un montón de gente que piensa que uno no puede unirse a los demás sin perder algo. Eso es lo que hace a muchos decir: un compromiso es cuando todo el mundo pierde algo. Nosotros no deseamos esto aquí.

"Creo con todos los respetos que algunas personas toman el bastón por el extremo equivocado. Tiene que existir una forma en la que podamos ir todos juntos y en la que nadie pierda y todos ganen. Siempre *hay* un camino, si uno simplemente se molesta en pensar en él.

"Ahora que pienso en ello, y no me enorgullezco por hacerlo porque cualquiera de ustedes podría seguir el mismo camino y llegar a la misma respuesta si se hallara tan implicado en el asunto como lo estoy yo, creo que deberíamos organizar una reunión al más alto nivel entre los representantes de todas las distintas iglesias; lo que podríamos llamar un grupo gestor, o un grupo ejecutivo; y creo que podríamos estudiar la idea de una pequeña iglesia común para todos nosotros. Pero en vez de disputar acerca de qué etiqueta ponerle, dejemos que luzca todas las etiquetas posibles, adornémosla con todo lo que tengamos a mano. Así podremos entrar en ella como si fuera el supermercado de Dios, y todos encontraremos algo que nos satisfaga, y lo único que tendremos que hacer es entrar y tomarlo de la estantería correspondiente.

"Pongamos un ejemplo para comprender lo que quiero decir: si una de ustedes, queridas damas, ha sido leal a los productos Del Monte durante toda su vida, no quiero que lo mantenga como un secreto, no me gustaría tener que contratar a un muchacho para que fuera arrancando todas las etiquetas, no querría que dejara de utilizar la marca o de decirle a todas sus amigas que usted cree que es la mejor. Simplemente deseo que pueda seguir usándola y sea feliz con ella, puesto que aquí la encontrará. Y no habrá ninguna disputa entre usted y el supermercado, o entre usted y otras dientas, si es que ellas desean alguna otra marca, porque todas las marcas estarán juntas en la misma estantería, todas bajo la misma iluminación y con la misma publicidad.

"Si podemos hacer esta proposición a... esto... todos los elementos directivos, o digamos distribuidores para seguir con nuestro ejemplo, no creo que ellos rechacen la idea de conseguir una mayor distribución sin plantear problemas a la lealtad del consumidor. Creo que se mostrarán tan entusiasmados como lo haría el propietario de una tienda hacia ese nuevo sistema de empaquetado y puntos de venta. Será simplemente 'servir' a la clientela desde otra óptica nueva y distinta.

"Nadie necesita pasarse de algo que realmente necesite... ésa es la forma americana de hacer las cosas. Si usted desea que sus chicos sean bautizados por inmersión, dispondremos

de una fuente o piscina lo suficientemente grande. Si usted desea velas en el altar, espléndido; el domingo es lo suficientemente largo como para tener servicios con y sin ellas. Los candelabros pueden ser telescópicos. ¿Pinturas y decoración? Las montaremos sobre ranuras y bisagras, de modo que puedan cambiarse o deslizarse fuera de la vista cada vez que sea necesario.

"No voy a dar más detalles sobre ello; al fin y al cabo, es *su* iglesia y debe ser edificada a su modo. Nosotros estamos guiados únicamente por la idea de servicio... lo cual significa que nuestra sola preocupación es no ofender a nadie. Hay más caminos similares que distintos para amar a su Dios, y ya es tiempo de que avancemos siguiendo las corrientes principales del sistema americano y dejemos que nuestras iglesias nos sirvan de acuerdo con el mejor self-service posible y de la mejor calidad: con mucho espacio para aparcamiento, y un parque infantil decente para los niños. Todo el mundo aplaude.

—Philos apoyó su hombro contra la losa y la empujó hasta cerrarla. Durante un momento todo fue absolutamente oscuro, y luego hubo un sonido de roce, y Philos descubrió un fragmento de un material fríamente luminoso y lo insertó en una hendidura.

-Hay otra cosa importante que debe usted aprender de Ledom, y de una forma un tanto desagradable-dijo Philos-. Pero no existe otra forma mejor de aprenderla Ni el propio Melwis tiene la menor idea de ello. Póngase esto.-De algún hueco oculto en la roca sacó una capa, de un material que podría ser descrito como una tela de araña muy gruesa. Sacó otra parecida y se envolvió en sus pliegues. Charlie, sin decir nada, le imitó, mientras Philos continuaba con tonos duros, casi coléricos:-Froure fue tragado por la tierra, y yo le seguí, y cuando nos detuvimos, Froure con un pie y cuatro costillas rotas, recuerde, nos hallamos aquí... en lo que los geólogos llaman una chimenea. No estaba tan acondicionada como ahora. Era inútil intentar salir hacia arriba. Así que seguimos *hacia adentro.*

Pasó por delante de Charlie, y pareció acurrucarse entre las sombras en un rincón; luego había desaparecido. Charlie le siguió, y descubrió que la mancha negra era un orificio, la boca de un túnel. En la oscuridad, Philos tomó su mano, y Charlie tropezó con el borde de su capa y maldijo.

-Es demasiado cálida.

-Manténgala puesta-ordenó Philos secamente. Avanzó decidido, tirando de Charlie, que le siguió con precauciones y arrastrando los pies e hizo todo lo posible por seguir su ritmo; y mientras tanto Philos no dejó de hablar, secamente, apresuradamente, con frases cortas; obviamente, le dolía lo que estaba diciendo.

-Lo primero que recuerdo es habernos hallado en una especie de caverna ciega ahí atrás. Froure había conseguido prender algún tipo de luz, y yo me sentía como vuelto del revés. Entonces fue cuando perdí mis bebés, los dos. El aborto duró casi tres horas. La luz se mantuvo durante todo el tiempo y... hoy aún lo lamento. Cuidado con la

Librodot

cabeza, aquí el techo baja... Eran fetos de seis meses y medio. Bien formados.

Hubo una larga pausa en la que sólo se oyó el arrastrar de los pies. Luego, la voz de Philos dijo en la oscuridad:

-Fetos de su especie. Fetos de homo sapiens.

—¿Qué?

Philos se detuvo en la oscuridad y se oyó un nuevo roce. Extrajo otra vez de un montón de cascotes un resplandeciente bloque de material, y lo colocó en su sitio. Se hallaban en una caverna de paredes lisas que indudablemente había sido en su tiempo una burbuja de presión en el magma de un volcán.

-Ocurrió exactamente aquí-dijo Philos, señalando con un gesto-. Froure intentó ocultármelos. Yo... no me gusta que la gente intente ocultarme cosas.

"Exploramos un poco. Toda la colina estaba perforada por esas chimeneas. Ya no lo está, dicho sea de paso. Descubrimos un camino de regreso, un agujero a un centenar de metros del acantilado. Pero también descubrimos un camino hacia el otro lado... directamente a través de la colina y emergiendo pasado el 'cielo'.

"Yo estaba herido y dolido y algo más que irritado. Froure también. Tuvimos una loca idea. El pie y las costillas de Froure le dolían, pero no eran peligrosos, y nosotros los ledom podemos soportar bastante bien el dolor. Pero yo había sufrido heridas internas y tenía que hacer algo al respecto. Así que llegamos al acuerdo de que yo regresaría, y Froure, simplemente... desaparecería por un tiempo.

-¿Por qué?

-Quería saber la verdad. Había perdido a mis dos bebés, y eran homo sapiens. ¿Era sólo yo? Bien, había una forma de descubrirlo. Y si descubría lo que sentía temor de descubrir, entonces deseaba que Froure y yo estuviéramos lejos de Ledom... lo suficientemente lejos al menos como para ser capaces de pensar en todo ello...

"Así que debía volver. Y Froure debía quedarse. Yo recibiría tratamiento y regresaría tan pronto como me fuera posible. Bien... Me arrastré hasta la salida por la otra chimenea, y provocamos un nuevo desprendimiento, y el equipo de búsqueda me halló por supuesto, y no dudaron en cavar allá donde yo les dije, y naturalmente Froure no fue hallado. Pero provocamos tan bien ese segundo desprendimiento que yo resulté herido de nuevo... y pasó mucho tiempo, mucho más del que yo había pensado, antes de que finalmente pudiera ponerme de nuevo en pie. Me apresuré a regresar... y ellos, oh, comprendieron tan bien, y me dejaron que expresara mi dolor del modo como deseara... me apresuré a regresar, esperando contra toda esperanza que aún llegara a tiempo, pero era demasiado tarde. Froure, completamente solo, dio a luz sus dos bebés, y uno murió.

"Ambos eran homo sapiens."

—¡Philos!

-Sí, homo sapiens. Así que empezamos a estar seguros. De algún modo, un bebé tenía que nacer en El Médico para nacer ledom. ¿Suena eso como algo parecido a cualquier cosa que haya oído respecto a mutaciones?

Librodot

-Por supuesto que no.

-No existe ninguna mutación, Charlie, y eso es lo que Mielwis deseaba que supiera. Y Froure está vivo aquí, y también mi niño homo sapiens, y eso era lo que *yo* deseaba que supiera.

Era demasiado-absolutamente demasiado-para que Charlie Johns pudiera captarlo de golpe. Empezó a tomarlo a pequeñas partes.

-Mielwis no sabe lo que les ocurrió.

—Correcto.

-Su... Froure está aquí, vivo.-(¡Pero Nasive había dicho que el derrumbe se había producido hacía años!)-. ¿Cuánto tiempo hace de eso, Philos?

-Años. Soutin... el niño, es casi tan grande como usted.

-Pero... ¿por qué? ¿Por qué? Cortar de ese modo todos los lazos con los demás...

-Charlie, tan pronto como me fue posible, empecé a averiguar todo lo que me fuera posible sobre Ledom... cosas que nunca antes hubiera pensado en plantearme. Los ledom son una gente abierta y honesta, usted lo sabe bien, pero son humanos y necesitan intimidad. Quizás ésa es la forma en que la mantienen... respondiendo a las preguntas, pero sólo cuando se las hacen y no siempre voluntariamente. Hay secretos en El Médico y El Científico... no secretos en el sentido de sus ridiculas estupideces de "reservado", "clasificado" y "alto secreto", sino cosas, muchas cosas, que ordinariamente no se le ocurriría a nadie preguntar. A nadie se le ocurriría preguntar nunca el por qué de la anestesia total en nuestros exámenes físicos mensuales, por ejemplo, pese a que pasamos por ellos durante toda nuestra vida; nadie se pregunta por qué nuestros bebés son "incubados" durante un mes antes de que podamos siquiera verlos; ¿a quién se le ocurriría preguntar sobre cosas como los experimentos sobre el viaje temporal? Y fue casi por accidente que tropecé con el Control Natural... de hecho, nunca he llegado a verlo, y ni siquiera lo hubiera comprendido de no ser por el nacimiento de Soutin.

-¿Qué es el Control Natural?

-Un niño oculto en algún lugar en El Médico. Un homo sapiens. Con su mente mantenida en estado de letargia; algo sobre lo que puedan comparar constantemente su trabajo. Así que puede ver que nuestros tres niños muertos, y Soutin, no son los únicos homo sapiens nacidos aquí. Fue cuando descubrí lo del Control Natural que decidí que Soutin permaneciera oculto aquí... lo cual significaba por supuesto que Froure debería quedarse también. Cuando Soutin nació era una cosa pequeñita y más bien divertida... perdóneme, Charlie, pero para nosotros era algo divertido... pero lo queríamos. Todo lo pasado nos ha hecho quererlo más y más. Mielwis nunca tendrá a Soutin.

—Pero... ¿qué va a ocurrir? ¿Qué es lo que piensa hacer?

-Eso depende de usted, Charlie.

—¿Yo?

-¿Se lo llevará de vuelta con usted, Charlie?

Librodot

Charlie Johns miró a través de la difusa luz plateada a la embozada figura, al inquieto y sensitivo rostro. Pensó en la tenacidad, el dolor, la preocupación; la dolorosa soledad entre aquellos dos seres amantes obligados a permanecer separados tanto tiempo y tan a menudo, y todo ello por el amor que sentían hacia su hijo. Y pensó en el hijo... convertido allí en un ermitaño enterrado como un topo, y en Ledom un monstruo o un animal de laboratorio; y llevado a su tiempo... ¿qué? Sin conocer el lenguaje, las costumbres... podría ser peor que cualquier cosa que pudiera hacerle Mielwis.

Estuvo a punto de agitar la cabeza negativamente, pero le fue imposible ante la desgarradora ansiedad que se leía en el rostro de Philos. Además... Seace no lo permitiría; Mielwis no lo permitiría. (Pero recuerda... recuerda. Tú conoces la posición de los mandos de la máquina. Recuerda.)

-Philos... ¿podría llevarnos hasta la máquina del tiempo en El Científico sin que nadie lo supiera?

—Podría, si fuera necesario.

—Será necesario. Me lo llevaré.

Lo que dijo Philos no fue nada especial. Pero la forma en que lo dyo fue una de las mejores recompensas que Charlie Johns hubiera recibido nunca. Con sus oscuros ojos brillando, Philos simplemente susurró:

-Vayamos a decírselo a Froure y Soutin.

Philos se envolvió más apretadamente en la gruesa capa, indicando a Charlie que hiciera lo mismo, y entonces colocó sus manos planas sobre la pared más alejada, una sobre la otra. Sus dedos se hundieron en algún oculto mecanismo, y la pared se abrió hacia adentro. Una sección de la lisa roca, de la altura de un hombre, pivotó en la cámara. El otro lado estaba hueco, formando una cufia, como un trozo de pastel. De su oscuro interior triangular les llegó una bocanada de aire helado.

-Una especie de esclusa de aire-dijo Philos-. El "cielo" termina aquí; de hecho, ahora estamos ya fuera de él. No podemos mantener el túnel abierto o de lo contrario la constante pérdida de aire haría que alguien sintiese curiosidad en la estación de control de presión.- Charlie se dio cuenta entonces por primera vez de que el fresco y agradable aire de todo Ledom no sólo estaba acondicionado, sino también presurizado.

-¿Es invierno ahora?

—No, pero estamos más bien altos. Iré primero y esperaré para guiarle.-Se metió en la cámara triangular y apretó algo en la pared interior. Giró alejándolo de la vista, y luego volvió a girar de nuevo, vacía. Charlie entró y apretó también. Ante él, la especie de puerta giró contra roca sólida; tras él, se cerró inmediatamente sobre sus talones. Y se encontró de pie en la ladera de una colina, bajo las estrellas; jadeó ante el frío y tenue aire, o quizá fuera a causa del espectáculo de las estrellas.

A la luz estelar, lo suficientemente intensa, descendieron la ladera, penetraron resollando en una profunda hendidura en la roca, y en ella Philos se detuvo ante una puerta. Empujó; una vaharada cálida sopló hacia ellos.

Entraron, y la corriente de aire hizo que la puerta se cerrara. Avanzaron de nuevo y

Librodot

abrieron una segunda puerta, y allí, corriendo hacia ellos a través de una amplia habitación de techo bajo, con un auténtico fuego de leña crepitando en una auténtica chimenea de piedra, corriendo hacia ellos alegremente, vino Froure, cojeando pero corriendo, y tras él, agitando los brazos y lanzando gritos, Soutin.

Charlie Johns murmuró una única palabra y se derrumbó de bruces, desvanecido; y la palabra que dijo era "Laura".

-A veces basta con mirar alrededor de ti para asustarte-dice Herb.

Jeanette está remojando palomitas de maíz en colorante para huevo en un molde alto para pasteles, a fin de que Davy pueda confeccionarse un collar indio. Davy tiene tan sólo cinco años, pero es muy bueno con la aguja y el hilo.

—Pues no mires a tu alrededor. ¿A que' te estás refiriendo?

—A la radio. Escucha esto.-Una voz está gimiendo una canción. Un oído entrenado, si se le obliga a escuchar (si no se le obliga, por muy entrenado que esté, no oirá nada), podrá reconocer la melodía como *Vestí la Giubba;* la letra no tiene nada que ver con la desilusión del estudiante en su baile de final de curso, y tanto la letra como la música quedan cubiertas por un piano tocando atipladas octavas: *Klingklingkling-ktingklingkling,* seis negras manteniendo el ritmo.

—¿Quién está cantando?

-*Yo* no lo sé-dice Jeanette, con un cierto grado de aburrimiento-. No estoy para preocuparme de todos los Hermanos Algo o los Tríos Arrabaleros. Todos suenan igual.

—Sí, pero ¿quién, quién es ése?

Ella deposita más palomitas de maíz sobre un tinte púrpura y hace una pausa para escuchar.

-Es ese tipo estrábico que salió la última noche por la televisión, mostrando sus dientes cariados... adivina.

-¡No!-dijo él triunfalmente-. Tú te refieres a ese tipo barriobajero al que llaman Debsie. Es decir, un hombre. *Eso* es una mujer.

-No me digas.-Escucha, mientras la voz se desliza hacia arriba durante todo un compás y medio y desaparece luego detrás del teclear del piano-. ¿Sabes?, es cierto.

-Sé que es cierto, y eso es para asustarte.-Herb cierra la revista que ha estado leyendo.-Estaba echándole un vistazo a Al Capp, ya sabes, la historieta, Al Capp, diciendo que al fin uno puede reconocer en las ilustraciones de las revistas quién es el hombre y quién la mujer: el más apuesto es el hombre. Y estaba leyendo precisamente esto cuando aparece por la radio una cantante con la especial tonalidad de voz que hace que suene como un cantante con voz de chica.

Librodot

-¿Y eso te asusta?

-Bueno, las cosas pueden volverse confusas-dice él jocosamente-. Dejemos que esto prosiga un poco más, y nos encontraremos con una mutación, de tal modo que no podremos llegar nunca a saber quién es chico y quién es chica.

-Tonterías. Las mutaciones no se producen así.

-Lo sé. Lo que quería decir es que, si las cosas siguen de este modo, cuando llegue la mutación tipo doble sexo, nadie se dará cuenta de ella.

-Oh, estás yendo demasiado lejos, Herb.

-Cierto. Pero hablando seriamente, ¿no has tenido a veces la sensación de que hay una gran fuerza trabajando alrededor de nosotros, intentando convertir a las mujeres en hombres y viceversa? No se trata sólo de esa cantante de poca monta. Mira a la Rusia soviética. Nunca se había producido en la tierra un experimento social tan grande que transformara a tantas mujeres en una manada de caballos de carga. Mira a la China roja, donde finalmente las muñequitas chinas se han visto liberadas de la esclavitud de las tabernas para ponerse monos de trabajo y apalear carbón catorce horas diarias junto con sus hermanos. Esto es tan sólo la otra cara del disco que acabamos de escuchar.

Jeanette saca las palomitas del tinte púrpura y las seca.

-Oh, no-dice-. En la otra cara está *Polvo de estrellas.*

—Ha dicho "Laura" y...

Charlie levantó la vista hacia el envigado techo.

—Lo siento-dijo débilmente-. Quizá he permanecido demasiado tiempo sin dormir. Lo siento.

—¿Quién es esa Laura?

Charlie se sentó, ayudado por Philos. Miró al que había hablado, un ledom de pelo amarronado y ojos grises con rasgos delicados pero firmes, y aquellos extraños labios que parecían como esculpidos pero que sin embargo reían tan fácilmente.

-Laura es una mujer a la que amaba-dijo, con la misma simplicidad con que lo hubiera dicho un ledom-. Usted debe ser Froure.-Y entonces miró de nuevo, miró de nuevo al otro.

De pie tímidamente, a un lado pero no detrás de la columna que sostenía el envigado del techo de roca. Vestido a la manera ledom, con un amplio cuello detrás de su cabeza y el material biostático que se ajustaba por sí mismo, apretado sobre el pecho pero luego abriéndose hacia abajo, dejando la parte inferior del cuerpo desnuda excepto el sedoso morral. Un rostro... un *hermoso* rostro, ni muy masculino ni demasiado bello; y, oh, no era Laura; sólo que tenía el mismo pelo que Laura.

Librodot

Ella.

-Soutin-dijo Philos.

—¡Us... usted siempre me habló de el-gritó Charlie estúpidamente.

-¿De Soutin? Sí, por supuesto... ¿que' ocurre?

Y entonces Charlie comprendió; sí, por supuesto... ¿qué otra cosa podía ser? Porque Philos le había contado su historia en lengua ledom, y siempre había utilizado el pronombre ledom que no era ni masculino ni femenino y que tampoco significaba "ello"; era él, el propio Charlie, quien lo había traducido por "él".

-Tienes el mismo pelo que Laura-le dijo a la muchacha.

-Me alegro de que haya venido-respondió ella, tímidamente.

No íe dejaron dormir... no podían, no había tiempo... pero le dejaron descansar un poco y le dieron de comer; Philos y Froure iban arriba y abajo por la casa, medio construida bajo tierra, medio al borde de una alta meseta, inaccesible a cualquier cosa que no tuviera alas, con muchas hectáreas de terreno boscoso detrás, y prados donde, le dijeron, Soutin había cazado un ciervo con un arco y flechas. Philos y Froure no dejaban de ir arriba y abajo por la casa, sin pretender ocultar su emoción, sollozando, preparados para no volver a verla nunca más. Fue entonces cuando Charlie se preguntó qué iba a ser de ellos una vez que él se hubiera llevado a Soutin. ¿Qué era lo que estaban haciendo... traición? ¿Cuál era la pena para la traición? No podía preguntarlo. El lenguaje no tenía palabras para conceptos tales como castigo.

Abandonaron la casa, subieron la colina, entraron en la esclusa de aire. Dentro, enterraron el bloque de luz. A través del túnel hasta la chimenea ascendente, donde enterraron el segundo bloque. Allí se quitaron las capas y las ocultaron, y salieron al verdeante paisaje, bajo el acerado cielo de Ledom. Caminaron lentamente hacia los edificios, formando dos parejas, como amantes, ya que Philos y Froure eran realmente amantes y Charlie y Soutin debían caminar aparentándolo, puesto que ella estaba muerta de terror y él debía sostenerla.

Al acercarse a El Médico, Froure retuvo su marcha y anduvo junto a Soutin y Charlie, mientras Philos marchaba en cabeza. Alguien podía recordar a Froure, pero no lo reconocería si lo viera solo. Pero si veía a Philos, el solitario, andando con alguien como un amante...

Y durante todo el camino, sujetando a Soutin, susurrándole advertencias y dándole ánimos y a veces órdenes directas; durante todo el camino, los pensamientos no dejaron de girar y arder en lo más profundo de la mente de Charlie.

-No grites-le dijo serenamente a Soutin mientras se acercaban a la entrada del metro; hubiera deseado haber tenido a su lado a alguien que le dijera aquello mismo cuando se enfrentó a él la primera vez. Tras cruzar la oscura entrada, se giró y la sujetó firmemente entre sus brazos, obligando a apoyar su cabeza contra el hueco de su hombro. Era ágil como una joven leona, pero cuando cayeron, se envaró aterrada. ¡Gritar! ¡Ni siquiera se atrevía a respirar!

Y en el metro, simplemente se aferró a él, clavándole las uñas de sus duros y afilados dedos, mientras permanecía inmóvil con los ojos y los labios fuertemente cerrados. Pero al

Librodot

otro extremo, cuando el invisible ascensor los empujó hacia arriba, y ella tuvo su primera experiencia del movimiento que había revuelto tan atrozmente el estómago de Charlie... ¡se echó a reír!

... Y él se alegró de que así fuera, olvidando una y otra y otra vez los pensamientos que rondaban por su cabeza:

... de amor los unos a los otros,

... de un hombre con un útero implantado acoplándose con otro hombre con un útero implantado,

... del responsable orgullo de los niños a los que se adoraba,

... de la mano de Grocid, y la de Nasive, en madera pulida,

... de los cuchillos y agujas alterando una novedad artificial creada por el hombre en las entrañas de los bebés,

... y de la distancia entre, o la fusión de, una deidad y una broma obscena.

Ascendieron por el costado de la inclinada estructura, Charlie ahogando la alocada risa de Soutin en su hombro, y penetraron en el brillante y encapsulado silencio del laboratorio de Seace. *No debería estar aquí,* se dijo Charlie con urgencia.

Pero estaba allí. Se giró del equipo que estaba manejando al extremo de la habitación y avanzó hacia ellos, sin sonreír.

Charlie avanzó furtivamente, arrastrando casi a Soutin, haciendo que Seace tuviera que pasar por su lado para hablar con Philos.

-Philos-dijo Seace-, no es tu momento de estar aquí.

Philos, pálido, abrió la boca para hablar, pero Froure gritó agudamente:

-¡Seace!

Seace no había visto a Froure, o no había reparado en el ledom "muerto" hacía tanto tiempo. Se giró para rechazar la interrupción, y entonces su mirada restalló, se inmovilizó, se aferró a los delicados rasgos de Froure. Froure sonrió y unió sus manos, y el campo-espejo se desplegó; fue algo perverso, exquisitamente calculado en su precisión, y el científico, tras recibir un claro atisbo de aquel inolvidable rostro, imposible y, sin embargo, vivo, lo vio reemplazado por su propia imagen. En el mismo momento en que estaba dudando de sus ojos, esos mismos ojos le negaban aquella visión.

-Retira eso-dijo roncamente-. Froure, ¿eres Froure?-Avanzó respirando pesadamente hacia el intangible plano del espejo; Phüos se deslizó detrás de Froure y tomó el anillo; Froure se echó a un lado, y

Philos llevó a Seace por toda la habitación como un pajarillo hipnotizado, luego hizo desaparecer el espejo y se plantó ante él sonriendo.

*-¡Seace!-*llamó Froure desde detrás...

Y durante todo aquello Charlie Johns estaba trabajando, trabajando en los diales de control de la máquina del tiempo. Los ajustó, uno, dos, tres, cuatro, pulsó la palanca, se

giró, y empujó a Soutin a través de la abierta puerta de la máquina, entró tras ella, cerrando la puerta a sus espaldas de un talonazo mientras la cruzaba. Lo último que vio mientras la puerta se cerraba fue a Seace, consciente al fin de lo que ocurría, apartando rudamente a Froure a un lado y precipitándose a los controles.

Charlie y Soutin cayeron juntos sobre el almohadillado del suelo. Por un momento permanecieron inmóviles tal como habían caído, y luego Charlie se puso en pie, arrodillándose junto a la temblorosa muchacha y rodeándola con sus brazos.

-Deseaba decirles adiós-susurró ella.

-Todo irá bien-dijo él. Acarició su cabello. De pronto, quizá como reacción, se echó a reír-. ¡Mira nuestro aspecto!

Ella lo hizo; primero a él, luego a sí misma; luego volvió unos ojos asustados de nuevo hacia él.

—Estaba pensando-dijo Charlie-como vamos a vernos en las escaleras, cuando lleguemos; yo con un traje de superman, y tú...

Ella tiró del alto cuello de su vestido, lo alisó.

-Nunca sabré qué hacer. Soy tan...-Acarició la tela de su morral.-Esto-dijo, con la voz quebrándose con el desesperado valor de una confesión-no es real; nunca podré... ¿Cre.es que lo sabrán, allá donde vamos?

Él dejó de reír instantáneamente.

-Nunca lo sabrán-le aseguró seriamente.

-Estoy tan asustada-dijo ella.

—Nunca necesitarás asustarte de nuevo-dijo él. Ni yo, pensó. Philos nunca la hubiera enviado al tiempo en que la humanidad iba a desaparecer. O... ¿sí? ¿Acaso no habría pensado que sería mejor proporcionarle un año entre los de su propia clase, un mes, aunque después tuviera que morir?

Deseó habérselo preguntado a Philos.

-¿Cuánto tiempo va a durar esto?-preguntó ella.

Él miró a la fisura apenas visible que era la puerta.

-No lo sé. Seace dijo que era instantáneo... desde el lado de Ledom. Supongo-drjo-que la puerta no se podrá abrir mientras la máquina esté...-iba a decir "moviéndose", y luego "viajando", y luego "operando", y todas le parecieron equivocadas-. Creo que si la puerta no está cerrada, es que hemos llegado.

-¿Vas a intentarlo?

-Por supuesto-dijo. No se atrevió a acercarse a ella ni a mirarla.

-No tengas miedo-dijo ella.

Charlie Johns se giró y abrió la puerta.

Librodot

-Dios bendiga a Mami y a Papi y a la Abuela Sal y a la Abuela Félix y creo que a Davy también-canturrea Karen a su aire-. Y...

—Adelante, querida. ¿Hay alguien más?

-Hummm. Y Dios bendiga a Dios, a-mén.

-Bien, eso ha sido muy gentil de tu parte, querida. ¿Pero por qué?

Karen dice, a través de los translúcidos márgenes del sueño:

-Porque Dios debe bendecir a todos aquellos que me quieren, por eso.

Charlie Johns abrió la puerta a un destello de luz,

un destello de luz plateada, un destello plata de cielo encapotado, una extensión plateada que colgaba como una cortina detrás de la gigantesca e imposible masa de El Médico, que llenaba casi toda la enorme ventana panorámica.

-Olvidó usted algo-dijo una voz. Mielwis.

Detrás de Charlie se produjo un ruido estrangulado. Sin girarse, dijo secamente:

-¡Quédate donde estás!-Pero Soutin pasó inmediatamente junto a él, corrió fuera de la máquina, pasó junto a los controles, junto a Mielwis, a Grocid, a Na-sive, a Seace, todos los cuales se la quedaron mirando mientras se precipitaba hacia donde estaban Philos y Froure, tendidos en el suelo, uno al lado del otro, con las manos apoyadas planas sobre su abdomen, los pies relajados. Por un momento no se oyó nada excepto la pesada respiración de Soutin; las demás ni siquiera se oían.

-Si los han matado-dúo Charlie finalmente, con una voz llena de odio-, han matado también a su hija.

Nadie hizo ningún comentario, a menos que los ojos bajos de Nasive fueran uno. Mielwis dijo suavemente:

-¿Y bien?-Charlie sabía que se estaba refiriendo a su anterior observación.

-No he olvidado nada. Encargué a Philos que les informara. Siempre que he hecho una promesa, la he mantenido.

—Philos es incapaz de hacer ningún informe.

-Eso es problema de ustedes. ¿Qué hay de su parte del trato?

—Nosotros también mantenemos nuestras promesas.

-Entonces adelante.

-Primero deseamos saber sus reacciones ante Le-dom.

¿Qué puedo perder ya?, se dijo desesperadamente, pero no había nada que lo ablandara. Entrecerró los ojos y dijo con voz clara y pausada:

-Son ustedes el más podrido grupo de pervertidos que haya tenido nunca el buen sentido de ocultarse en una madriguera.

Una especie de estremecimiento les recorrió... movimiento, no sonido. Finalmente:

-¿Qué ha sido lo que lo ha hecho cambiar, Charlie Johns? Hace unas horas pensaba muy bien de nosotros. ¿Qué lo ha cambiado?

—Sólo la verdad.

—¿Qué verdad?

-Que no existe ninguna mutación.

-¿El que lo hagamos nosotros mismos significa una diferencia tan grande? ¿Qué lo hace peor a sus ojos que un accidente genético?

-Simplemente el que ustedes lo hagan.-Charlie inspiró profundamente, y casi escupió las siguientes palabras:-Philos me dijo lo viejos que eran como pueblo. ¿Por qué practican el mal? Hombres casándose con hombres. Incesto, perversión, no hay nada podrido que ustedes no hagan.

-¿Cree usted-dijo Mielwis cortésmente-que su actitud es inusual, o imagina que sería la misma de toda la humanidad si fuera informada de eso?

-Unánime casi en un ciento dos por ciento-gruñó Charlie.

-Pero una mutación nos hubiera hecho inocentes.

-Una mutación hubiera sido algo natural. ¿Puede usted decir eso de ustedes mismos?

-¡Sí! ¿Puede usted? ¿Puede el homo sapiens? ¿Acaso hay grados de "naturalidad"? ¿Qué existe en una partícula cósmica, cuando varía un gene al azar, que sea más natural que la fuerza de la mente humana?

-Los rayos cósmicos obedecen las leyes de la naturaleza. Ustedes las están invalidando.

-Fue el homo sapiens quien primero invalidó las leyes de la supervivencia-dyo Mielwis calmadamente-. Dígame, Charlie Johns: ¿qué haría el homo sapiens si compartiéramos el mundo con ellos y conocieran nuestros secretos?

-Serían exterminados hasta que sólo quedara un chiquillo-dijo fríamente Charlie-, para ser exhibido como un fenómeno de feria. Eso es todo lo que tengo que decir. Ahora sáquenme de aquí.

Mielwis suspiró. Nasive dijo de pronto:

Librodot

—De acuerdo, Mielwis. Tenías razón.

-Nasive ha mantenido durante todo el tiempo que deberíamos compartir nuestra naturaleza y el campo-A y el cerebrostilo con el homo sapiens. Yo sostenía que usted reaccionaría exactamente como acaba de hacerlo... y que el homo sapiens convertiría el campo en un arma y el stilo en un instrumento para la esclavización de las mentes.

-Probablemente tuviéramos que hacerlo, para borrarlos a todos ustedes de la faz de la tierra. Ahora pongan en marcha su máquina del tiempo.

—Aquí no hay ninguna máquina del tiempo.

Las rodillas de Charlie cedieron literalmente bajo él. Giró y miró a la gran esfera plateada.

-*Usted* dyo que era una máquina del tiempo. Nosotros nunca lo hemos dicho. Usted dijo a Philos que lo era... y él le creyó.

—Seace...

-Seace preparó un poco el escenario. Un reloj con los números al revés. Una carterita de cerillas. Pero fue usted... usted quien creyó lo que quería creer. Usted lo hizo todo, usted, el homo sapiens. Ustedes dejan que cualquiera les ayude, si esa ayuda sirve para creer aquello en lo que desean creer.

—¡Usted dijo que me enviarían de vuelta!

—Dije que lo devolveríamos a su estado anterior, y eso es lo que haremos.

—Ustedes... ¡ustedes me han *utilizado!*

Mielwis asintió, casi alegremente.

-Sáquenme de aquí-restalló Charlie-. No quiero saber nada de lo que están diciendo.-Señaló a la sollozante muchacha.-Y quiero a Soutin. Se las han arreglado muy bien sin Soutin hasta ahora.

-Creo que sería lo más correcto-dyo Grocid.

¿Cuándo desea...?

¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!

-Muy bien.-Mielwis alzó una mano; de algún modo, hizo que todo el mundo contuviera la respiración. Mielwis pronunció una palabra de dos sílabas:

—Quesbu.

Charlie Johns se estremeció de la cabeza a los pies, y lentamente levantó las manos y se tapó los ojos.

Tras un cierto tiempo, Mielwis dyo con suavidad:

-¿Quién eres?

Charlie bajó las manos.

-Quesbu.

-No te alarmes, Quesbu. Vuelves a ser tú de nuevo. No tienes nada de lo que asustarte.

Grocid, estupefacto, jadeó:

—Nunca hubiera creído eso posible.

-Es su propio nombre-dijo Seace rápida y suavemente-: una orden posthipnótica. Él es realmente... pero Mielwis os lo explicará.

-Quesbu-dyo Mielwis-: ¿sigues recordando los pensamientos de Charlie Johns?

El hombre que había sido Charlie Johns dyo aturdidamente:

-Como... una especie de sueño o... como una historia que alguien me hubiera contado.

-Ven aquí, Quesbu.

Confiado, como un niño, Quesbu obedeció. Mielwis tomó su mano, y apretó contra el bíceps del joven una esfera blanca, que pareció desintegrarse. Sin un sonido, Quesbu se derrumbó. Mielwis lo sujetó delicadamente y lo transportó a un lado, junto a donde yacían Philos y Froure. Lo depositó suavemente al lado de ellos, y miró a los asustados y extraviados ojos de Soutin.

-Todo está bien, pequeña criatura-susurró Mielwis-. Sólo están descansando. Muy pronto estaréis juntos de nuevo.-Avanzó suavemente, a fin de no asustarla, pero con gran seguridad, y la tocó con otra de las pequeñas esferas.

Jeanette le cuenta a Herb lo de Karen: como dice que Dios bendiga a Dios, porque le pide a Dios que bendiga a todos aquellos que la quieren.

-Eso es muy propio de Dios-dice Herb impertinentemente; pero mientras sus palabras permanecen suspendidas allí, la impertinencia ha desaparecido.

-Te *quiero*-dice Jeanette.

... Y finalmente los dirigentes de Ledom pudieron conferenciar tranquilamente entre sí.

—¿Pero hubo realmente un Charlie Johns? preguntó Nasive.

—Oh, sí, por supuesto que lo hubo.

—Es... algo más bien desagradable-dijo Nasive-. Cuando adopté la .postura de que debíamos compartir lo que poseíamos con el homo sapiens, se trataba de... una especie de argumentación abstracta. En cierto modo no había nada real implicado en ello; sólo palabras, únicamente nombres de cosas.-Suspiró.-Charlie Johns me

gustaba. Parecía... comprender las cosas, como nuestra estatua. *El Creador,* sí, y el festín...

-Lo comprendió perfectamente-dyo Seace, con un toque de sarcasmo-. Pero me hubiera gustado ver cuánto hubiera comprendido si le hubiéramos dicho la verdad sobre nosotros antes de que viera la estatua y el festín, en vez de después.

—¿Quién era, Mielwis?

Mielwis cambió una mirada con Seace, se alzó ligeramente de hombros, y respondió:

-Creo que no importa decíroslo. Estaba a bordo de una máquina volante del homo sapiens que se estrelló en las montañas cerca de aquí. Se despedazó en el aire. La mayor parte de ella ardió y cayó al otro lado, lejos. Pero un fragmento aterrizó directamente sobre nuestro "cielo", y quedó perchado allí. Charlie Johns estaba dentro, muy malherido, junto con otro homo sapiens que estaba ya muerto. Bueno, ya sabéis que nuestro "cielo" se ve exactamente como una montaña desde arriba, pero de todos modos no era una buena idea dejar que partidas de rescate estuvieran merodeando por ahí.

"Seace captó el accidente con sus instrumentos, e inmediatamente estableció un campo-A de transporte y arrastró el fragmento hasta abajo. Hice todo lo que pude por salvar su vida, pero estaba demasiado malherido. Nunca recuperó la conciencia. Pero conseguí grabar todo un cerebrostilo con el contenido de su mente.

-Es la grabación más completa de una mente que jamás hayamos conseguido-dyo Seace.

-Entonces se nos ocurrió, a Seace y a mí, que podíamos usar la grabación para descubrir lo que pensaría el homo sapiens de nosotros si supiera de nuestra existencia. Todo lo que teníamos que hacer era suprimir el id, la parte del "yo" de alguien mediante hipnosis profunda, y reemplazarlo con la grabación del cerebrostilo de Charlie Johns. Teniendo a Quesbu, el asunto era sencillo.

Grocid agitó la cabeza, sorprendida.

-Ni siquiera *sabíamos* de la existencia de Quesbu.

—El Control Natural. No, no lo sabíais. Una propiedad de investigación de El Médico. Nunca había habido ninguna razón para hablarle a alguien de la existencia de Quesbu. Siempre ha sido bien tratado... incluso creo que era feliz, aunque nunca conoció nada más allá de su propio recinto en El Médico.

-Ahora ya lo conoce-dijo Nasive.

-¿Qué va a ocurrirles... a Quesbu y a los otros?-preguntó Grocid.

Mielwis sonrió.

-De no haber sido por ese increíble Philos y su ocultación de Froure y el niño durante todos esos años... y cuando digo ocultación quiero significar eso precisamente; nunca llegué a sospechar nada de ello... sin eso, repito, me hubiera sido difícil responder a esa pregunta. Quesbu difícilmente puede ser confinado de nuevo, tras su aventura como Charlie Johns, aunque en el futuro la recuerde tan sólo como un sueño. Porque buena parte de sus experiencias no fueron en absoluto un sueño... de hecho visitó personal y realmente todos los

Librodot

Edificios. Sin embargo, ya es demasiado mayor para ser convertido en un ledom, excepto parcialmente; nunca me atrevería a hacer algo así con él.

"Pero la existencia de Soutin nos ofrece una nueva oportunidad. ¿Podéis imaginar cuál?

Grocid y Nasive intercambiaron una mirada.

—¿Podríamos construirles una casa?

Mielwis agitó la cabeza.

-No en El Infantil-dijo de un modo definitivo-. Son demasiado... diferentes. Ninguna intensidad de cuidados, ni siquiera de amor, podría llenar ese abismo. Sería pedirles demasiado a ellos, y quizá demasiado incluso a nosotros mismos. No olvidemos nunca quienes somos, Grocid... lo que somos, y por qué lo somos. La humanidad nunca ha alcanzado su habilidad óptima de razonar, su máxima objetividad, hasta ahora, porque siempre se ha visto infectada por sus dicotomías. En nosotros, el auténtico concepto de cualquier tipo de diferencia, excepto las individuales, ha sido eliminado. Y Quesbu y Soutin no son diferentes en un sentido individual; son de una *clase* diferente. Nosotros los ledom probablemente pudiéramos enfrentarnos mucho mejor que ellos a una situación así, pero aún somos muy nuevos, jóvenes, carentes de experiencia; nos hallamos tan sólo en nuestra cuarta generación...

—¿Realmente?-dijo Nasive-. Pensé... Quiero decir, *no* pensé. No lo sabía.

-Pocos de nosotros lo saben; pocos de nosotros se preocupan por ello, simplemente porque no les importa. Estamos condicionados a mirar hacia adelante, no hacia atrás. Pero puesto que ello influye en nuestra decisión de lo que debemos hacer con Quesbu y Soutin, os contaré brevemente como nació Ledom.

"Tendrá que ser breve; porque conocemos tan poco...

"Hubo un homo sapiens, uno realmente grande; si fue reconocido o no como tal por los de su especie es algo que ignoro. Parece probable que lo fuera. Creo que era un psicólogo o un cirujano; tuvo que ser ambas cosas, y muchas más aún. Se sentía enfermo con la humanidad, no tanto por las maldades que cometía como por las cosas buenas que había en ella y que estaba destruyendo. Se le hizo evidente que la humanidad, tras haberse esclavizado a sí misma durante varios miles de años, avanzaba inescapable-mente hacia la autodestrucción, a menos que pudiera establecerse una sociedad capaz de situarse por encima de los partidismos que la habían dividido, y a menos que esta sociedad pudiera ser imbuida con una lealtad absoluta exclusivamente hacia la propia humanidad.

"Debió haber trabajado sólo durante mucho tiempo; sé que,'al final, se le unieron un cierto número de personas que pensaban como él. Su nombre, los nombres de todos ellos, no nos son conocidos; la humanidad honra por la emulación, y él deseaba que nosotros no copiáramos nada del homo sapiens, nada de lo que debía ser evitado.

"Él y sus amigos nos hicieron, diseñaron nuestra forma de vida; nos dieron nuestra religión y el cerebros-tilo y los rudimentos del campo-A, y ayudaron a la primera generación a madurar.

-¡Entonces algunos de nosotros deben haberlo conocido!-dijo Nasive repentinamente.

Librodot

Mielwis se alzó de hombros.

-Supongo que sí. ¿Pero qué conocieron? Todos ellos se vestían, actuaban, hablaban como los ledom; uno tras otro fueron muriendo o desapareciendo. Al igual que un niño, un bebé, uno acepta aquello que ve alrededor de sí. Nosotros cuatro somos maestros, ¿no? Eso es lo que eran ellos.

"Y todo lo que nos pidieron siempre fue que mantuviéramos viva la humanidad. No su arte, música, literatura, arquitectura. La propia humanidad, ella *misma,* en su sentido más amplio.

"No somos realmente una especie. Hemos sido 'construidos' biológicamente. Examinados fríamente, podríamos ser llamados una especie de máquina con una función. La función es mantener la humanidad viva mientras se mata a sí misma y, una vez haya muerto...

"... ¡devolverla a la vida!

"Y ése es un aspecto de Ledom que nunca le hemos revelado a Charlie Johns, porque nunca lo hubiera creído. Ningún homo sapiens podría o querría creerlo. Jamás en toda la historia humana ha habido un grupo que, dotado de poder, haya tenido la sabiduría de abdicar, de renunciar a él, excepto bajo presión.

"Nosotros debemos ser lo que somos, permanecer como somos, salvaguardando nuestros talentos naturales, manteniendo abiertos los dos grandes caminos que conducen a lo más profundo de nuestro yo... la religión y el amor, y estudiando a la humanidad como esta jamás se ha preocupado de estudiarse antes... de afuera a adentro. Y de tanto en tanto debemos entrar en contacto con el homo sapiens, para ver si ya está preparado para vivir, amar y adorar sin las muletas de una bisexua-lidad implantada. Cuando lo esté-y llegará un momento en que lo estará, necesite para ello diez mil o cincuenta mil años-, nosotros los ledom simplemente desapareceremos. No somos una Utopía. Una utopía es algo enteramente terminado, completo. Nosotros somos transientes; custodios; un puente, si lo preferís así.

"El simple accidente de la llegada de Charlie Johns nos ha dado una oportunidad de descubrir cómo reaccionaría el homo sapiens ante la idea de los ledom.

Ya sabéis lo que ha ocurrido. Pero el factor de Soutin nos presenta ahora una nueva oportunidad: la de observar por primera vez si el homo sapiens puede ser conducido hasta su propia madurez.

-¡Mielwis! Estás insinuando darles la oportunidad de iniciar una nueva...

-No una nueva raza de homo sapiens. La antigua, pero con una posibilidad de vivir sin odio. De vivir, como todas las cosas jóvenes, con una mano que les guíe.

Grocid y Nasive se sonrieron mutuamente.

-Nuestra especialidad.

Mielwis les devolvió la sonrisa, pero agitó la cabeza.

-Philos, pienso, y Froure. Dejémosles juntos... se lo han merecido. Dejémosles vivir al borde de Ledom... ya están acostumbrados a ello. Y dejemos que los jóvenes humanos los conozcan sólo a ellos, y nos recuerden a nosotros; y luego dejemos que sus hyos y los hijos de

sus hijos los recuerden a ellos y hagan de nosotros un mito...

"Y nosotros les observaremos, quizá les ayudemos mediante accidentes y golpes de suerte; si no tiene éxito fracasarán, y si fracasan morirán, como la humanidad murió ya otras veces...

"Y un día, de alguna otra manera, podremos empezar de nuevo la humanidad, o quizá hallar de nuevo la humanidad... pero sea como sea, algún día (cuando nos conozcamos bien a nosotros mismos) podremos estar seguros, y entonces Ledom desaparecerá, y la humanidad podrá finalmente empezar de nuevo.

En una noche estrellada, Philos y Froure permanecían sentados en el exterior de su casa durante unos pocos minutos en el frío y tenue aire. Quesbu y Soutin se habían ido hacía una hora, tras una cena auténticamente familiar, retirándose a su confortable cabana de cañas y barro allá en la boscosa meseta.

-¿Froure...?

-¿Qué ocurre?

-Los jóvenes...

-Ya sé-dijo Froure-. Es difícil captarlo... pero hay algo que no va.

-Quizá no sea nada importante... tal vez tan sólo el embarazo.

-Tal vez...

-¿Philos...?-la voz surgió de la oscuridad iluminada por la plateada luz de las estrellas.

-Quesbu! ¿Qué demonios... has olvidado algo?

El otro surgió de las sombras, andando lentamente, la cabeza baja.

-Deseaba... ¿Philos?

-Sí, muchacho; estoy aquí.

-Philos, Sou no... Bueno, no es feliz.

-¿Qué es lo que va mal?

-Yo...-De pronto levantó la cabeza, y a la débil luz se reflejaron estrellas en su rostro: lágrimas.-Sou es maravillosa, pero... pero durante todo el tiempo no dejo de amar a alguien llamado Laura, ¡y no puedo evitarlo!-Estalló en sollozos.

Philos pasó un brazo en torno a los hombros del otro y se echó a reír; pero reía tan suavemente, con tanta compasión, que era casi una caricia.

-¡Oh, esa no es tu Laura, es la de Charlie!-canturreó-. Charlie ya está muerto, Ques.

-Recuerda el amor, Quesbu-dyo Froure-; pero sí... olvida a Laura.

-Pero él la amaba tanto...-dijo Quesbu.

-Froure tiene razón-dijo Philos-. Él la amaba. Utiliza el amor. Es más grande

Librodot

que Charlie... aún sigue vivo. Tómalo y ofréceselo a Sou.

De pronto... Philos tuvo la sensación de que había una gloria en su rostro, pero era el cielo... de pronto, el cielo llameó; las estrellas desaparecieron. Froure lanzó un grito. Y su meseta familiar se convirtió en algo extraño bajo el cubrimiento plateado del cielo de Ledom.

-Así que empieza; al final, empieza-dyo Philos. Parecía muy triste-. Me pregunto cuándo será capaz

Seace de retirarlo de nuevo.. Ques, corre junto a Sou-tin... ¡aprisa! Dile que todo está bien; que el cielo plateado nos mantiene a salvo.

Quesbuechó a correr. Froure gritó:

-¡Dile que la quieres!

Quesbu se giró sin dejar de correr, hizo una seña como la hubiera hecho Charlie Johns, y desapareció entre los árboles.

Froure suspiró, y también rió ligeramente.

-Creo que no se lo diré nunca-dijo Philos-. El amor es algo demasiado bueno para estropearlo... pobre Charlie. Su Laura se casó con otro, ya sabes.

-¡No lo sabía!

-Sí... sabes perfectamente bien que puedes cortar una grabación de cerebrostilo en cualquier punto. Seace y Mielwis, naturalmente, eligieron cortar la grabación de Charlie en un punto en que él estaba lleno de amor; así podría comprender Ledom un poco mejor. Pero realmente los recuerdos de Charlie llegaban un poco más lejos que eso.

-Estaba en aquella cosa volante porque deseaba alejarse de...

-Me temo que no. Él simplemente se cansó de ella, y fue por eso por lo que ella se casó con otro. Pero eso no podemos decírselo a Quesbu.

-Oh, por favor, no lo hagas-dijo Froure.

-Son unos aficionados en el amor-rió Philos-. En realidad, Charlie estaba en aquel avión dirigiéndose hacia un lugar de la costa no muy lejos de aquí. Había habido algunos temblores de tierra aquel año, y él era operador de bulldozers, ya sabes. ¡Oh!-gritó mirando hacia arriba.

El cielo empezó a temblar, luego a brillar.

-¡Oh, qué hermoso!-gritó Froure.

-Lluvia radiactiva-dijo Philos-. Han empezado de nuevo, los idiotas.

Esperaron.